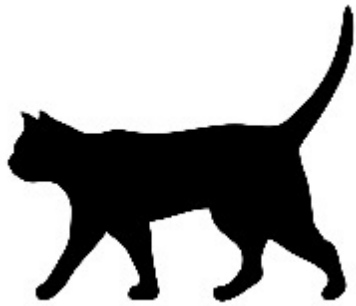
Entre tinta y ronroneos

Carmen Colorado
Clara Ann Simons

Entre tinta y ronroneos



Carmen Colorado

Clara Ann Simons

Entre tinta y ronroneos
Carmen Colorado
Clara Ann Simons

Copyright © 2023 por Carmen Colorado y Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 27/04/2023 con el número 2304274177252

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de sus autoras. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con sus autoras, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com o carmenescribe22@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1 @ccoloradowriter

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Otros libros de las autoras

Capítulo 1

Lucía

Levanto la cabeza y una punzada aguda atraviesa mi cuello, como el picotazo de un insecto furioso. Parpadeo, y abriendo los ojos, contemplo el fruto de mi esfuerzo. Sin duda, ha merecido la pena. Más de siete horas tatuando. Mi propio récord personal.

Recuerdo que cuando el cliente me envió el boceto de ese tatuaje, me quedé impresionada. Llevo ya unos años trabajando de forma autónoma y es el primer encargo de esas dimensiones que realizo.

Le expliqué el proceso, edité el boceto varias veces hasta que se quedó satisfecho y hoy ha sido el día en el que me he estrenado con un tatuaje de ese tamaño.

—Puedes levantarte y mirarlo antes de limpiarlo, si quieres —apunto mientras me incorporo en busca del agua y jabón antiséptico, junto con el vendaje antiadherente para protegerlo.

Observo al cliente frente al espejo, una sonrisa de oreja a oreja se refleja en sus labios.

Está satisfecho, lo sé. Y yo también.

—Es perfecto —sonríe sin dejar de mirarse.

—Me alegro de que te guste. Para ser sincera, es uno de mis mejores trabajos y el más grande que he hecho hasta el momento. Debo darte las gracias por la confianza.

Se sienta de nuevo, y mientras limpio el dibujo me agradece lo bien que ha quedado. Ese tatuaje significa mucho para él. Ahora son recuerdos que llevará siempre consigo. Nada más terminar la limpieza del mismo y cubrirlo con los apósitos, le coloco el vendaje.

—Llévalo un mínimo de unas dos o tres horas. Si lo tienes puesto más tiempo tampoco pasa nada —le explico—. Este vendaje lo protege del sol y de la suciedad. Al quitártelo, lávalo bien con agua y jabón. No te preocupes si durante unos días suelta un poco de tinta, eso es normal. Ah, y después de lavarlo, hidrátalo con una crema específica. Intenta evitar el sol, sobre todo durante las horas más fuertes. He visto que tienes otros tatuajes más pequeños, así que supongo que más o menos sabes ya qué hacer —añado.

—Sí, aunque seguiré tus consejos. Nunca está de más que te lo recuerden —asegura asintiendo lentamente con la cabeza.

—Es lo mejor, en pocos días se curará si lo tratas bien. Hidrátalo a diario y mantendrá su brillo por más tiempo.

Al ser mi último cliente del día, limpio el estudio y me dirijo a la puerta, sintiendo cómo el cansancio se apodera de cada músculo de mi cuerpo. Con una última mirada alrededor, dejo que el aroma a limón

del desinfectante me confirme que todo está en orden antes de cerrar el candado con un largo suspiro.

En la calle, la suave brisa de la tarde juega con mi cabello mientras camino hacia mi casa. Trae consigo un sutil olor a tierra húmeda por la reciente llovizna y la imagen de una larga ducha caliente me hace sonreír. Al llegar a mi edificio, las viejas escaleras resuenan bajo mis pies y me pregunto cuánto tiempo más aguantarán sin una reparación.

Ya en el apartamento me esperan mis compañeros de piso. Mico y Coco; mis gatos. Los adopté pocas semanas antes de entrar a vivir aquí, hace algo más de cinco años, y me hacen bastante compañía. Me reciben con sus típicos maullidos de bienvenida, cada uno con su tono peculiar.

Su pelaje es tan distinto como su personalidad. Mico ronronea enroscado alrededor de mis piernas. Su pelo es negro, casi aterciopelado, tan solo roto por dos pequeñas rayitas blancas en las orejas que resaltan como estrellas en una noche oscura. Me inclino para acariciar su cabeza y levanta la barbilla cerrando los ojos, como si quisiera disfrutar de cada uno de mis mimos.

—Hola, grandullón —maúlla y ronronea— ¡Eres un mimoso!

Más pequeña que Mico, Coco se queda sentada junto a mis pies y maúlla triste. La luz del atardecer confiere a su pelaje vainilla un tono dorado, haciendo que casi parezca una escultura de caramelo. Tiene un gran carácter. Si el grandullón la molesta demasiado, suele llevarse algún que otro zarpazo, sobre todo si hay comida de por medio. Con la comida no se juega.

—Hola, pequeñita —me agacho y la cojo en brazos, últimamente está muy tristona— ¿Te encuentras mejor?

—¡Miau! —no, no está bien. Ella nunca ha sido tan mimosa como Mico, y aun así, no quiere separarse de mí ni un momento.

Me acerco a su cuenco y observo que no ha comido nada en todo el día. El frío suelo de baldosas bajo mis pies descalzos contrasta con el calor de su camita cuando me arrodillo junto a ella. Ahí, en su pequeño lecho, descubro un rastro de vómito, apenas perceptible. Le miro el hocico y compruebo que ha sido ella.

—Voy a limpiarte esto, ¿de acuerdo, peque? —susurro mientras la dejo en el brazo del sillón—. Me preocupas bastante, Coco. Y los veterinarios que hay en esta zona no me gustan, te han mandado a casa sin ningún diagnóstico.

—Miau…

Sonrío tras su maullido. A veces incluso creo que me entiende. Recojo con rapidez todo, aprovecho para limpiar rápidamente el piso y me doy una ducha relajante. El agua caliente cae en cascada sobre mi piel desnuda, liberando la tensión acumulada y llevándose consigo el estrés del día.

Envuelta en una toalla, me desplomo en el sillón. La luz tenue de la lámpara crea un ambiente acogedor mientras abro mi agenda para revisar las citas del día siguiente.

Mis ojos recorren la lista: cinco clientes para mañana, todos con tatuajes pequeños, dos de ellos con frases específicas. Vuelvo a comprobar lo acordado con ellos, verifico su asistencia y contesto mensajes pendientes para nuevas citas de los próximos días.

El sol comienza a ocultarse tras el horizonte y la penumbra se apodera del salón. El aire fresco de la noche que se cuela por la ventana entreabierta trae consigo los susurros del pueblo y el aroma dulzón de los jazmines en flor. A pesar de la creciente oscuridad, permanezco sentada, el suave tejido del sofá acariciando mis piernas mientras mi ordenador portátil descansa sobre ellas.

Aprovecho para buscar en internet buenas clínicas veterinarias, aunque estén algo lejos de aquí. La local y varias de las vecinas no me gustan, he visitado un par de ellas y ninguna supo darme un diagnóstico para Coco, así que prefiero buscar fuera.

El brillo de la pantalla ilumina mi rostro mientras recorro páginas web y varios perfiles en redes sociales. De pronto, una imagen me captura. Por algún motivo que desconozco, llama mi atención. Mis dedos se detienen, casi puedo sentir mi corazón palpitando con más fuerza. Es una clínica con un diseño moderno y limpio, sus fotografías transmiten calidez y profesionalidad.

—Mira, Coco —al escuchar su nombre se acerca, busca mi mano para que la acaricie—. «Clínica Veterinaria Tina» —leo en voz alta.

Está a un par de horas de aquí, pero no me importa. Tiene muy buenas críticas en su web… “Si tiene dudas, póngase en contacto con nosotros a través del correo electrónico que figura a continuación, explique su situación y me pondré en contacto con usted cuanto antes. Sin compromiso” —susurro mientras acaricio la suave cabecita de la gata—. Pues ahora mismo. Creo que he dado con la buena, Coco.

—Miau… —sonrío.

—Te pondrás bien muy pronto, ya verás como sí, pequeña —le aseguro, sobre todo para tranquilizarme a mí misma.

Redacto el correo casi de inmediato. Mis dedos vuelan sobre el teclado relatando los síntomas de Coco y la experiencia que he tenido con otros profesionales. Una extraña mezcla de desesperación y esperanza se apodera de mí. Haría lo que fuese necesario para que se recupere pronto. Tal y como solicitan, adjunto una foto y los datos de Coco, así como mi número de teléfono para que puedan comunicarse conmigo.

Tras darle a enviar y apartar el ordenador de mis piernas, la pequeña se acomoda sobre mi regazo. El grandullón corre para unirse también a nosotras.

—Todo irá bien, peque, tengo un buen presentimiento. ¡Mico! —exclamo y el gato me mira al escuchar su nombre— ahora debes cuidar de ella —añado con un suspiro.

—Miau…

—Así me gusta —digo sonriendo—. ¿Qué os parece si os preparo algo especial para cenar? —me levanto y me siguen de cerca—. Y algo para mí también, claro.

Les sirvo una lata de carne específica para cada uno de ellos, así como media manzana pelada y en trozos. Esta combinación les gusta mucho, y sé que incitará a la pequeña a comer. Sus ojitos siguen cada uno de mis movimientos mientras preparo los cuencos y sus orejitas se mantienen alerta, como antenas que captan el más mínimo ruido.

En cuanto coloco su cuenco en el suelo, la pequeña se abalanza sobre él. Al menos no tendrá el estómago vacío durante la noche. Es un gran paso que se coma casi todo lo que le he servido y que, aparentemente, le haya sentado bien. Me deja mucho más tranquila.

Preparo para mí una ensalada variada, algo de pollo y una manzana de postre. Aunque termino dándole más trozos a Mico de los que yo misma como. ¡Es un glotón!

Termino el día tumbada en la cama, con un buen libro en mis manos y mis chicos haciéndome compañía a los pies. Abandono la lectura pocos minutos más tarde, agotada por todo el ajetreo que he tenido.

Al dejar el libro en la mesilla de noche, el ruido sordo rompe el silencio y llama la atención de los gatos. Coco se acomoda entre mis brazos, su pelaje cálido y sedoso me hace cosquillas al rozar mi piel. Ronronea tras varias caricias y maúlla al darle un beso.

—Todo irá bien, te lo prometo —susurro, acariciándole la cabecita mientras ella cierra los ojos y se queda dormida.

Capítulo 2

Valentina

Todo el mundo desea terminar la jornada de trabajo para volver a casa, anhelan poder descansar y disfrutar con su pareja. Pero yo no soy todo el mundo, y mucho menos en las últimas semanas.

La clínica suele cerrar sus puertas entre las siete y media y las ocho de la tarde, pero ya son más de las nueve y media, y aquí sigo, aferrándome a la rutina como a un salvavidas en medio de un océano revuelto.

No me apetece volver a casa, y eso que he tenido una jornada bastante ajetreada y prácticamente estoy agotada. Aun así, aquí estoy, rellenando papeleo frente al mostrador, haciendo tiempo. El tacto del bolígrafo en mis dedos me causa una sensación que reconforta y desespera al mismo tiempo. El té frío que aún queda en mi taza es un recordatorio más de las largas horas de trabajo y de las pocas ganas que tengo de volver a mi piso.

La pantalla del teléfono móvil se enciende, llamando mi atención al momento. Es la tercera vez en los últimos veinte minutos, así que decido cogerlo. Sé muy bien que mi interlocutor no dejará de llamar hasta que lo haga.

—¿Sí? —respondo de manera mecánica.

—¿Sí? ¿Cómo que sí, Valentina? ¿Has visto la hora que es? —suspiro entornando los ojos al escuchar sus palabras.

—Sé perfectamente la hora que es, Lorena, pero tengo trabajo y no voy a dejar que se me acumule.

—¿Y no puedes dejar algo para mañana? —protesta.

De nuevo, empieza a quejarse por mi horario de los últimos días. Su voz aguda y tensa resuena en mis oídos como una melodía discordante que no puedo ignorar y me deja con una sensación agridulce.

No paramos de discutir ni de hablarnos mal. El tacto de sus dedos, antes suave y acogedor, ahora me resulta áspero y hostil cada vez que roza mi brazo. Desde que permití que entrase de nuevo en mi vida, todo ha sido un auténtico infierno. Cada día se torna más oscuro, como si una espesa niebla lo envolviera todo, y el frío empieza a calar con fuerza en nuestra relación. Noto cómo cada día va a peor y veo que no parará hasta convencerme.

En realidad no la estoy escuchando, es el mismo cuento que en los últimos días. Sus palabras se convierten en un murmullo lejano mientras mi mente se escapa a momentos más felices como si pretendiese refugiarse. Regresa a mi memoria el recuerdo de sus

labios, el sonido de su risa, el olor de su piel tras un largo día juntas. Son memorias de un tiempo ya lejano, porque nada ha vuelto a ser igual.

En ese momento, el teléfono móvil de la empresa se enciende. Un nuevo correo. Desbloqueo la pantalla y no es un cliente habitual. Lo abro y me decido a leerlo cuando Lorena vuelve a llamar mi atención.

—¿Me estás escuchando? —insiste.

—Sí, Lorena. Voy a leer un último correo y vuelvo a casa, te lo prometo.

—No tardes, por favor.

—De acuerdo… —admito dejando escapar un soplido de resignación.

Tras esas últimas palabras, cuelgo y leo con calma el nuevo mensaje:

Buenas noches.

Me pongo en contacto con usted para pedirle ayuda con una de mis mascotas. Coco, mi gata, lleva varios días bastante extraña. Su comportamiento no es normal, está muy tristona y cansada, apenas come y está perdiendo peso. Además, hace prácticamente unos minutos, he descubierto un pequeño rastro de vómito en su cama. Lleva un tiempo así, la he llevado a varios profesionales, pero no han sabido darme un diagnóstico y la han mandado a casa sin ningún tipo de remedio. Estoy bastante preocupada y me gustaría un nuevo punto de vista al respecto, creo que puede tener algo grave y quiero que vuelva a ser la misma de antes.

A continuación, le adjunto una foto de Coco, tal y como pide en la web de su clínica y mi número de teléfono. Puede ponerse en contacto conmigo a cualquier hora, le atenderé enseguida.

Gracias de antemano por
su atención y su tiempo.
Un saludo.

—¡Qué monada! —pienso al ver la foto de la gata—. Es preciosa.

La verdad es que, después de leer el correo, yo también me quedo preocupada. Por desgracia, esos síntomas los he visto ya muchas veces y no son buenos. Sin embargo, necesito ver a la pequeña y quizás hacerle algún análisis de sangre para verificar el diagnóstico.

Sin poder sacar de mi cabeza el sufrimiento de esa gata, decido contestar el correo en ese mismo instante.

Buenas noches.

Gracias por contactar conmigo y darme una oportunidad.

He leído su correo con atención y me gustaría que se pusiera en contacto conmigo mañana mismo. Si le parece bien, llame a partir de las 10 de la mañana al número que aparece en la web y la atenderé. Tras esa

misma conversación, decidiremos cómo actuar con Coco.

Haré todo lo que esté en mi mano para que vuelva a ser la misma de antes y se recupere en salud, se lo puedo asegurar.

Un saludo.

Cierro el correo, apago el ordenador y recojo las últimas cosas de la clínica antes de salir hacia mi casa. Vivo a un par de calles de mi trabajo, así que regreso dando un paseo. Mis piernas se sienten pesadas, cada paso es un suave eco en la acera desierta, y el cansancio se ha acumulado en mis músculos, testigo de la larga jornada de hoy.

El aire fresco de la noche acaricia mi rostro, y una repentina ráfaga de viento golpea mi nuca al cruzar la última esquina, provocando que mi pelo se me enrede en la cara. Rápidamente, lo aparto y busco las llaves en el bolsillo de mis pantalones vaqueros, aunque no me hacen falta, porque Lorena me espera en la puerta.

Me mira con rostro serio, señalando insistentemente su reloj con el dedo índice.

—Ha sido un día muy largo, y no me apetece discutir —suelto al llegar a su altura.

Se acerca para dejar un beso en mis labios, pero me aparto lo suficiente para que me lo dé en la mejilla. No es la primera vez que hago esto, no obstante, sí es la primera que no me lo reprocha.

—¿Cuándo volverá todo a la normalidad? —se queja con un suspiro.

—No tendría que volver a la normalidad si hubieses pensado antes lo que hacías, ¿no te parece? —le recuerdo.

—Te he pedido perdón miles de veces, no sé ya de qué manera compensarte por lo ocurrido. Literalmente me he arrastrado implorando tu perdón. ¿Es que no es suficiente?

—Pues no, no lo es. Me engañaste, Lorena. Estuviste durante meses follándote a otra mujer y después volvías a casa y hacías el amor conmigo como si no hubiese pasado nada. Me faltaste al respeto y rompiste toda la confianza que tenía en ti. ¿Crees acaso que yo lo estoy pasando bien? ¿Cómo supones que me siento al recordar lo que has hecho?

—Ninguna de las dos lo estamos pasando bien. Pero no me voy a rendir, Valen —me asegura cogiendo mis manos y besándome los nudillos, aunque ni siquiera la miro.

—Necesito más tiempo —suspiro.

—Claro, el que quieras.

Me separo de ella, en este momento tan solo deseo meterme bajo la ducha y olvidarme de todo.

—¿Por qué me has dado otra oportunidad? —pregunta de pronto, haciendo que me gire al escuchar sus palabras.

—Lorena, has sido mi pareja durante los últimos cinco años. Hemos vivido mucho juntas. Tengo recuerdos maravillosos, el afecto y el cariño siguen ahí, no desaparecen de un día para otro. Por desgracia, también guardo recuerdos que preferiría olvidar.

—¿Ya no estás enamorada de mí? ¿Quieres terminar con esto? ¿Es eso? —inquiere, sus ojos se han humedecido.

—No lo sé —confieso dejando escapar un largo suspiro—. Es lo que intento descubrir, de ahí que necesite tiempo —le explico—. Mis sentimientos están muy confusos aún, ni yo misma sé lo que quiero en estos momentos.

—¿Qué puedo hacer para…?

—Nada —interrumpo—. No quiero que hagas nada, Lorena. Solamente voy a pedirte una cosa —me mira y asiente, esperando mis palabras—. No sé cuánto tiempo necesito, pero lo que sí sé es que si sigues insistiendo y presionando sobre este tema me agobiaré aún más.

—Está bien, lo siento. ¿Podemos al menos volver a tener una comunicación normal? Sin gritos, sin reproches… —pregunta alzando las cejas y acariciando mi brazo con suavidad.

—No hay nada de malo en intentarlo y tratar de hacer la situación un poco más fácil —admito encogiéndome de hombros.

No espero otra respuesta. Necesito sentir el agua caliente sobre mi cuerpo y poder caer dormida en mi cama de una vez.

Quiero olvidarme del tema, soy plenamente consciente de que me estoy refugiando en el trabajo para evitar pensar en ello durante el mayor tiempo posible. Aun así, todo lo que ha ocurrido con Lorena no se va de mi mente. Su traición cada día me pesa más. Es una mochila que cargo en mi espalda y su peso es ya demasiado considerable.

—Ojalá encuentre la respuesta y pueda ponerle solución muy pronto —murmuro para mí misma, dejando que el agua caliente de la ducha resbale por mi piel desnuda.

Capítulo 3

Lucía

Mi primer pensamiento en cuanto la suave luz de la mañana acaricia mi rostro y me despierto, es correr a comprobar si la veterinaria ha respondido al correo electrónico. Observo con sorpresa que su correo apareció en mi bandeja de entrada a los pocos minutos de enviar el mío, aunque al irme a dormir no lo vi.

Compruebo nerviosa el reloj y son todavía las ocho. En su respuesta indica que puedo llamarla a partir de las diez. Se me forma un nudo en el estómago sabiendo que debo esperar todavía dos horas. Con las manos temblando, busco su número de teléfono y lo apunto. La llamaré desde el estudio.

Tan pronto como mi pie toca el suelo, una oleada de preocupación recorre todo mi cuerpo. Sin pensarlo dos veces, me dirijo hacia Coco, preocupada por cómo habrá pasado la noche. En cuanto perciben mi presencia, tanto ella como Mico se acercan expectantes, buscando la dosis de mimos matutinos a la que les tengo ya acostumbrados.

—Buenos días, mis pequeños —murmuro con una sonrisa mientras acaricio su suave pelo, depositando infinidad de besos en sus cabecitas.

—¡Miau! ¡Miau! —responden al unísono, como si fueran una pequeña orquesta felina.

—¿Tenéis hambre? —pregunto, levantando las cejas en un gesto juguetón.

Mis palabras desatan una reacción instantánea y ambos salen corriendo. Sus patas repiquetean sobre el suelo de madera, desplazándose con agilidad hasta llegar a los cuencos que tienen en la cocina. El olor a comida de gato invade mis fosas nasales mientras les preparo el desayuno, y no puedo evitar pensar en cuánto les gusta ese aroma. Como de costumbre, Mico la devora con entusiasmo y pronto lame el cuenco en busca de más comida.

Coco, en cambio, apenas lo prueba. Me acerco a ella y cogiendo algo de pienso en mi propia mano, se lo ofrezco. Su hocico húmedo y frío roza mi piel por un instante, y un escalofrío me recorre al notar que está quizá más frío de lo normal. Aun así, no prueba más de la mitad de lo que hay en mi mano.

De repente, comienza a temblar y puedo sentir sus patitas inquietas

sobre el suelo de la cocina. Sus ojos se entrecierran un instante y su boca se contrae en una mueca de dolor. Con un gemido que se me clava en el corazón, echa el cuello hacia delante y vomita. Se retuerce de dolor al hacerlo y suspiro preocupada. Es evidente que le duele bastante.

Con delicadeza, tomo a Coco entre mis brazos, su pequeño cuerpo tembloroso es casi tan ligero como una pluma. La limpio con cuidado, y la coloco en su camita, escuchando su respiración entrecortada que poco a poco se va calmando.

—Tranquila, Coco. Pronto pasará todo, pequeña —le susurro con ternura.

Tras limpiar el vómito y ordenar la habitación, me visto para dirigirme a mi estudio. Antes de salir, activo una pequeña cámara que compré cuando Mico y Coco eran pequeños. Aunque ya no la necesito, me reconforta saber que puedo vigilar a la gata enferma desde el trabajo.

Nada más salir, un suspiro se escapa de mis labios cuando la calidez del sol acaricia mi rostro. Estoy cansada, pero agradezco que sea sábado. Tendré toda la tarde de hoy y el domingo completo para descansar y recuperar fuerzas.

Atiendo a mi primer cliente. El tatuaje no es complejo y al terminar, faltan ya pocos minutos para las diez. Tengo poco más de quince minutos de margen para hablar por teléfono antes de que llegue el siguiente cliente, así que sin pensarlo mucho, llamo a la clínica veterinaria. Dos tonos más tarde, la voz de una mujer atiende la llamada.

—¡Buenos días! Clínica Veterinaria Tina, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días, me llamo Lucía —explico casi temblando—. Anoche me puse en contacto con usted para hablarle de Coco, mi gata enferma. Leí su respuesta esta mañana y aprovechando unos minutos de descanso en el trabajo, he decidido llamarla. Siento que sea antes de la hora acordada —me disculpo bajando la voz.

—No se preocupe. Me ha dicho que se llama Lucía, ¿cierto?

—Sí, así es.

—Hola, Lucía. Yo soy Valentina. Después de leer tu correo no he podido dejar de pensar en Coco y en su estado. ¿Cómo se encuentra hoy? Perdona, ¿puedo tutearte? Así es más fácil —pregunta con voz suave.

—Sí, por supuesto —me apresuro a responder—. Yo diría que, aparentemente, se encuentra bastante bien. Sin embargo, casi no ha comido esta mañana, ni tampoco bebido. La estoy controlando con una pequeña cámara que he instalado en casa. No se ha movido de su camita. Esta mañana vomitó de nuevo, y sé que tiene dolor en el abdomen cuando lo hace. Se quejó mucho —le explico mientras siento

una punzada de dolor al recordar su sufrimiento esta mañana.

Consumimos los quince minutos que tengo libres hablando del tema. La veterinaria me pide llevar a la gata a su clínica cuanto antes.

—Lo siento, tendría que llevarla a última hora de la tarde. Antes no puedo, vivo en un pueblo que está a dos horas de la ciudad y tengo varios clientes esta mañana —le explico.

Para mi sorpresa, la veterinaria se ofrece a venir ella misma hasta el pueblo.

—Te voy a ser sincera, Lucía —añade con un pequeño suspiro que me hiela la sangre—. Con esos síntomas, prefiero verla cuanto antes. Y no te preocupes, que no te cobraré esa primera visita —añade.

—Ni siquiera sé qué decirte —respondo, un poco cortada ante su ofrecimiento—. Te lo agradezco muchísimo.

—Mándame a mi correo electrónico la dirección donde quieres que nos veamos y estaré ahí a primera hora de la tarde —propone—. No quiero dejarla más días y que su salud empeore.

—De acuerdo. Gracias, Valentina, no sabes lo tranquila que me dejas —agradezco, dejando escapar un pequeño suspiro.

Valentina

Regreso a casa temprano. He decidido volver antes de la hora del cierre para picar algo, hacer una pequeña mochila con la ropa que me pondré ese par de días y salir cuanto antes hacia el pueblo. De ese modo no me retraso y llego a tiempo para la visita. Mientras estoy haciendo la mochila, escucho el sonido de los pasos de Lorena sobre el suelo de madera y pronto la tengo a mi lado.

—¿Te vas? —pregunta, como si no fuese evidente.

—Sí, debo visitar a una posible nueva cliente y a su gata —respondo de manera mecánica, sin levantar la vista—. Está enferma y el viaje no sería bueno para ella. Vive en el mismo pueblo que mis padres, así que aprovecharé para verlos —le explico, acariciando sin apenas darme cuenta la tela de la mochila.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No —respondo sincera, mi voz apenas por encima de un susurro—. Creo que es bueno que haga este viaje sola.

—Podrías haberme avisado —se queja—. Tenía planes para nosotras.

Suspiro al oír sus palabras y dejo lo que tenía en las manos sobre la mesa para mirarla a los ojos.

—Lo siento, de veras. Sabes de sobra que necesito espacio.

—Ya… Valen, si quieres terminar con esto de una vez, hazlo, joder. No quiero estar esperando una eternidad para que todo acabe mal —suelta entornando los ojos.

—Es que no sé si es lo que quiero, Lorena. Por eso te pido tiempo.

Y deberías comprenderme.

—Te comprendo, pero…

—No, no lo haces, porque si lo hicieras, no lo estarías cuestionando ahora mismo —interrumpo negando con la cabeza y un poco agitada —. Estamos como estamos por tus decisiones, porque decidiste que una relación no era suficiente para ti y quisiste dos. ¿Qué menos que darme ese tiempo sin preguntas? Joder, es que tampoco pido tanto, Lorena.

—¿Y qué quieres que haga? Al menos me preocupo por ti, trato de recompensártelo de algún modo, intento hacer planes para las dos, recuperar lo que teníamos —explica nerviosa.

—No tendrías que recuperar nada si pensaras las cosas antes de hacerlas —reprocho enfadada. Intento serenarme, pero ese fuego interior se enciende en cada conversación que tenemos sobre el tema. Todavía me duele demasiado.

—¡Joder, Valentina! Que sí, que cometí un error. ¡Deja de echármelo en cara de una vez! —se queja alzando ligeramente la voz.

—Deja tú de presionarme y de pedirme explicaciones de todo lo que hago —rebato dejándola sin palabras.

Cierro la cremallera de la mochila con un suspiro, dirigiéndome a la cocina para tomar un bocadillo rápido, saboreando el queso cremoso y el crujiente pan tostado, mientras escucho el tic-tac del reloj de pared. Sin decir adiós, salgo de casa, percibiendo cómo la fría mirada de Lorena se clava en mi nuca. Aún puedo sentir el sabor amargo de su engaño en mi garganta, incluso mis manos tiemblan de frustración. Una palabra más y los gritos serían de nuevo el hilo musical del barrio, cosa que no me apetecía repetir.

En la calle, el viento juega con mis cabellos, susurrando en mis oídos el eco de los gritos que hemos compartido en tantas ocasiones. No quiero volver a sumergirnos en el ruido ensordecedor de nuestras discusiones, así que me alejo, sintiendo el pavimento duro bajo mis pies y una distancia que empieza a ser insalvable entre nosotras.

Empiezo a estar harta de dar explicaciones, de tener que contarle todo lo que hago. Comienzo a sentir que es ella la que no confía en mí o en mis palabras. Me duele, yo soy la única que he sido fiel y sincera desde el principio. Ahora resulta que soy yo la mala por pedirle un tiempo, por desconfiar de ella, por cada una de mis decisiones. ¡Pues no! No va a conseguir que me sienta culpable por ser fiel a mí misma. Está muy equivocada si es eso lo que pretende.

Por suerte, tengo un par de horas en coche hasta llegar al pueblo. Dos horas que paso con la música a todo volumen, cantando y gritando, dejando escapar toda esa tensión que llevo semanas acumulando.

Capítulo 4

Valentina

Llego al pueblo media hora antes de lo acordado. Decido buscar la calle a la que tengo que acudir y buscar un sitio para aparcar el coche. Al bajar del vehículo, el sonido de mis pasos sobre el empedrado retumba en mis oídos, y las risas distantes de niños jugando me transportan a un tiempo más simple. Se me escapa una sonrisa el recordarme a mí misma jugando en ese parque cuando todavía era una niña. Aprieto instintivamente el maletín que he traído para cuidar a la gata, mientras busco el número del edificio en las fachadas de piedra.

Una vez frente al portal, consulto mi reloj y confirmo que aún quedan unos minutos. Mis ojos vagan por los alrededores, buscando algo que hacer para matar el tiempo. Es entonces cuando descubro una encantadora cafetería en la esquina. A través de sus ventanales se deja entrever la cálida luz de su interior, invitándote a entrar. No lo pienso dos veces y cruzo la calle, percibiendo cómo la fragancia del café recién molido me envuelve nada más cruzar el umbral de la puerta. La suave melodía de una guitarra acústica suena como música de fondo y acompaña las conversaciones en voz baja de los clientes.

Creo recordar que, justo en ese local, antes había una pequeña tienda de antigüedades. Hace varios meses que no vengo al pueblo. El trabajo me roba demasiado tiempo. Por suerte, mis padres están jubilados y van a visitarme a menudo. O al menos, iban. Desde hace unos meses, por culpa del engaño de Lorena y lo ocurrido entre nosotras, han preferido no venir. No solo me ha dolido a mí. Mis padres están molestos también; confiaron en ella y de algún modo, les ha traicionado. Está junto a mí en las llamadas que hago, pero tan solo lo suficiente para saludarles y nada más.

Termino de saborear el último sorbo de mi café, y me dirijo hacia la dirección que me ha dado Lucía, la dueña de la gata. Una vez fuera, presiono el botón del telefonillo, y pocos segundos más tarde, se escucha el clic de la puerta al abrirse, invitándome a entrar. Decido ascender por las escaleras hasta la tercera planta. Al llegar, me encuentro con una puerta entreabierta y un gato negro que me observa con curiosidad. Se me escapa una pequeña sonrisa, el gato no me quita ojo. Me agacho lentamente y se levanta, acercándose a mí con cautela. No puedo evitar reír cuando ronronea por una caricia rápida. Tiene un pelo suavísimo.

—Hola, yo también estoy encantada de conocerte, gatito —susurro mientras el gato se restriega en busca de más caricias.

De repente, escucho una voz de mujer que le llama desde algún lugar dentro de la casa.

—¡Mico! ¿Dónde estás?

El gato, al escuchar la voz, echa a correr como una ráfaga de viento. Entra en la casa y desaparece de mi vista.

—¿Qué hacías fuera? —pregunta la mujer, con una ternura en la voz imposible de ignorar.

La puerta se abre un poco más, dejando escapar un suave chirrido que me insta a incorporarme. Sin embargo, mi vista se posa en las piernas de la mujer que la abre. Lleva puesto un pantalón corto y su piel está bronceada por el sol. No puedo evitar recorrer esas preciosas piernas con la mirada hasta que sus ojos y los míos se encuentran. Y la profundidad con la que me miran esos ojos verdes me deja totalmente extasiada. Es como si una brisa fresca se hubiese llevado todo mi malestar de un solo golpe.

—Hola —su dulce voz me saca de mi ensueño— ¿Eres Valentina?

Asiento, me cuesta algo más de la cuenta articular las primeras palabras, todavía estoy perdida en la profundidad de esos hermosos ojos.

—Sí, soy yo —digo al fin con una sonrisa, dando un par de pasos y extendiendo la mano para saludarla. El tacto de su piel es suave y cálido—. Tú eres Lucía, ¿verdad?

—La misma —sonríe—. Pasa, por favor.

Apenas cruzo el umbral de la casa, aquel pequeño gato negro vuelve a acercarse, deslizándose entre mis piernas como una suave brisa nocturna. Esta vez, con un ágil salto, se eleva hacia mí y no puedo resistir el impulso de atraparlo en mis brazos. Una sonrisa se dibuja en mi rostro cuando lo hago.

—Veo que ya conoces a Mico —la observo mientras sus ojos brillan con ternura—. Es un gato muy mimoso —afirma acariciando su sedoso pelaje y a mí se me saltan varios latidos al sentir su mano tan cerca de mis pechos. Mico ronronea, creando una melodía que vibra en mi cuerpo, antes de lanzarse al suelo y echar a correr como un rayo—. Ven conmigo, te presentaré a Coco. Esta tarde está un poco cansada, y está durmiendo mucho.

—¿Ha comido algo? —inquiero con preocupación.

—Sí, se comió casi todo el pienso, pero, aun así siento que algo no

va bien en ella —responde con evidente preocupación en su voz.

Al llegar, observo a la pequeña Coco tumbada en su camita. Mico también está ahí, a su lado, acompañándola. Ella nos mira, se incorpora al verme y bufa levemente. Soy una extraña y parece que no le ha parecido bien que esté ahí.

—Tranquila, pequeña —susurra Lucía, que la coge en brazos y se sienta en el suelo para acariciarla—. Ella te curará.

Me siento sobre mis rodillas, cerca de ella, observando a la gata. Intento acariciarla, aunque de primeras no se deja, sin embargo, persisto, guiada por la experiencia. Pronto, su resistencia se desvanece y nada más sentir mis caricias, se queda más tranquila.

—¿Has notado si ha estado bebiendo mucha agua últimamente? —pregunto mientras mis dedos se enredan en su suave pelaje.

Lucía reflexiona por un momento, alzando una ceja pensativa y luego asiente lentamente con la cabeza.

—Ahora que lo mencionas, sí. Y he tenido que cambiar su caja de arena con más frecuencia por lo mismo —añade.

—Creo que sé lo que tiene. Todos los síntomas que hemos comentado suelen darse por una insuficiencia renal. Pero para cerciorarme, y si estás de acuerdo, voy a llevarme una muestra de sangre. En cuanto la analice, te llamaré y veremos qué podemos hacer —propongo.

—De acuerdo —accede encogiéndose de hombros.

Noto preocupación en su voz, no puedo evitar acercarme un poco más a ella. Mis dedos rozan suave y lentamente su espalda, en un gesto de apoyo y cariño que parece transmitirle fuerza.

—Tranquila, haré todo lo posible para que se recupere —le aseguro, intentando dibujar una sonrisa en mis labios para calmarla. Al acercarme, me envuelve el aroma de su perfume; un dulce olor a jazmín, y debo hacer un esfuerzo para no suspirar.

—Son lo único que tengo —dice entonces algo triste—. Y me duele no poder ayudarles o curarles.

Me da rabia verla así, tan preocupada por su gatita. Cogiendo su mano entre las mías, las aprieto, permitiendo que sus emociones fluyan como el murmullo del viento entre las hojas mientras la acaricio con mi dedo pulgar.

—No debes preocuparte, Lucía. Los síntomas son leves. Si es lo que te he dicho, estará tan solo al inicio, lo hemos cogido muy a tiempo. El mismo lunes por la mañana tendré los resultados, agilizaré todo para tenerlo lo antes posible —le aseguro.

—Gracias, Valentina, de verdad —agradece con sus ojos humedecidos.

Tras unos minutos, decido que es momento de coger la muestra de sangre y marcharme. No quiero molestar demasiado. Por fortuna, la gata se deja pinchar sin dificultad, así que consigo todo con rapidez.

—Probablemente, en cuanto tenga los resultados de las pruebas, necesitaré una muestra de orina —le informo—. Entiendo que puede llegar a ser un desafío, pero aquí te dejo este botecito en caso de que puedas conseguirlo. La próxima vez que nos veamos será en la clínica. Estoy segura de que estará lo suficientemente bien para viajar y que no le afectará demasiado. Aun así, es mejor que la hidrates bien antes del viaje.

—De acuerdo —responde entrecerrando los ojos.

—Bien, entonces —sonrío mientras termino de guardarlo todo—. He de marcharme. Sigue atenta a ella, y cualquier cosa, cualquier pregunta, llámame sin dudarlo —añado, sacando mi tarjeta personal y entregándosela—. Este es mi número personal, si no atiendo el de la consulta llama aquí, y si es una urgencia no te preocupes por el horario.

—Vaya, gracias.

—Gracias a ti, por confiar en mí.

Cuando abandono el edificio, un vacío a la vez inexplicable y desconcertante se apodera de mí. Es como si de repente, me arrebataran algo fundamental. ¿Será posible que esa mujer sea la causa? No, no puede ser. Apenas la conozco. Entonces, ¿qué es lo que me provoca esta inquietud?

Cojo aire, lo suelto dejando escapar un gran suspiro y regreso a mi coche. Decido dejar de pensar en ello y tomar el camino hacia la casa de mis padres. Pero antes, respondo a los cinco mensajes de Lorena. El móvil ha estado vibrando insistentemente en mi bolsillo durante toda la visita. Su voz imaginaria resuena ya en mi cabeza, impaciente y preocupada. ¿Por qué se ha vuelto tan insistente? No soy una niña, sé cuidar de mí misma. Opto por contestar con un simple: «Llegué bien, tranquila». Sé que si no lo hago, la situación empeorará.

¿Cuándo han empezado a cambiar tanto las cosas? Y lo que es peor, ¿por qué estoy soportando esta situación a pesar de que no es lo que quiero hacer? El sabor amargo de la duda se asienta en mi cabeza, y no puedo evitar preguntarme si las respuestas a las cuestiones que me atormentan últimamente están más claras de lo que imagino. O quizás no, aún no estoy segura.

El sol se desvanece en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos rosados y anaranjados, mientras conduzco con la ventana abierta y el viento acaricia mi rostro. En la radio suena la melodía de una canción nostálgica, y añade una nota de melancolía a mis pensamientos. Tal vez tenga las respuestas, solo el tiempo dirá qué es lo que verdaderamente necesito.

Capítulo 5

Lucía

El lunes se presenta ante mí acompañado de una oleada de ansiedad, un torbellino de nervios que se enredan en mi estómago de manera irremediable. Aguardo con impaciencia la llamada de Valentina. Necesito saber, confirmar qué es lo que tiene Coco.

La mañana transcurre en el estudio, mis nervios solamente son interrumpidos gracias a algún que otro cliente. Eso sí, no me despego del teléfono móvil ni un minuto.

Un poco antes del mediodía, minutos después de atender al último cliente de la mañana, la pantalla se ilumina. Es el número de la clínica, así que no tardo más de dos segundos en contestar.

—¿Sí? —respondo con una tranquilidad que ni yo misma me creo.

—Buenas tardes, Lucía. Soy Valentina —escucho al otro lado de la línea.

—Hola, esperaba tu llamada —admito con el corazón en un puño.

—¿Cómo está Coco?

—Se mantiene, que no es poco —respondo dejando escapar un suspiro.

—No avanza, así que debes alegrarte por eso —hay un silencio ensordecedor durante unos segundos—. Lucía, tengo los resultados en la mano. Es lo que pensaba, una insuficiencia renal. Sin embargo…

—¿Hay algo más? —interrumpo nerviosa—. Per-perdona, yo…

—Tranquila, entiendo tu inquietud. Hay algunos niveles elevados, y creo que tengo la causa de la insuficiencia. Necesito que vengas hoy mismo para hacerle la prueba de orina y una radiografía, así podré cerciorarme de ello. Si es lo que pienso, necesitaré operarla cuanto antes.

—¿Operarla? —murmuro, sintiendo que las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas.

Mis dedos tamborilean sobre la mesa mientras escucho sus palabras y una de mis piernas bota como si tuviese vida propia.

—Lucía, por favor, escucha —insiste, y siento el peso de cada sílaba—. Necesito que te mantengas serena, ¿de acuerdo? Confía en mí. La insuficiencia renal puede ser causada por muchas cosas: alguna toxina, piedras en los riñones o incluso algún pequeño tumor. Quiero realizar más pruebas para descartar posibles complicaciones y, si es necesario, llevar a cabo una cirugía lo antes posible. Eso será lo mejor para su pronta recuperación.

—De acuerdo. En caso de tener que operarla, ¿cuántos días serían?

Debo organizar mi trabajo para asegurarme de que todo estará controlado durante mi ausencia.

—No te lo puedo decir exactamente, pero si debo entrar en el quirófano, prefiero tenerla el resto de la semana aquí en la clínica, conmigo, así puedo cuidar de ella y verificar que todo esté bien. Soy bastante concienzuda con mi trabajo —explica.

—Vale, me dejas más tranquila, Valentina.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta. Que se preocupe de una forma tan cercana hace que mis miedos se esfumen.

—Sí, de verdad.

—Estupendo. ¿Puedes estar hoy mismo en la clínica antes de las cuatro para hacerle esas pruebas?

—Allí me tendrás —le aseguro.

Durante la siguiente hora, me dedico a reorganizar meticulosamente mi agenda. Intento permanecer calmada mientras hablo con mis clientes y les ofrezco nuevas citas. Algunos aceptan de buen grado; sus palabras de comprensión tranquilizan mi conciencia. Otros, sin embargo, expresan su descontento e incluso anulan la cita que tenían concertada, pero ahora mismo mi prioridad es Coco. Dejar el negocio cerrado por una semana me costará algunas pérdidas, pero me da igual con tal de que mi pequeña se ponga bien.

Llego a casa con todo arreglado. Preparo mi maleta, las cosas de Mico y Coco, meto en el cuerpo algo de comida rápida y antes de las dos ya estoy en la carretera. El viento fresco se filtra por la ventana abierta, acariciando mi rostro mientras conduzco. Entre llamada y llamada en el estudio, he reservado una habitación en un pequeño motel en el que se aceptan mascotas. Todavía debo confirmar y especificar el número aproximado de días, pero he decidido esperar hasta conocer el resultado de las pruebas de Coco.

Si fuese necesario operarla, Mico será mi fiel acompañante en este trance. Estoy segura de que acariciar su suave pelo y recibir sus mimos constantes me ofrecerán consuelo y harán la espera más llevadera.

Justo a las cuatro de la tarde, estoy entrando por la puerta de la clínica. He podido encontrarla fácilmente con ayuda de *Google Maps*. Nada más entrar, Valentina levanta la mirada, nota mi preocupación y sonríe al observar que vengo bien acompañada.

—¿Habéis tenido un buen viaje? —pregunta acercándose a mí y acariciando con suavidad mi brazo izquierdo.

—Sí, bueno, no se ha quejado demasiado —contesto, señalando el transportín de Coco.

—¿Has podido conseguir la muestra de orina?

—No, lo siento —me apresuro a responder, encogiéndome de hombros.

—No te preocupes, ya te avisé de que sería difícil. Con los gatos

siempre lo es. Le pondré una sonda, así será más sencillo —asiento cuando coge el transportín de la gata y la mira, dedicándole un tierno gesto—. Hola, grandullona. Voy a hacerte unas pruebas, ¿de acuerdo? No te va a doler nada —susurra.

—*¡Miau!* —ambas reímos al escuchar el maullido.

—Eso es que está de acuerdo —apunto con una sonrisa.

—Estupendo. Escucha, quiero darte el precio de todo lo que debo hacerle y…

—Valentina —interrumpo—. Me da igual lo que me cueste, lo único que quiero es que Coco se ponga bien. Así que adelante. No quiero ni escucharlo.

—Ponte cómoda, entonces —me señala con el dedo una salita—. Ahí puedes soltar a Mico sin problema y jugar con él si quieres. De ese modo se te pasará el tiempo más rápido —me asegura con un guiño de ojo y esa sonrisa que tiene la capacidad de calmarme de inmediato cada vez que me la dedica.

—Gracias.

Permanezco a la espera casi una hora. Por suerte, el grandullón me entretiene y el tiempo se me hace más llevadero. Cuando Valentina aparece, trae en brazos a Coco, prácticamente dormida.

—Le he tenido que poner un relajante, allí dentro se puso muy nerviosa —anuncia, subiendo la manga para enseñarme varios arañazos en sus brazos.

—Lo siento, en ocasiones es un poco bruta —me disculpo.

—Tranquila, es mucho más normal de lo que imaginas. La gente tiene más miedo a los perros, pero los veterinarios debemos tener más cuidado con los gatos —se agacha y coloca a Coco en mis brazos. A continuación, alza las cejas y deja escapar un pequeño suspiro—. Lucía, Coco tiene un pequeño tumor en el riñón derecho, es la causa de todo lo que le está ocurriendo —anuncia bajando la voz.

De pronto, todo el peso de sus palabras cae sobre mi cuello. Bajo la cabeza, al tiempo que cierro los ojos y esas traicioneras lágrimas acaban cayendo sobre Coco. Valentina se acerca más a mí y acaricia suavemente mi espalda en un intento por tranquilizarme.

—Sosiégate, Lucía —exclama sin dejar de acariciarme—. Es muy pequeñito, y eso es bueno. Quiero que la dejes aquí, en la clínica. Voy a hacerle unas pruebas adicionales y mañana mismo la operaré. Si todo va bien, el fin de semana estaréis ya en casa —asegura con su hermosa sonrisa mientras acaricia a Coco.

Mico se lanza a sus brazos en ese mismo instante. Gesto que nos hace sonreír a ambas.

—Parece que tienes una nueva amiga, grandullón —apunto con una sonrisa nerviosa.

—Es un gato muy bonito… y muy mimoso —añade.

—¿Tú tienes mascotas?

—No.

—Siendo veterinaria es extraño.

—A mi pareja no le gustan, más bien las odia —explica bajando la mirada con un atisbo de tristeza.

—Vaya, lo siento.

—Por suerte, me paso el día rodeada de animales aquí —comenta recuperando la sonrisa—. Mi trabajo es mi vida, y ellos son parte de mí desde que entran en la clínica. Doy todo de mí misma para hacer lo mejor por cada uno de estos pequeños.

—Eso te honra, Valentina. Creo entonces que no he podido elegir mejor —le aseguro, acariciando la cabecita de Coco que ronronea con los ojos entrecerrados.

Su mirada y la mía se encuentran durante una fracción de segundo y no puedo evitar sonreír agradecida de tenerla a mi lado en este momento. Apenas la conozco, nos hemos visto tan solo en dos ocasiones, pero ha sido lo suficiente para saber que es una gran mujer, una gran profesional y una mejor persona. Y considero que esto último es lo más importante.

Aun así, esos preciosos ojos marrones reflejan tristeza, me dicen que está sufriendo, que hay algo que la atormenta. Suelo apreciar los estados de ánimo de las personas muy fácilmente, y con ella no ha sido diferente. Sin embargo, no me atrevo a preguntarle. No tenemos la suficiente confianza y no soy una cotilla. Estoy segura de que, sea lo que sea, podrá con ello y lo superará.

—Vamos a hacer una cosa, le haré las pruebas y podrás llevártela contigo. Mañana temprano la traes aquí y la operaré —propone alzando las cejas—. Creo que así te quedarás más tranquila.

—Vale, gracias de nuevo por esto, Valentina.

—No es nada, mujer. La gata estará mucho más relajada contigo esta noche y así será más fácil para mí mañana —me asegura, y en cuanto regresa y vuelve a acariciar mi brazo, sonriendo de nuevo, tengo que luchar para que no se me escape un suspiro.

Algo me dice que nada de esto ha sido casualidad. De algún modo lo presiento.

Capítulo 6

Valentina

Me detengo ante la puerta de casa y debo comprobar varias veces la hora para asegurarme de que no me he equivocado. Las pruebas de Coco me han retrasado, aunque la maravillosa charla que he tenido con Lucía también ha influido. Mucho.

Mientras le hacía las pruebas a la gata, Lucía me ha acompañado. He preferido hacerlo así porque de ese modo, ambas se quedaban más tranquilas. Me ha contado que vive en el pueblo desde hace algunos años, aunque se mudó de barrio cuando lo dejó con su ex pareja. Y que fue justo entonces cuando montó su estudio de tatuaje. Estuvo enseñándome fotos de algunos trabajos y son realmente impresionantes.

Al llegar, me doy cuenta de que Lorena está justo detrás de la puerta de entrada. Más que un hogar, mi casa se está convirtiendo en una prisión.

—¡Joder, Lorena! ¿Qué haces ahí? — chillo asustada, pegando un pequeño brinco. La esperaba, pero no tan cerca.

—¿Voy a tener que comprarte un reloj? —pregunta en un tono algo borde.

—No, no me hace falta —suspiro—. Y lo siento, he tenido mucho trabajo.

Esta vez soy yo la que me acerco para dejar un beso en su mejilla, aunque después de hacerlo me pregunto por qué se lo he dado. Pensé que el beso la calmaría, pero ni siquiera se ha planteado que me había acercado a ella para darle cariño por primera vez en varias semanas.

—¿Tanto trabajo tienes últimamente como para llegar a estas horas? Estoy harta de preparar algún plan, la cena… y que se eche todo a perder por tus continuos retrasos —protesta con una mueca de disgusto.

—¿Otra vez vamos a empezar con los reproches?

—No… —suspira intentando contenerse. Se lleva la mano a la frente y la presiona, parece que eso le alivia por unos momentos y consigue calmarse—. Perdona, ¿has tenido un buen día?

—Un poco largo.

—Te noto preocupada. ¿Me lo quieres contar? —pregunta acariciando mi brazo con suavidad.

—Tengo un caso nuevo. ¿Recuerdas mi viaje al pueblo?

—Claro, te has pasado el fin de semana fuera —exclama con doble intención.

—Lorena… por favor.

—Está bien, lo siento, te escucho —tercia levantando las manos en señal de que no pretende discutir.

—Bueno, pues la gata que estoy tratando lleva muchas semanas enferma. Su dueña la ha llevado a otros veterinarios, y ninguno le ha dado un diagnóstico. De hecho, volvía a casa sin saber nada de lo que le pasaba —le explico.

—¿Qué tiene?

—Un pequeño tumor en el riñón, y le está provocando una insuficiencia renal. Mañana la operaré a primera hora —apunto mientras empiezo a soltar mi maletín y mis cosas en la habitación—. Ahora voy a darme una ducha y más tarde debo terminar de rellenar el expediente. No me ha dado tiempo con tantas pruebas y quiero tenerlo todo listo mañana por la mañana —expongo sacando los papeles y dejándolos sobre el baúl, junto al maletín y mi chaqueta.

—¿Esto va a ser siempre así?

—¿Qué, Lorena?

—Tus continuos retrasos —se apresura a responder.

—Tan solo mañana y pasado, dependiendo del postoperatorio. Esos dos días no me esperes para cenar ni dormir. Me quedaré en la clínica para vigilar el estado de la gata.

—¿Te vas a pasar la noche en vela por una jodida gata? —inquiere alzando las cejas.

—Sí, me preocupa mucho. No quiero que le pase algo y no poder estar ahí.

—Joder, no me lo puedo creer. Te excedes demasiado en tus labores. Lo sabes, ¿verdad? Y lo peor es que pones continuamente tu trabajo por delante de nuestra relación —me recrimina como si no hubiese sido ella la que me puso los cuernos.

—Hago lo que quiero hacer, Lorena. Sabes bien que ha sido mi vocación desde siempre. Y así continuará siendo. Además, Coco es muy buena. Es una gatita preciosa. Es muy duro verla sufrir de esa manera.

—Co… ¿Coco?

Sus ojos se abren repentinamente, hace un gesto extraño que no logro entender.

—Sí, se llama Coco. ¿Qué ocurre? —pregunto confusa.

—No, no, nada —responde con rapidez—. Voy a calentar la cena. Dúchate tranquila.

—En menos de cinco minutos estoy lista, te lo prometo —le aseguro, mientras cojo mi ropa y entro en la ducha sin pensarlo demasiado.

Cada día que pasa, Lorena se comporta de una manera más extraña. No entiendo qué se le pasará por la cabeza para ser así. Es

como si pretendiese echarme la culpa de que nuestra relación ya no funciona como antes, cuando ha sido ella la que lo ha complicado todo engañándome con otra mujer.

Sentir el agua caliente acariciando la piel es lo único que logra calmarme últimamente.

—Voy a tener que quedarme a vivir dentro de la ducha —bromeo para mí misma mientras disfruto de cada segundo, con los miles de gotas de agua caliente cayendo sobre mi espalda.

Lorena

Al escuchar el nombre de la gata, un escalofrío me recorre la espina dorsal, dejándome completamente pálida. No, no puede ser ella, debe tratarse de un error. Sin duda tiene que haber muchas más gatas que se llamen Coco, no va a coincidir que sea justamente ese insoportable animal.

Salgo de la habitación y me quedo apoyada en la pared, esperando con calma hasta que el agua de la ducha empieza a caer. Valentina ya está dentro, no tardará en terminar, suele ser mucho más rápida que yo en el baño, pero necesito ver ese expediente.

Me quito los zapatos y entro a hurtadillas, muy sigilosa, para evitar que me escuche. Llego hasta la carpeta marrón y la cojo con cuidado. A continuación, dirijo la mirada hacia la puerta del baño, cerciorándome de que el agua sigue cayendo y abro los papeles con rapidez.

—No puede ser, joder, es imposible —murmuro entre dientes.

Reconocería a esa gata en cualquier parte. La última vez que la vi apenas tenía unos meses, no paraba de cruzarse por toda la casa, pero el color de su pelaje es especial, tanto que no he dudado ni un instante de que es ella. Miro los informes, leo con rapidez y ahí está la prueba que me faltaba.

Dueña: Lucía Santos

—Joder, joder, joder —mascullo, llevándome una mano a la frente —. ¡Qué mierda de vida!

Me maldigo a mí misma un millón de veces mientras vuelvo a colocar los papeles en el orden en que los encontré, teniendo cuidado de que no se note nada y los dejo sobre el baúl. De repente, el agua de la ducha cesa y salgo de la habitación, no quiero que me pille y sospeche que he rebuscado en sus papeles. No lo habría hecho de no ser por esa mala sensación al escuchar el nombre de la gata. Regreso a toda prisa a la cocina y meto la cena en el microondas mientras mi cabeza da vueltas sin parar pensando en la gata, o más bien en su dueña.

—Lucía está aquí, y conoce a Valentina. ¡Joder, joder! —suspiro, dando un manotazo sobre la mesa.

No me puede estar pasando esto. Me quedo con la mente en blanco, dando vueltas a lo mal que lo voy a pasar si descubren todo. Aun así, no puedo evitar pensar en Lucía y un extraño deseo de verla se apodera de mí. Necesito hablar con ella, debo dejarlo todo claro de una vez. Acabamos tan mal que me arrepiento. ¿Estará dispuesta a perdonarme? No dudó en poner distancia de por medio cuando todo ocurrió. Estaba muy enfadada y no me dio ni una oportunidad de mostrarle que había sido un error, aunque no le faltaba razón.

Sí, quizás lo mejor sea ir a verla.

—Lorena, ¡Lorena! Joder, ¿qué haces? —los gritos de Valentina hacen que me gire de golpe, la comida está a punto de quemarse y no me he dado ni cuenta.

Abro el microondas a tiempo de que no ocurra y la saco a toda prisa. Ni siquiera me he dado cuenta de cuántos minutos lo había puesto.

—¿Estás bien? —pregunta mi novia con preocupación.

Está preciosa recién salida de la ducha con el pelo aún mojado y su cuerpo envuelto en una toalla blanca que contrasta con su piel, aún ligeramente sonrojada por el agua caliente. Siempre le digo que pone la temperatura demasiado alta, nunca conseguimos ducharnos juntas por eso.

Hace tan solo unos meses le hubiese quitado esa toalla muy lentamente, habría besado cada centímetro de su cuerpo desnudo y habríamos hecho el amor aquí mismo, sobre la encimera de la cocina, pero las cosas ya no son como antes.

—Sí, sí, perdona. Estoy agotada, nada más —miento, intentando disimular lo mejor que puedo.

—¿En qué pensabas?

—¿Eh? Pensaba en que, quizás, te gustaría salir a comer mañana. Como vas a operar y te quedarás allí por la noche, al menos compartiremos una comida. Podemos ir al bar que hay frente a la clínica, así podrás llegar a tiempo por la tarde. ¿Qué te parece? Últimamente, pasamos muy poco tiempo juntas —propongo.

—Sí, vale, me parece bien.

Me he salvado por los pelos. No sé de dónde ha salido ese plan, pero ha funcionado. Sonrío sin más y sirvo la cena. Es una buena excusa para ir a la clínica y encontrarme allí con Lucía. Eso sí, lo haré durante la cirugía de la gata, mientras Valentina está ocupada en el quirófano. No quiero que presencie nuestra conversación. Estoy casi segura de que muy calmada no será. Aun así, debo intentarlo, quiero que Lucía me perdone, al menos me gustaría disculparme por lo que le hice. El final de nuestra relación fue demasiado amargo, incluso para

mí.

Capítulo 7

Lucía

La sala de espera de la clínica veterinaria me empieza a parecer asfixiante. Es como si las paredes se estrechasen por el peso de mi preocupación. Trato de borrar de mi mente la imagen de la pobre Coco en el quirófano, pero un enorme peso se ha instalado en mi pecho y me dificulta la respiración. El leve murmullo de la música de fondo tan solo sirve para aumentar mi inquietud.

Mis manos tiemblan mientras acaricio a Mico, su pelaje negro como la noche parece hoy más suave que de costumbre. Juega inocentemente con uno de los juguetes que Valentina le ha traído, sin ser consciente de lo que ocurre. Me agacho para cogerle y me aferro a él, buscando consuelo, aunque es solamente un breve alivio en medio de una enorme tormenta de preocupación.

Doy un pequeño salto al sentir una mano en mi hombro, y suelto todo el aire de mis pulmones al ver que es Valentina.

—Perdona, no quería asustarte —se disculpa—. Vamos a empezar ya, la anestesia está comenzando a hacer efecto y he salido para avisarte y prepararme —anuncia, dibujando una sonrisa preciosa en sus labios.

—Bien, gracias —agradezco, devolviéndole la sonrisa antes de que gire sobre sus talones y se marche.

De nuevo, veo nerviosismo en esos ojos marrones, aunque siento que no es por la operación en sí. Ese tema personal debe estar torturándola. Me vuelvo hacia Mico y, esta vez, empiezo a jugar con él en un intento de calmarme. El gato hace todo lo posible por mantenerme ocupada, aunque no puedo evitar que vuelva la imagen de Coco a mi mente en alguna que otra ocasión. La espera comienza a ser interminable cuando la puerta se abre de nuevo. Me levanto de un salto, esperando ver a Valentina que regresa para informarme del fin de la operación. Sin embargo, al alzar los ojos, no es ella a quién encuentro.

Esos ojos negros me miran con profundidad, como lo hicieron en el pasado, y se me hiela la sangre al volver a verlos. Una sonrisa tímida comienza a asomar en su rostro. Incluso da un paso adelante para acercarse a mí, aunque yo doy uno hacia atrás y levanto la mano para impedírselo.

—¿Ni siquiera vas a dejar que te salude? —pregunta nerviosa, su voz es apenas un susurro.

En una décima de segundo, mi humor pasa de un estado de preocupación a uno de furia. El dolor se apodera de mí y las pequeñas arrugas en mi frente se lo indican.

—¿Qué haces aquí? —pregunto muy seca, intentando mantener las formas para no montar un numerito en la clínica veterinaria.

—Valentina es mi pareja —responde.

Me quedo de piedra al escuchar sus palabras. Cierro los ojos y me giro. Esto no me puede estar pasando.

—Joder, menuda suerte la mía —mascullo. Me giro de nuevo para preguntar, la miro directa e interrogante—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Anoche me habló de la operación, cuando mencionó el nombre de tu gata supe al instante que eras tú. Yo… tan solo quería…

—Lorena, me da igual saber lo que querías. ¡No quiero hablar contigo de nada! ¿Me oyes? —bufo agitada, cerrando los puños con ira hasta que los nudillos se me quedan blancos.

—Lucía, por favor —me ruega triste—. Fue hace cinco años, aún me torturo por lo que ocurrió. Solo quiero pedirte perdón.

—Claro, porque pedir perdón es lo que mejor se te da después de hacer añicos el corazón de la persona que tienes enfrente y con la que has compartido una parte de tu vida, ¿verdad? Estoy harta de escuchar las mismas palabras de ti. No te mereces mi perdón, no te mereces nada después de dejarme tirada como lo hiciste —añado, haciendo un esfuerzo titánico por no alzar la voz más de lo necesario.

Observo a Mico pasando a mi lado, se enrosca nervioso entre mis piernas y bufa. Convivió muy poco tiempo con Lorena, pero lo suficiente como para reconocerla. Les adopté cuando prácticamente todo se había terminado entre nosotras. Tan solo la conocieron durante aquellos días en los que acepté compartir piso con ella mientras buscaba un nuevo lugar en donde quedarse. No iba a ser tan mala persona como para dejarla en la calle, no quería rebajarme a su nivel.

Nunca los quiso, jamás les hizo caso. Durante esos días, ni siquiera se acercó o les acarició. En cuanto nota mi tensión, el gato se abalanza sobre ella bufando y tratando de arañarla. Por fortuna, consigo cogerle a tiempo y no puede hacer demasiado. Acaricio a Mico, tratando de calmarle, mientras un par de líneas rojas se dibujan en el reverso de la mano de Lorena.

Se queja de que le duele, pero no seré yo quien la consuele. Los continuos bufidos de Mico hacen que acabe metiéndole en el transportín para evitar un daño mayor.

—No merece la pena, grandullón —susurro al gato desde fuera, sonriendo cuando lame uno de mis dedos al acariciarle.

—Veo que tiene el mismo carácter de mierda que cuando era

pequeño —suelta con una mueca de desprecio que solo me provoca una ligera carcajada.

—Sigues siendo la misma, no has cambiado ni siquiera un poquito —espeto meneando la cabeza—. Me apiado de Valentina por tener que aguantarte a diario.

—No metas a Valentina en esto. Tú no sabes nada de nosotras, ¡nada! —chilla Lorena nerviosa, su pecho hinchándose con cada respiración.

En ese instante, me llega a la memoria ese halo de tristeza en los ojos de Valentina algunas de las veces que he hablado con ella, esa necesidad de entablar conversación y las ganas de evadir temas personales. Algo anda mal, y estoy segura de que es por culpa de Lorena. No obstante, no voy a inmiscuirme, sería caer muy bajo y Valentina no merece eso, ella no.

—Sé cómo eres tú, y eso me sobra —le reprocho arqueando las cejas.

—¿No vas a perdonarme nunca?

—Lorena, me dejaste tirada. Te liaste con otra y estuviste varios días sin aparecer por nuestra casa. No dormía temiendo que te hubiese pasado algo. Llamé a hospitales, recorrí los pueblos de alrededor buscándote sin resultado. Y cuando llegaste, me soltaste la bomba —suspira al escucharme. Empiezo a creer que está arrepentida, pero algo dentro de mí no deja que me confíe— ¿Es ella? —levanta su mirada— ¿Es Valentina la mujer con la que me engañaste? —pregunto, aunque temo su respuesta.

—No —responde con rotundidad. Es la primera vez que la creo en mucho tiempo—. A ella la conocí poco después —añade bajando la mirada.

—Mejor, porque la situación sería mucho más insoportable si llega a haber sido ella.

El silencio nos acompaña durante unos segundos. Intento con todas mis fuerzas no decirle nada, pero en ese estado de nervios y enfado, soy incapaz de permanecer callada.

—La conozco poco. No hemos hablado mucho, pero algo me dice que es una gran mujer, y muy buena persona. Espero que no seas tan imbécil como para hacerle el mismo daño que me hiciste a mí. Si has sido capaz de repetir otra vez la misma jugada y sigues aún a su lado es que no has sufrido lo suficiente; o que ella está ciega —alego poniendo los ojos en blanco y pensando en la posibilidad.

En ese momento, baja la mirada como si quisiese hacer un agujero en algún punto indeterminado del suelo. Reconocería esa mirada culpable a diez mil kilómetros de distancia. Y esta vez, sabiendo todo lo que puede haber detrás, decido soltar lo que realmente siento.

—Eres una verdadera idiota —me mira con lágrimas en los ojos—.

No la mereces —añado negando con la cabeza—. No me puedo creer que seas tan gilipollas como para hacer lo mismo otra vez.

—¿Quién eres tú para decirme a mí qué merezco o no merezco? —abro mis ojos de par en par por lo atrevida que es al decirme eso.

—Qué valor tienes. Es acojonante. Está claro que sigues siendo igual de impresentable. Y no sabes cuánto me alegro de que lo nuestro se terminara. No sé cómo ella sigue contigo, la verdad —espeto, dejando escapar un largo soplido.

—Me ha dado una segunda oportunidad —suspiro de nuevo, está claro que no la merece.

Después de escucharla, decido alejarme de ella y sentarme junto a Mico. Voy a soltarlo para que pueda jugar. Percibe la tensión y se ha puesto muy nervioso. No quiero dejarle encerrado, y menos por ella.

—Lucía…

—No, jamás te perdonaré todo el daño que me has hecho —suelto antes de que pueda decir ni una sola palabra más.

No me interesa lo que diga o las veces que pueda pedirme perdón. Yo ya lo he superado, es hora de que ella también lo haga. Y si es lejos de mí, mucho mejor.

Capítulo 8

Valentina

Escucho la campana de la puerta cuando aún estoy lavándome tras la operación. Intento terminar cuanto antes para atender a la persona que ha entrado, mientras mi compañero, con el que siempre puedo contar en este tipo de casos, se encarga de Coco. Me pongo de nuevo la bata y salgo, pero al llegar al mostrador, no veo a nadie.

Encogiéndome de hombros, dejo escapar un pequeño soplido, quizás me he imaginado el sonido de la puerta, no sería la primera vez que me ocurre. En ocasiones, estoy tan ocupada en la zona de curas que no la escucho. Creo que debo poner otra campana o un sensor algo más ruidoso, o a este paso perderé algún que otro cliente.

Sonrío una vez más, pensando en que la cirugía ha salido a las mil maravillas. He podido quitarle ese pequeño tumor a la gata y en pocos días podrá estar en casa con su dueña. Sin embargo, cuando estoy a punto de llegar a la salita donde he dejado a Lucía, me freno en seco al escuchar la voz de Lorena.

Inevitablemente, me paro en seco. La puerta está un poco abierta, lo suficiente como para que se me detenga al corazón al oír lo que dice y descubrir, en pocos segundos, que fueron pareja años atrás. Y lo que es peor, que todo terminó por otra infidelidad de Lorena. Las estoy escuchando y no puedo creer que sean ciertas las palabras que llegan a mis oídos.

Mi corazón se acelera, como si alguien retumbase un tambor en mi pecho, incluso me invade una opresión al respirar. Hago una pausa justo antes de entrar, con la mano todavía en el pomo de la puerta, tratando de asimilar lo que estoy escuchando. La voz de Lorena me llega clara y nítida, ese timbre dulce y familiar que me sedujo en el pasado. Ahora sus palabras me hieren como dagas que atraviesan mi corazón. Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos, pero las contengo con un esfuerzo titánico.

—Joder, no puede ser… —murmuro entre dientes, alzando los ojos al cielo.

—Eres una verdadera idiota, Lorena —escucho decir a Lucía. Sabe que me ha sido infiel y se lo está recriminando.

—Aquí la única idiota soy yo, que le he dado otra oportunidad —

mascullo.

La discusión termina pocos segundos más tarde. La salita se queda en silencio, ninguna de las dos pronuncia una sola palabra. Sin embargo, yo necesito entrar. Intento recomponerme, hacer como si no hubiese escuchado nada. Cuando me siento preparada, respiro hondo, dejo escapar el aire poco a poco en un larguísimo suspiro y abro la puerta con una pequeña sonrisa. Nada más hacerlo, Lucía se levanta y viene a mi encuentro.

Miro brevemente a Lorena, interrogante, no sé por qué ha venido, nunca lo hace, aunque una idea me puedo hacer, y mis ojos regresan de nuevo a Lucía.

—¿Cómo está Coco? —me pregunta, su voz muestra una evidente ansiedad.

De repente, siento algo extraño cuando la tengo cerca, saber que ha estado con Lorena en el pasado me produce un escalofrío.

—Bien, todo ha salido a las mil maravillas, no debes preocuparte —respondo antes de quedarme sin voz—. He podido quitarle el tumor sin ninguna complicación, se quedará aquí durante un par de noches, quiero comprobar que todo está bien. El fin de semana ya podréis pasarlo en casa.

Al escuchar mis palabras, su sonrisa ilumina la sala y está a punto de echarse a llorar. Incluso diría que piensa, durante unos instantes, en abrazarme, pero mira a Lorena de reojo y se detiene en seco.

—Gracias, no sabes cuánto te lo agradezco. ¿Podré verla antes de irme? —pregunta alzando las cejas.

—Tendrás que esperar unos minutos. Prefiero que se recupere de la anestesia, pero sí, no veo ningún problema en que lo hagas —le aseguro con una sonrisa.

—Espero el tiempo que haga falta. Me muero de ganas por verla, lo he pasado fatal esperando —admite dejando escapar un largo suspiro.

En ese momento, es Lorena quien se levanta para acercarse. Mico está suelto y al mirarlo, se acerca a mí frotándose entre mis piernas y ronroneando en busca de mimos, lo que me hace sonreír. En cambio, al ver a Lorena acercarse, bufa enfadado. Por fortuna, me da tiempo a agarrarle lo suficiente para que no le haga nada.

—Vale, ya sé que no te caigo bien, bicho, tú a mí tampoco —suelta en tono borde, alzando los brazos en señal de rendición.

La miro en busca de respuestas y me señala la mano donde tiene un par de arañazos bien marcados.

—¿Le has hecho algo? —pregunto confusa, es la primera vez que veo a Mico así, y debe tener un buen motivo.

—¡No, nada!

—Pues entonces supongo que tienes razón, no le caes bien —añado sin más, acariciando al gato, que se ha acomodado en mis brazos y

ronronea tranquilo—. Es un mimoso.

Lucía se gira, me da tiempo a observar una extraña sonrisa en sus labios que no me produce buena espina. Empiezo a perderme y no entiendo nada, así que opto por empezar el juego de las presentaciones entre ellas. Se supone que no se conocen, al menos yo no debería saber que fueron pareja y ninguna de las dos me ha dicho nada.

—Por cierto, no os he presentado —hablo casi sin poder mirarlas a los ojos—. Lorena, ella es Lucía, la dueña de Coco. Lucía, ella es Lorena, mi… —hago una pausa. De pronto, no sé muy bien lo que somos en estos momentos—… pareja.

—Encantada —suelta Lucía con una expresión de fastidio que intenta esconder, aunque sin ningún resultado. Lorena asiente casi sin poder mirarla.

—Bueno, yo debo irme. Solo quería saber cómo había salido la operación —expone entonces Lorena, buscando los ojos de Lucía sin éxito, y encontrándose con los míos de casualidad— ¿Nos vemos para comer entonces?

—No —suelto con una sonrisa—. Al final pediré la comida para llevar y comeré en la clínica, tengo mucho trabajo, lo siento.

—¡Joder! —susurra, dándose la vuelta y echando la melena hacia atrás con un gesto de disgusto.

Lucía mira instintivamente hacia mí y cuando nuestras miradas se encuentran, aparta de inmediato la suya. Se ha dado cuenta de que estoy al tanto de la relación que las une. No hacen falta palabras, mi seriedad y la expresión de mis ojos le dan la suficiente información sin necesidad de hablar. Incluso se da la vuelta. Intuye que sé todo lo que ha ocurrido entre ellas, al menos lo básico. En ese momento dejo a Mico en el suelo y de inmediato la sigue para jugar con ella.

—Lorena, tengo que volver al trabajo —digo muy seria antes de que se marche.

—Sí, claro. Yo también. Te llamaré esta noche para saber de ti.

—Vale, hablamos esta…

Antes de que pueda terminar la frase, Lorena abandona la clínica de manera abrupta. Deja un apresurado beso en mi frente, algo forzado, y mira a Lucía, de la que se despide haciendo un frío gesto con la cabeza.

En un intento de rebajar la tensión del ambiente, en cuanto Lorena desaparece, indico a Lucía que me siga, iremos juntas a ver a la gata. Hacemos el camino en silencio, el aire parece tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Ninguna de las dos sabemos qué decir.

Al llegar, mi compañero nos deja a solas. Coco está tumbada sobre una camita para que descanse lo más cómoda posible. Está envuelta en una venda y un pañal, ya que podría tener algún escape y de este

modo la controlamos mejor.

Trato de explicar a Lucía cómo ha ido todo con la operación, pero soy incapaz de mantener su mirada y mi tono de voz es más cortante de lo que quisiera. Es una sensación tan extraña que, al terminar, no sé si le he dado todos los datos o no. La miro y asiente con una sonrisa.

Comienza a acariciar a la gata, momento que aprovecho para dar un paso atrás y darle mayor intimidad. Sin embargo, justo al hacerlo, rompe el silencio.

—Lo sabes, ¿verdad? —me mira sin dejar de acariciar a Coco—. ¿Por qué no me has dicho nada? Nos hubiese ahorrado este mal trago —me recrimina.

—Me he enterado hace unos minutos —me apresuro a explicar—. Os he escuchado hablar, cosa que lamento. No era mi intención, te lo aseguro. La puerta estaba abierta y al escuchar la voz de Lorena no he podido evitar prestar atención —admito nerviosa mientras ella niega con la cabeza repetidamente.

—Lo siento, de veras. Por todo —especifica alzando las cejas. A continuación, mira a Coco y sonríe—. No mereces estar pasando por lo mismo que yo pasé.

—A veces pienso que es un sueño del que voy a despertar cuando menos me lo espere —confieso y ella sonríe.

—Más bien una pesadilla de la que no puedes escapar —corrige, acertando de lleno. Seguidamente, se incorpora y me mira—. Sé que no soy la persona más adecuada para darte consejos. Incluso que a lo mejor no los quieres, ahora que sabes que soy su ex, pero necesito decírtelo —le hago un gesto con la mano, permitiéndole seguir—. Piensa en ti, en tu felicidad y en tu futuro. Considera si es esto lo que de verdad deseas. Eres una mujer inteligente, capaz, y muy bonita en todos los sentidos. Tienes derecho a ser feliz, y no a pasar por esta mierda, que es la única palabra que me viene a la mente para describir lo que ha ocurrido.

Y aunque yo no diga nada, aunque ni siquiera me mueva o me inmute frente a sus palabras, sé que tiene toda la razón.

Capítulo 9

Lucía

Regreso al hotel horas más tarde. Coco ya está despierta e incluso ha comido. Valentina me dejó quedarme un rato en la clínica y eso ha ayudado a que mis nervios terminaran de esfumarse al ver a la gata recuperarse bien de la cirugía. Aun así, tras lo ocurrido con la visita de Lorena, mi inquietud ahora es por no saber qué decir o hacer cuando estoy a su lado.

Me tumbo en la cama pensando en Valentina, en todo lo que debe estar sufriendo en este momento. Sin poder evitarlo, siento de nuevo ese dolor. Recordar aquellas noches en vela llamando a mi ex, mis recorridos por los pueblos de madrugada buscándola, las horas que me pasé llorando, pensando que le había ocurrido algo. Y de repente, un día llega, como si nada, y me lo suelta. Aunque bueno, ni siquiera tuvo que decir nada. Fue verla y saberlo al instante. Recuerdo aquel momento como si lo estuviese viviendo ahora mismo.

La lluvia caía suavemente sobre el tejado aquella noche, su tintineo era como un susurro constante en mis oídos. El olor a tierra mojada se colaba por la ventana abierta, mezclándose con el aroma de la vela de vainilla que ardía en la esquina de la habitación. Su suave luz parpadeante proyectaba sombras danzantes en las paredes con cada soplo de brisa y creaba un ambiente íntimo y melancólico que no calmaba mi ansiedad.

—¡¿Dónde has estado?! —imploré con rabia y llorando mientras la abrazaba.

—Lo siento, yo…

—Joder, Lorena, llevo varios días sin saber nada de ti. ¿Se puede saber qué has estado haciendo? —interrumpí agitada.

Estaba cabreada, muchísimo, y ella lo sabía. Cogió mis manos, me llevó al salón y nos sentamos. No lo hizo a mi lado, se colocó justo enfrente. Trató de hablar, pero las palabras no salían de su garganta. Giró la cabeza y pude apreciar esa pequeña señal en su cuello. Una señal que me daba toda la información que necesitaba saber, no precisaba más. Cuando me miró, toda información sobraba.

—Has estado con otra —afirmé serena, sintiendo una punzada de dolor en el pecho. Ella cerró los ojos y las lágrimas no tardaron en correr por sus mejillas.

—Lucía, yo…

—No quiero que te vuelvas a acercar a mí en toda tu vida. ¿Te queda

claro? —la miré con furia mientras Lorena asentía con pena y casi sin fuerzas para discutir. Me levanté y me crucé de brazos mientras la observaba—. No voy a echarte porque sé que no tienes dónde ir, pero tan solo te doy unos días para recoger todo y largarte de esta casa. No quiero verte, no quiero hablar contigo, no quiero ni sentirte mientras estés aquí. ¿Lo has entendido? —grité.

—Sí.

—Espero que al menos te hayas divertido, zorra —escupí antes de irme a la habitación.

Recordar ese preciso instante vuelve a hacerme llorar. Sin embargo, en esta ocasión, no es de rabia. Es más bien de pena. Pensé que después de lo que me había hecho a mí, aprendería la lección, creí que sería una persona diferente, que habría madurado. Pero veo que me equivocaba. Todo el sufrimiento que, supuestamente, pasó después de separarnos, no le ha servido de nada. Sigue siendo capaz de tirar por la borda una relación con alguien que la quiere a cambio de unas horas de sexo con una extraña.

Me voy a dormir pensando en cómo Valentina ha podido darle una segunda oportunidad, aunque visto lo visto, y por lo que he podido apreciar esta tarde, nada va bien entre ellas. Puedo llegar a entender que todo lo que han vivido está pesando en la balanza, aun así, nada justifica el dolor que está provocando Lorena en la pobre Valentina.

Me acuesto en la cama y siento el tacto de las sábanas de algodón acariciando mi piel, mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas. Las notas de una melodía triste flotan en el aire desde la habitación de al lado y todavía saboreo el amargo regusto del vino que bebí hace un rato.

Al día siguiente, regreso a la clínica un poco antes de la hora de comer. Entre las llamadas de trabajo y reorganización de la agenda, no he podido acudir antes. Al llegar, Valentina está atendiendo a una clienta y nada más verme, sonríe. De repente, siento que la tensión que había ayer entre nosotras ya se ha esfumado, cosa que agradezco.

Mico empieza a moverse dentro del transportín, así que lo saco y lo tengo en brazos hasta que la clienta se marcha. Momento en el que salta al suelo corriendo hasta llegar a Valentina.

—Hola, pequeñín —saluda agachándose para acariciarlo con suavidad.

—Te tiene mucho cariño —apunto con una sonrisa. Lo coge en brazos y al mirarme también sonríe.

—Es muy bueno, y lo tienes muy bien educado. Es fácil cogerle cariño —admite dándole un beso en su cabecita.

—¿Cómo está Coco?

—Bastante bien. Está en la sala de curas, ha dado ya algunos pasos

y eso es muy buena señal, pero la herida le tira un poco, como es normal. ¿Quieres verla? —propone alzando las cejas.

—Sí, por favor… —respondo incluso antes de que acabe la frase.

—Acompáñame.

Me hace una seña con la cabeza para que la siga. Es ella la que lleva a Mico en brazos. No quiere que se lance contra Coco en cuanto la vea, cosa que le intenta explicar cuando llegamos donde está la gata, pidiendo su colaboración como si fuese un niño en vez de un gato. Se agacha a su lado, deja que se acerque con calma, que se huelan, pero evita que jueguen por el momento. Yo no puedo hacer más que mirarlos y sonreír. Cuando Coco repara en mi presencia, abre los ojos, se levanta con esfuerzo y camina despacio hacia mí. Me siento en el suelo y la abrazo en cuanto se sube en mi pecho.

—Hola, mi amor —susurro acariciando su suave pelo. No deja de lamer mi cara ni de ronronear con mis caricias.

—¿Cómo la ves?

—Con más energía —contesto sonriente y a punto de que las lágrimas se escapen de mis ojos—. Jamás podré agradecerte lo que has hecho por ella. Le has salvado la vida a Coco, y por consiguiente a mí también.

—No es nada, mujer, de verdad. Yo también estoy feliz de que se esté recuperando bien —se levanta y se sienta a mi lado, acercando a Mico para que jueguen con cuidado. Coco se tumba entre ambas y el grandullón comienza a lavarla con su lengua. Que la esté cuidando y mimando de esta manera dice mucho de lo bueno que es. Sé que la echa de menos, lo noto cuando estamos a solas. Ahora serán más inseparables aún.

—Siempre he querido algo así en mi casa —apunta tras unos minutos en silencio—. Pero Lorena no los soporta, bueno, eso supongo que ya lo sabes —admite con un largo suspiro.

—Es algo que la supera —afirmo.

—¿Cómo lo hiciste con ellos? No sería fácil.

—Mico y Coco llegaron justo cuando corté con Lorena —le explico— convivieron muy pocos días. Ella no tenía dónde quedarse y mientras tanto le dejé estar en casa, aunque no nos cruzábamos ni siquiera, se lo pedí así. Sin embargo, los gatos sí se acercaban, querían jugar, pero ella los echaba de su lado o les gritaba.

—Ahora entiendo la reacción de Mico ayer —no puedo evitar sonreír al recordarlo.

—Supongo que notó mi tensión, y nada más verla se lanzó para arañarle —le explico encogiéndome de hombros.

—Es increíble que sea un gato quién le haya dado una lección —bromea. Intento no reír, pero es imposible, nos miramos y a ambas nos entra la risa.

Tras varios minutos de juegos y sonrisas con los gatos, debo marcharme, Coco tiene que descansar y Valentina debe hacer una pausa para comer y seguir su jornada.

—Esta tarde me la llevaré a casa para cuidarla, no quiero dejarla aquí —me comenta—. Si pasa la noche bien, mañana podréis iros al pueblo sin problema.

—Eso es estupendo, Valentina.

—Ten —me pasa un papel, al mirarlo veo que es la factura.

—¿Cuándo quieres que te lo pague?

—Puedes hacerlo ahora o cuando vayas a llevártela, como tú quieras, lo que te sea más fácil.

—Lo haré mañana sin falta —le aseguro.

—Estupendo. Te veo mañana entonces y si todo va bien, como ya he dicho, te puedes llevar a la gata de regreso a casa —anuncia con una sonrisa.

—Pues aquí estaré, puntual como un reloj —respondo divertida antes de despedirme y salir de la clínica.

Es salir y no poder dejar de pensar en ella. Me sorprendo a mí misma queriendo que pasen las horas para poder volver y estar, aunque sea solo unos minutos, en su compañía. ¿Qué demonios te está pasando, Lucía? No, esto no puede estar ocurriendo, no con ella.

Capítulo 10

Lucía

Llego a la clínica un poco antes de la hora acordada. Esta mañana, Valentina me ha dejado un mensaje de voz en el contestador anunciándome que Coco ha pasado muy buena noche y que puedo llevármela a casa esta misma mañana, si así lo deseo. Nada más saberlo, he guardado todas mis cosas en la maleta, he pagado mi estancia y me he marchado.

Al abrir la puerta, está atendiendo a dos clientas, pero nada más mirarme, sonríe y se acerca un momento hasta donde estoy. Saluda a Mico, que sigue en su transportín y me pide que pase a la salita.

—En unos minutos estoy contigo, puedes sacar al gato si quieres —añade antes de marcharse.

Hoy parece que está diferente, no sé por qué, pero lo noto. Yo diría que está más contenta, algo más animada. El brillo que hay en su mirada me lo confirma. Esto hace que me alegre, seguramente no sabré nunca qué ha cambiado, pero que sea feliz hace que me sienta contenta por ella. Nada más terminar con las clientas, regresa a la salita. Cierra la puerta y nos quedamos a solas.

—Perdona, ya estoy contigo —sonrío sin más—. Coco ha pasado muy buena noche, ha estado muy juguetona, he de añadir —su tono provoca que la mire intrigada y con media sonrisa.

—Juguetona, ¿a qué nivel? —pregunto arqueando las cejas.

—Al nivel de seguir a Lorena allá dónde iba —responde y no puedo evitar taparme la boca para evitar reírme mientras la escucho, imaginando la cara de Lorena cada vez que veía a mi gata. Valentina, en cambio, se está riendo abiertamente mientras me lo cuenta—. Tendrías que haberla visto, fue algo increíble. Abría una puerta y zas, ahí estaba la gata, observándola, analizándola con los ojitos muy abiertos.

—No puede ser —me tapo la cara y niego con la cabeza, sintiendo que me pongo roja.

—Ha sido bastante divertido, la verdad.

Valentina se ríe, y el sonido de su risa es como música para mis oídos. Es una risa contagiosa, y pronto las dos soltamos una carcajada, disfrutando de una anécdota de Lorena y Coco en el cuarto de baño.

—¿En serio le mordió los dedos del pie mientras hacía pis? Lorena debió enfadarse mucho —suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, aunque lo ha intentado disimular bien. No trató de espantar a la gata en ningún momento, pero se notaba que estaba muy tensa. Yo

no podía dejar de reír cada vez que gritaba del susto —sonrío al escuchar sus palabras sin poder sacar esa imagen de mi mente—. No entiendo por qué es así con todos los animales, y más con estos dos gatos, si son monísimos —admite mientras coge a Mico para acariciarlo y Coco ronronea entre mis piernas.

—No lo sé, a mí nunca quiso contarme por qué les tiene esta ojeriza —respondo encogiéndome de hombros.

—Es como si estos gatos supieran por lo que estamos pasando —Valentina habla entonces más seria, mirando al grandullón y mimándolo con ternura. No puedo evitar acercarme y posar una mano en su espalda, acariciándola en señal de apoyo.

—Pues no estoy segura, pero si es así, ya le han hecho ver que estarán ahí para protegernos —bromeo provocando una pequeña sonrisa en su rostro.

Tras permanecer unos minutos en silencio, únicamente disfrutando de nuestra compañía y del juego con los pequeños, soy yo la que habla.

—Quiero pedirte perdón, Valentina —susurro.

—¿Por qué?

—Por cómo ha sucedido todo. Por mi discusión con Lorena aquí el otro día, por la información que recibiste, sobre todo porque la manera de enterarte no fue la más adecuada. Yo… —hago una breve pausa para dejar escapar un suspiro—. Jamás imaginé que me volvería a cruzar con ella, de verdad, no pude evitar reaccionar de esa manera. Y no era el momento ni el lugar adecuado para hacerlo —admito tragando saliva y apretando mis dedos hasta hacerlos crujir.

—Lorena también hace eso cuando se pone nerviosa —apunta.

—Lo sé, no sabría decirte si es una manía que me pegó ella a mí o yo a ella —confieso.

—Sí, perdón, por un momento olvidé que vosotras dos…

—No pasa nada.

—Bueno, en cuanto a lo de la manera por la que me enteré, tranquila, no fue culpa tuya. De hecho, que estuviera aquí es culpa mía —la miro interrogante—. Al parecer miró el expediente de Coco a escondidas cuando le conté el caso y escuchó el nombre de la gata. Aunque yo no sabía que iba a venir, de hecho, me sorprendió bastante saber que estaba aquí, es la primera vez en mucho tiempo que pisa la clínica. Pero entendí de inmediato a qué había venido nada más escuchar vuestra conversación.

—Creo que ninguna de las dos hemos sabido cómo manejar esto —nos miramos y sonreímos de lado—. Te considero una amiga tras todo lo que has hecho por mí, después de todo lo que hemos hablado. Y no sé si es muy atrevido por mi parte si te pido seguir en contacto después de mi marcha al pueblo.

Nos miramos a los ojos tras mi petición. Supongo que es bastante inusual que algo así ocurra, pero algo dentro de mí lo necesita, no sabría explicar por qué. Sin embargo, si Valentina decide que no es lo mejor, lo aceptaré sin reservas.

—Me encantaría que así fuese —admite con sinceridad, asintiendo con la cabeza—. Ahora mismo, siento que eres la única que entiende por lo que estoy pasando con todo esto de Lorena. Al fin y al cabo, has pasado por lo mismo y con la misma mujer. Eres una persona muy bonita, Lucía, en todos los sentidos, a mí también me gustaría seguir conociéndote y seguir charlando contigo.

—No te meteré en problemas con Lorena por esto, ¿verdad? Es lo último que nos faltaba —sonríe de lado al escucharme.

—No, no tienes de qué preocuparte por eso. Es mi vida, mis amistades, Lorena ahí no va a entrar. Además, siendo sincera, ni siquiera sé qué voy a hacer con ella —confiesa bajando el tono de voz.

—Creo que lo más importante ahora es que pienses en ti misma, en tu felicidad. A mí, siendo franca, me sorprendió mucho saber que le habías dado una segunda oportunidad después de lo que te hizo. Pero no puedo juzgarte por ello, tendrás tus motivos. Sin embargo, no te veo feliz y eso es lo que me preocupa.

Valentina agacha la cabeza al escucharme y tapa su rostro con las manos. No está segura de nada, solo hay dolor en ella. Me coloco frente a ella y acaricio sus manos y su rostro hasta que me mira. No puedo decir nada, solamente abrazarla y consolarla. Me sale de manera automática al verla en este estado. Tiro de ella y se abraza, escondiendo su cabeza en mi cuello y llorando.

Suspira y aprieta mi cuerpo con fuerza después de unos segundos, yo hago lo mismo para hacerla sentir mejor. Después de un par de minutos, se suelta y empezamos a separarnos lentamente. Nuestras miradas se cruzan al mismo tiempo que nos alejamos la una de la otra, creando y forjando un extraño vínculo que ninguna de las dos entendemos en ese momento, pero que nos hace sentir bien, liberadas, seguras. Sonríe cuando noto que su mano y la mía siguen cogidas, como si ninguna de las dos quisiese soltarse, mientras la acaricio con suavidad con mi dedo pulgar hasta que empieza a ruborizarse y la separa.

—Bueno, creo que es hora de que me vaya a casa y me lleve a los gatos —anuncio mientras me levanto. Al hacerlo, siento su mirada siguiéndome en todo momento y a los pocos minutos noto su presencia de nuevo a mi lado.

—¿Vuelves al pueblo directamente?

—Sí.

—Te daré unas pautas para curar a la gata —propone, sacando una

libreta y apuntando lo que debo hacer.

—¿Cuándo tengo que volver para que la revises?

—No hará falta. Este fin de semana, si no cambia nada, iré al pueblo a visitar a mis padres. Ya se están quejando de que voy muy poco por allí. Así que, si no te importa, me pasaré por tu casa y aprovecharé para revisar a la gata y hacerle una cura. En cualquier caso, te avisaré cuando lo sepa de seguro, ¿vale? —pregunta con una sonrisa preciosa.

—Vale, genial —asiento sin poder dejar de mirar su boca.

Hago el pago, ella termina de escribir las anotaciones para curar a Coco, me ayuda a colocar a ambos gatos en sus respectivos transportines y me acompaña al coche.

—Gracias por todo, Valentina, de verdad.

—Gracias a ti, por confiar en mí y por ayudarme. Con todo —especifica alzando las cejas.

—Cualquier cosa que necesites, ya tienes mi número —le recuerdo y ella asiente con una sonrisa.

Tiene las manos guardadas en los bolsillos de su bata y está un poco tensa, pero, aun así me atrevo a acercarme para abrazarla una vez más. Un abrazo que dura unos segundos y que me hace temblar de nuevo.

Me separo y me monto en el coche. No hay más palabras. Solamente un breve gesto, una sonrisa, y unas miradas que dicen mucho.

No hacen falta palabras cuando los ojos hablan por sí solos.

Capítulo 11

Valentina

Un vacío inexplicable se apodera de mí al ver el coche de Lucía alejarse. Es como si una brisa fría envolviese mi corazón, haciéndolo encogerse con cada latido. El aroma de su perfume aún flota en el aire, como un recuerdo imborrable que me hace añorar su presencia. Es un dolor extraño, desconocido, como una melodía triste que se instala en mi pecho y deja un eco que resuena en cada rincón de mi ser. Sacudo la cabeza, intentando borrar esos pensamientos de mi mente y decido entrar de nuevo en la clínica. Aun así, la idea de salir a comer para despejar mi mente y volver al trabajo más tranquila me atrae como un oasis en el desierto.

Por la tarde, las horas se deslizan con una rapidez asombrosa, como las páginas de un libro que te engancha, mientras me sumerjo en las revisiones y atiendo a nuevos clientes. Antes de que me quiera dar cuenta, las agujas del reloj marcan las nueve y me sacan de mi ensimismamiento. Cierro la clínica con un suspiro de alivio y, antes de salir, me asalta el deseo de enviarle un mensaje a Lucía. Quiero saber cómo les ha ido en el viaje y cómo está Coco. De alguna manera, su compañía me llena de felicidad, les he cogido mucho cariño en muy poco tiempo y me hacen muy feliz. Y me temo que no es solamente por los gatos.

Hola, Lucía. Soy Valentina.
Solo quería saber cómo ha
ido el viaje de vuelta a casa.
¿Coco está bien?
21:05 pm

Tras enviar el mensaje, pongo el candado y vuelvo a casa dando un paseo. A los pocos segundos de emprender mi camino, recibo contestación.

Hola, hemos llegado
a casa sanos y salvos. Coco
ha aguantado como una
campeona. He de admitir que
he ido con cuidado para
que no sufriera. Ahora mismo
está soportando a un Mico
bastante pesado ja, ja, ja

► Foto
21:10 pm

Abro la foto y descubro a Coco y Mico. La gata está tumbada, él está a su espalda, también tumbado, aunque tiene la cabeza apoyada sobre la de Coco. Prácticamente, se ha mimetizado con ella. Sonrío al verlos.

¡Es increíble! Ja, ja, ja
No pueden ser más bonitos.
La cuida mucho, debes
sentirte muy orgullosa.
Sabes, esta tarde la he
echado de menos en la
clínica, a ambos, les tengo
mucho cariño.
21:13 pm

Estoy segura de que ellos
también te echan de menos
a ti. Si al final vienes este fin de
semana, podrás verlos
todo el tiempo que quieras.
21:15 pm

No puedo evitar sonreír al leer el mensaje. Deseo contestarle, decirle que yo también noto su ausencia, pero no sé si es adecuado. Al final decido enviarle un emoji y, tras hacerlo, sigo mi camino. Justo antes de llegar a la puerta de casa, mi teléfono vuelve a vibrar.

¿Siempre quisiste ser
veterinaria?
21:30 pm

Escribo la respuesta al mismo tiempo que abro la puerta y subo a mi habitación para dejar mis cosas.

Sí, nunca dudé que quería serlo.
Como sabes, adoro a los
animales, cuidarlos, hacer
lo que sea necesario por
ellos. Jamás he tenido algo
tan claro en mi vida.
21:32 pm

No me cabe duda, le

pones mucha pasión,
y como clienta, es de
agradecer.
21:33 pm

Y tú, me dijiste que
eras tatuadora,
¿siempre quisiste serlo?
21:34 pm

Siempre fui muy mala
estudiante, no se me daba
bien, y de repente, llegó
esta posibilidad. Me gustó
y no he dejado de hacerlo.
Ahora tengo
mi propio estudio,
hace unos años que
lo abrí.
21: 36 pm

¡Wow! Te admiro.
Hay que tener mucho
talento y paciencia para
dedicarse a ello. ¡Espero
que algún día
me enseñes más
trabajos tuyos!
21:38 pm

¡Claro! Cuando quieras.
¿Te has hecho alguno?
21:39 pm

Tengo dos. Una pequeña
estrella en el tobillo, y las
fases de la luna recorriendo
mi columna.
¿Tú tienes alguno?
21: 41 pm

Sabía que sí. El día que nos encontramos por primera vez, pude apreciar parte de un tatuaje precioso que nacía en su muslo derecho, aunque estaba tapado casi entero por el pantalón que vestía. No

obstante, tampoco me fijé mucho en ello. No era el tatuaje lo que me había llamado la atención precisamente.

Sí, diseñé un mandala que
incluía dibujos bastantes
significativos para mí. Al final
me lo hice en mi muslo derecho,
aunque sube un poco por mi
cintura. También tengo una
frase en mi costilla izquierda,
y otra en mi columna. Tengo
alguna idea más, me los haré
con el tiempo.
21:43 pm.

Sonrío al leer su mensaje, sin poder evitarlo se me pasa por la cabeza poder verlos en un tiempo no muy lejano. Me encantaría de hecho.

—¡Hola! —levanto la vista y mi sonrisa desaparece.

—Hola —respondo con sequedad.

—Veo que estás mejor, ¿todo bien en el trabajo?

—Sí, muy bien.

Mi móvil vuelve a vibrar, Lucía me ha dejado un nuevo mensaje. Sonrío al leerlo.

Espero que para el próximo tatuaje
confíes en mí, soy buena,
lo prometo
21:44 pm

Contesto al segundo, bajo la atenta mirada de Lorena.

No lo dudes, el próximo
será todo tuyo
21: 45 pm

—¿Con quién hablas? —pregunta Lorena frunciendo el ceño. La miro de reojo antes de soltar el móvil y coger mi pijama para meterme en el baño.

—Con Lucía.

—¿Con mi ex? —se extraña, intenta evitarlo, pero ha alzado la voz sin querer.

—¿Es que conocemos a otra Lucía? —pregunto de vuelta con total calma.

—No sé si me parece adecuado que tengas contacto con ella —

suelta de pronto.

—Bueno, soy yo la que decido eso, ¿no te parece?

—Es mi ex, Valentina, no quiero que hables con ella —insiste.

Salgo del baño y la miro seria.

—¿También vas a decirme con quién debo o no debo hablar? Me parece que te estás pasando —añado con un tono algo borde.

—No es eso, Valentina, pero…

—Pero nada. Yo tampoco quería que te acostaras con otra y ya ves. Y lo peor, es que no es la primera vez que lo haces —en ese momento me mira.

—¿Ahora piensas aliarte con ella? —sonrío sarcástica, no se está enterando de nada y parece que no está por la labor.

—Deja de hacerte la víctima de una vez, hazme el favor. Esto no llegará a ningún lado si sigues así —le advierto alzando la voz y negando con la cabeza.

Me apresuro a cerrar la puerta del baño tras de mí, sin permitirle pronunciar una sola palabra más. No puedo soportar escucharla, no quiero que siga poniendo excusas tontas. Mi corazón no podría resistir otro enfrentamiento, aunque tengo el presentimiento de que el asunto de mis conversaciones con Lucía apenas ha comenzado a desmoronar lo poco que queda de nuestra relación.

El vapor de la ducha llena el cuarto de baño, envolviéndome en su cálido abrazo mientras el agua caliente serpentea por mi cuerpo. Cada gota que cae sobre mi piel ayuda a disipar el ruido de la realidad y, por unos instantes, una sensación de paz se apodera de mí. Me apetece permanecer aquí, en soledad, tranquila. Pero sé que en cuanto salga, nos enfrentaremos de nuevo y esta vez puede que la conversación no sea tan apacible.

Las discusiones entre nosotras se vuelven cada día más frecuentes, el dolor en mi pecho se intensifica, y cada palabra que intercambiamos solo me aclara más lo que debo hacer. ¿Por qué no actúo de una vez? Una parte de mí aún no puede comprender cómo hemos llegado a esto, cómo nuestra vida juntas se ha desmoronado hasta que ya no quedan más que ruinas. No entiendo cómo Lorena ha destrozado la confianza que le entregué y la ha pisoteado hasta dejarme vacía.

Y lo que más me duele es ver cómo intenta volver a mi vida. Su desesperación por reconstruir lo que ha destruido solo demuestra que, definitivamente, su plan no está funcionando.

Capítulo 12

Valentina

Tan solo han pasado dos días, dos eternos días y siento cómo la presión dentro de mi cabeza amenaza con hacerla estallar. Desde que Lorena descubrió que mi comunicación con Lucía es constante y fluida, la atmósfera en casa se ha vuelto irrespirable. Cada día, cada hora, cada instante que coincidimos bajo el mismo techo, el aire se torna pesado y las discusiones no cesan. Ya no puedo más, sé que si no escapo de esta situación, mi alma y mi corazón acabarán desgarrados.

Es viernes y me siento muy cansada, así que tomo la decisión de cerrar mi negocio por la tarde. No lo abriré hasta el lunes. Necesito desesperadamente alejarme de Lorena, visitar a mis padres y respirar el aire fresco del pueblo. No voy a negar que tengo muchas ganas de encontrarme con Lucía. Ha sido como un faro en la tormenta, calmándome y ofreciéndome su hombro durante estos días.

Aprovecho que Lorena no ha regresado aún del trabajo para hacer la maleta con prisa, saboreando un bocado rápido que apenas me calma el hambre. Desearía poder marcharme sin decirle nada, pero sé que si no le dejo una nota, su voz me perseguirá a través de interminables llamadas de teléfono y mensajes de voz. Con un suspiro de resignación, dejo unas palabras escritas para ella en una apresurada nota. En ella intento plasmar el eco de mis pensamientos, antes de coger el coche y encaminarme hacia el pueblo.

No puedo aguantar más esta situación, Lorena.
Me marcho a casa de mis padres, necesito espacio y está claro que aquí no lo voy a conseguir.
No me llames este fin de semana, por favor.
Regreso el lunes.

Dejo la nota en la encimera de la cocina, cojo mis cosas y salgo sin mirar atrás. Era mi casa, mi sueño hecho realidad. Ahora es el infierno, un abismo del que me quiero separar.

Dos horas más tarde, estoy dejando la maleta en mi antigua habitación en la casa de mis padres. El sol se filtra por las cortinas de la ventana, inundando el dormitorio con una luz dorada y cálida. La casa tiene ya sus años, y el aroma a madera antigua junto con el perfume de las flores que mi madre ha colocado en la estantería me

devuelven a un tiempo pasado. El eco de las risas y los recuerdos de días felices parece impregnar cada rincón de la estancia. Mis padres son conscientes de lo mal que van las cosas con Lorena, así que sus rostros mantienen una expresión de preocupación, sin mencionar su nombre para evitar herirme más.

Ya estoy a punto de salir cuando mi madre se acerca con pasos lentos y dubitativos, escucho el sonido de sus zapatillas rozando el suelo como si temiera hacer demasiado ruido.

—¿Quieres que te acompañe, Valen? —pregunta con voz suave, mirándome desde unos metros más atrás.

—Gracias, mamá. No es necesario. Tan solo voy a ver a una amiga.

Asiente conforme, sus ojos reflejan una mezcla entre tristeza y alivio. A continuación, abandono la casa, no sin antes lanzarles un beso y dedicarles una cálida sonrisa. Son demasiado mayores para aguantar todo esto y aun así, están a mi lado cada minuto del día, apoyándome y aliviando mi sufrimiento.

Llego a la puerta de Lucía, el portal está abierto y no tengo que llamar. No le he avisado de que estoy aquí, aun así, decido dar un par de toques en su puerta. Empiezo a sentir la humedad en mis mejillas, las lágrimas se han apoderado de mí y no puedo frenarlas.

Sus ojos verdes se abren con sorpresa al verme. Una sonrisa melancólica se dibuja en sus labios antes de acercarse y envolverme en un cálido abrazo. Aprieta mi cuerpo con delicadeza, tratando de ofrecer un refugio a mi dolor. Al cerrar la puerta, se apoya en ella, invitándome a descansar sobre su cuerpo. Suspiro al sentir sus manos acariciando mi espalda, necesitaba esto más de lo que imaginaba.

—Tranquila, preciosa — murmura con dulzura, separándose un instante para buscar mi rostro con sus manos y limpiar las lágrimas que aún ruedan por mis mejillas.

—Gracias…

—No tienes por qué darlas. ¿Estás mejor? ¿Has visto a tus padres? —inquiere alzando las cejas.

—Sí, vengo de instalarme allí, mantienen mi antiguo dormitorio.

—Ven —susurra, cogiendo una de mis manos y tirando de mí—. Siéntate conmigo.

Nos acomodamos en el sofá de su salón, el olor a vainilla y canela de unas velas encendidas flota en el aire. Sus brazos me rodean de nuevo, y en ese abrazo encuentro el consuelo y la fuerza que tanto necesito. Al segundo, esos dos pequeñines llegan para recibirme. Mico lo hace a gran velocidad. Coco algo más pausada; cuando llega a mi altura, la cojo en mis brazos para acariciarla.

—¡Hola, preciosa! —exclamo con una risa, mis dedos acariciando el suave pelaje—. Vaya, parece que también me habéis echado de menos.

—¡Miau! ¡Miau! —los maullidos de los gatos nos arrancan una sonrisa a ambas. Pasamos varios minutos sumergidas en esa dulce conexión, abrazándolos en un silencio cómplice.

—No hay mejor terapia, ¿verdad? —asiento con una sonrisa.

—Les he echado de menos, y a ti también —admito casi sin poder mirarla. Coge una de mis manos y la acaricia con suavidad, la calidez de sus dedos hace que me estremezca.

—No eres la única que se ha sentido así —suspira.

Inocentemente, me muerdo el labio inferior sin poder dejar de mirarla.

—¿Ha mejorado la situación en casa? —pregunta con algo de miedo.

—No, he venido aquí principalmente por eso. No podía soportarlo más. Desde que Lorena se enteró de que hablo contigo, se ha vuelto insoportable. Entiendo su perspectiva en cierto modo, pero nuestra situación es muy diferente. Me ha engañado con otra, y pretende hacerme creer que esto es una traición al mismo nivel —confieso con una punzada de dolor.

—Y no lo es.

—Para nada, no hay comparación. De hecho, todo sería muy diferente si ella no se hubiese presentado en la clínica —admito encogiéndome de hombros.

—Lo más probable es que nada de esa información hubiera salido a la luz y nosotras mantendríamos la mínima comunicación por Coco —expone Lucía, acariciando mi melena.

—Exactamente. Eso mismo pienso yo. Pero, en el fondo, estoy agradecida de que haya sido así, de tener a alguien que comprenda mi dolor y me apoye —ahora es mi mano la que aprieta la suya con fuerza—. No tienes idea de cuánto te lo agradezco.

Al percibir la incomodidad en mi voz al hablar de Lorena, Lucía cambia el rumbo de la conversación y comienza a contarme cosas sobre Coco. Sus palabras son como un bálsamo, mi ansiedad se calma mientras describe cómo la gatita ha mejorado de manera notable en los últimos días. No puedo estar más feliz. Aprovecho el momento para revisar su herida y curarla. Ha comprado todo lo necesario para las curas y se ha apañado perfectamente.

—Lo has hecho muy bien —afirmo al terminar de ponerle la venda, no queremos que Coco se toque la herida aún.

—Tengo una buena maestra —apunta, y no puedo evitar que mis labios se curven en una sonrisa.

Dejo a la gata en el suelo y observo cómo se va con Mico. Apenas le duele y eso es una gran señal

—Oye, había pensado que, quizás… No sé, se me acaba de ocurrir, pero… ¿Te apetece salir esta noche y dar una vuelta? Podemos tomar

algo, y así nos da el aire —propone algo nerviosa.

—Estaría encantada —confieso asintiendo con la cabeza—. Me parece una gran idea. No quiero meterme en casa y pensar de nuevo en lo mismo.

—¡Estupendo! —exclama con una sonrisa preciosa— ¿Qué te parece sobre las nueve? Así me da tiempo a ducharme y arreglarme un poco. Me he pasado la mañana trabajando y estoy horrible —se mira de arriba a abajo y hace una mueca que me hace reír.

—¡Pero qué dices! Estás estupenda —admito, esperando que no se me haya notado demasiado la manera en que la miro.

—Oh, sí, claro —bufa al oírme, no puedo evitar reír.

—¡Vale, de acuerdo! Estás horriblemente guapa, si es lo que querías oír —bromeo con un guiño de ojo.

Este juego empieza a ser demasiado divertido, pero ambas sabemos que debemos pararlo antes de que vaya a más. Son algo más de las siete cuando dejo su piso para arreglarme también.

—Solamente acepto con una condición —anuncio antes de salir por la puerta.

—¿Una condición?

—Quiero que me enseñes ese bonito tatuaje cuando volvamos —señalo su pierna y el inicio de este, lleva unas mallas ajustadas y permite apreciarlo. Lucía me mira alzando las cejas y se ruboriza ligeramente. Supongo que menos que yo, porque siento que se me acaba de poner roja hasta la punta de las orejas.

—Lo haré —susurra con un guiño de ojo y una sonrisa de complicidad que me hace temblar.

Capítulo 13

Lucía

Abro el armario para decidir que me pongo. No quiero ir demasiado arreglada, pero tampoco muy básica. Meneo la cabeza, preguntándome a mí misma por qué pretendo impresionar a una mujer que tiene novia. La fragancia de mi perfume favorito, dulce y floral, flota en el aire, llenando la habitación de una esencia encantadora.

En el reflejo del espejo, veo a Coco sentada en la cama, sus ojos curiosos están muy abiertos al observarme. El calor del verano se cuela por la ventana abierta, acariciando mi piel con una suave brisa. Me decido por un pantalón negro de talle alto que se ajusta a mi figura como un guante y un top blanco de tirantes. Anticipando que pueda refrescar algo más por la noche, elijo también una chaqueta más fina.

—No es demasiado, ¿verdad? —pregunto girándome en dirección a la gata. Coco mueve la cabeza y maúlla—. Espero que eso sea un no —digo mientras me acerco con una sonrisa y la acaricio.

Me inclino para anudar los cordones de mis zapatillas favoritas, sintiendo cómo la suela acolchada abraza mis pies, cuando el telefonillo interrumpe mi concentración. Respondo y abro la puerta justo cuando Valentina estaba a punto de llamar.

Mis ojos se posan en su figura, y no puedo evitar mirarla de arriba abajo, quizá con demasiada intensidad. Viste un pantalón vaquero que acentúa sus curvas y una camisa blanca. Su cabello recogido en una coleta alta le da un aire despreocupado y atractivo al mismo tiempo.

—Estás preciosa —exclama, sacándome de mis pensamientos.

—Tú también —respondo, sintiendo cómo el calor sube por mis mejillas— ¿Nos vamos? —asiente, no sin antes despedirse de Mico y Coco que, como de costumbre, están sentados en la puerta, observándonos.

Le propongo dar un buen paseo y terminar tomando algo en un bar, a continuación podemos coger un poco de comida para llevar y cenar juntas en el piso. Valentina acepta casi sin pensarlo.

—Hacía mucho que no salía —reconoce bajando la voz.

—¿Y eso?

—En los últimos meses, me he centrado demasiado en el trabajo —confiesa algo triste.

Siento el calor de Valentina a mi lado mientras paso uno de mis brazos por sus hombros, atrayéndola hacia mí. El sol brilla radiante en

este atardecer perfecto y puedo oler el dulce perfume de su cabello recién lavado.

—Espero que hoy puedas desconectar y olvidar tus problemas, al menos por un rato —susurro mientras me coloco las gafas de sol y le dedico una mueca divertida.

Su risa se eleva como el canto de un pájaro, dulce y contagiosa. Me pregunto cómo Lorena pudo lastimar a esta increíble mujer. Valentina merece mucho más que el engaño y los dolores de cabeza que le causa mi ex. Me prometo a mí misma que, aunque solo sea por unas horas, la ayudaré a olvidar el sufrimiento que lleva dentro.

Deambulamos por las serpenteantes calles del pueblo, los sonidos de la vida cotidiana llenan el aire mientras la tarde se desvanece. Sentadas en la terraza de un bar, el suave murmullo de las conversaciones de las mesas cercanas se mezcla con la cerveza fresca que hemos pedido.

—Necesito preguntarte algo —dice Valentina con cautela, justo cuando estoy dando un sorbo a mi bebida. Dejo el vaso sobre la mesa y le hago un gesto con la mano, animándola a continuar—. El piso donde vives, no es el que compartías con Lorena, ¿verdad?

—No —respondo, recordando aquel hogar que una vez compartí con mi ex—. Vivíamos en otro más grande, en las afueras. Intenté quedarme allí después de que se fuera, pero era demasiado difícil. No quería alejarme de este lugar, la vida es tranquila y ya tenía alquilado el local para mi estudio. Así que busqué incansablemente hasta encontrar mi piso actual. Es más pequeño, pero perfecto y está cerca del trabajo. No lo dudé ni un segundo, me quedé con él sin pensarlo.

Valentina asiente y mira a nuestro alrededor, observando con calma a la gente que pasa por la calle. Es como si envidiara la vida tranquila del pueblo.

—¿Puedo preguntar yo ahora? —inquiero con curiosidad.

—Claro.

—Ehm... ¿Has decidido ya qué hacer con tu relación? No tienes que responder si no lo deseas, por supuesto —me apresuro a añadir.

—Tranquila, eres un gran apoyo para mí y sé que preguntas con buena intención —me asegura cogiendo una de mis manos. Toma aire y suspira profundamente antes de continuar—. Creo que cometí un grave error al darle esa segunda oportunidad. Todo lo que teníamos se ha desvanecido y, por más que he intentado reconstruirlo, se derrumba ante nuestros ojos. No me gusta la Lorena que veo ahora—suspira bajando la mirada.

—Entiendo ese dolor —admito, sintiendo cómo mis palabras se mezclan con el aire—. Val —me mira fijamente—. Pase lo que pase, estaré aquí. Para lo que necesites, aquí me tienes. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé… —responde apretando mi mano.

Después de tomar un par de cañas, pedimos algo para comer y nos dirigimos a mi piso. Al llegar, mientras Valentina se encarga de acomodar todo, me ocupo de preparar la cena de los gatos. Estos se quedan con ella hasta que huelen la comida que les dejo en sus respectivos cuencos. Inmediatamente corren a la cocina y comienzan a devorarla, momento que nosotras aprovechamos para hacer lo mismo con nuestra cena.

—¿Sabes? Echo de menos la tranquilidad del pueblo —confiesa con una mirada repleta de melancolía.

—Es cierto, es muy tranquilo. Pero tú puedes venir cuando quieras, tienes a tus padres aquí y ya sabes que mi casa siempre estará abierta para ti. Creo que esos dos trastos peludos que devoran su comida en la cocina agradecerán tus visitas —tomo un bocado de comida y la saboreo, aunque casi me atraganto al escuchar sus palabras.

—¿Y la dueña? —dejo de masticar y la miro, incapaz de ocultar la sonrisa que me provoca esa mirada cargada de intenciones mientras un ejército de mariposas parece haberse instalado en mi estómago.

—La dueña estará más que contenta de que vengas —suspiro cuando termino de tragar—. De hecho, le encanta la idea de que estés por aquí —admito con una sonrisa nerviosa.

Observo cómo sus mejillas se tornan de un delicioso color carmesí cuando escucha mis palabras. Este calor que empezamos a sentir es cada vez más familiar y cada día más complicado de controlar.

Al terminar, me ayuda a recoger, y aunque empieza a hacerse tarde, no olvida su petición.

—¿Me enseñas el tatuaje? —pregunta señalando a mi pierna y juraría que su respiración se ha acelerado.

—Creo que mejor voy a ponerme algo más cómodo entonces. Ahora mismo, tendría que quedarme en bragas delante de ti y no sé si es lo más adecuado —añado divertida, dejándola sola.

Es un tatuaje bastante grande, abarca desde mi muslo hasta parte del glúteo y de la cadera, así que decido que es mejor enseñárselo con unos pantalones cortos de pijama.

—Ni te atrevas a decir que ahora estoy preciosa, porque soy capaz de matarte —bromeo, haciéndola reír. Levanta los brazos en señal de rendición y esta vez soy yo la que ríe.

Parece sorprendida al verme en pijama. Me mira de arriba abajo, mordiendo de manera instintiva su labio inferior y poniéndome muy nerviosa. Que mis pezones se hayan endurecido y comiencen a hacerse evidentes a través de la tela del pijama no ayuda a que me relaje.

—Bueno, ¿te lo enseño? —propongo acercándome a ella en un intento por relajarme.

Valentina se incorpora para quedar más cerca y poder verlo mejor. Subo la camiseta, asegurándome de tapar mis pechos con el brazo y

me coloco de tal forma que pueda apreciarlo por completo. Sus ojos se abren al verlo, le encanta, lo sé. Aparto la mirada y suspiro cuando lo acaricia con la punta de sus dedos. No es que no quiera, es que empieza a provocar un calor en mí que no puedo soportar.

Repasa con su dedo cada línea del mandala, cada pluma que lo rodea, cada centímetro de mi piel que lo cubre desde el muslo hasta la cadera, haciéndome temblar con cada roce.

Noto cómo se incorpora y, por inercia, giro la cabeza. Está muy cerca, pero ninguna de las dos nos apartamos. Mi pecho se hincha con cada profunda respiración. Me acaricia con una suavidad sublime mientras sus ojos me miran con intensidad. Sus labios entreabiertos están cada vez más cerca, tan solo a unos centímetros de los míos. No puedo resistirlo más, tiemblo, quiero besarla y lo voy a hacer. Nada va a impedir que nuestros labios se unan por primera vez.

Capítulo 14

Valentina

Acariciar la piel de Lucía es una de las mejores sensaciones que he experimentado en mi vida, algo inigualable que despierta en mí un sinfín de emociones. Antes de darme cuenta, mi mano se desliza por su tatuaje, explorando cada detalle con la punta de mis dedos, mientras siento el calor de su cuerpo. Me incorporo, mi mano todavía recorriendo su muslo, impulsada por un torrente de deseo que no puedo contener.

Poco a poco nos acercamos, nuestros ojos entrelazados en un baile íntimo y silencioso. La distancia con sus labios se reduce a apenas un suspiro, pero, de pronto, la razón irrumpe y me obliga a detenerme. En el último instante, mi mano se posa sobre su pecho para evitar ese beso. No es que no quiera hacerlo, me muero por besarla, pero hay cosas que se deben cerrar antes; sé que más adelante me arrepentiré de haberlo hecho. Y lo que es peor, no quiero rebajarme al nivel de cierta persona, yo no soy así.

—Val… —los hermosos ojos de Lucía buscan los míos, y siento cómo las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

—No puedo, lo siento —susurro—. No así.

Sin más palabras, cojo mi bolso y salgo a la carrera. Necesito escapar antes de cometer una locura. Debo sanar mis heridas antes de dar el siguiente paso. No es justo para Lucía ni para mí, y no quiero darle a Lorena más razones para discutir.

Salgo del edificio y entro en mi coche. Grito y me desahogo con furia contra el volante, liberando mi frustración hasta sentirme un poco mejor. No sé describir todo lo que Lucía me hace sentir. Cada segundo que paso a su lado, cada conversación, cada mirada y cada sonrisa me llenan el corazón, me hacen un poquito más fuerte. Y me gusta, claro que me gusta. Con ella me siento viva, algo que hacía mucho tiempo que no ocurría.

Arranco el motor y decido dar una vuelta sin un rumbo fijo por el pueblo antes de regresar a casa. No quiero que mis padres me vean así. Ya han notado cómo la visita a mi amiga me revitaliza, pero prefiero no involucrarles en el caos de mi vida amorosa hasta encontrar una solución. Aunque, tras lo sucedido, las cosas se empiezan a aclarar en mi mente. Cada pregunta comienza a encontrar su respuesta.

Me pasaré el resto del fin de semana con mis padres y les hablaré de mis decisiones. No puedo seguir con Lorena, estar a su lado ya no

me hace feliz. Necesito cerrar ese capítulo de mi vida antes de seguir adelante. Y el momento ha llegado.

Jamás imaginé que todo acabaría de esta manera, y mucho menos que Lucía aparecería en mi vida poniéndola patas arriba. Pero el destino es caprichoso, hace y deshace a su antojo, y este último nudo de dolor que ha forjado debe dejar de apretar. Es el momento de seguir trazando una nueva línea.

Lorena

Quiero a Valentina. Sé que no he sido ni mucho menos la mejor novia para ella. He hecho muchas cosas mal, he cometido errores que amenazan con alejarnos. Sin embargo, quiero agotar cada una de mis posibilidades, por muy escasas que parezcan, necesito demostrarle que todavía la amo.

Ha pasado todo el fin de semana fuera, en el pueblo de sus padres. Me ha avisado que vendrá a casa para cenar y hablar conmigo, así que he decidido no perder ni un solo momento. Me he encargado de preparar un buen menú y lo acompañaremos con una botella de vino. Lo único que quiero es disculparme por mi comportamiento. Mis nervios están a flor de piel mientras me enfrento a la distancia que nos separa. La sorpresiva aparición de Lucía tan solo ha añadido leña al fuego. Algo en mi interior me dice que esta cena es mi última oportunidad, y mi corazón parece querer confirmarlo con un eco sordo en mi pecho.

El sonido de las llaves de Valentina chocando contra la cerradura me indica que ha llegado el momento. Me apresuro a servir dos copas de vino y la espero nerviosa. Varias velas titilan en la penumbra, creando una atmósfera que invita al romanticismo. Al abrir la puerta, su mirada de sorpresa es evidente, pero ni siquiera puede mantenerla.

—¿Qué es todo esto? —pregunta, observando cada detalle con una mezcla de asombro y curiosidad en su voz.

Me acerco a ella con una sonrisa y le tiendo una copa de vino, que acepta y prueba al segundo.

—Quería pedirte perdón por mi comportamiento durante los últimos días —confieso, la voz quebrada por la emoción—. Sé que he hecho las cosas mal, y no estoy orgullosa, te lo puedo asegurar. Espero que, al menos, esto sirva para firmar la paz y que todo empiece a mejorar.

En cada una de mis palabras, se entrelazan la esperanza y la vulnerabilidad y dejan al descubierto mi corazón.

Aunque al principio se muestra reacia, finalmente nos sentamos a cenar bajo el tenue resplandor de las velas. La noche se despliega ante nosotras como un tapiz de recuerdos compartidos, viejas anécdotas que cobran vida a través de nuestras risas. Confesiones de alguna

locura pasada. El aroma a especias del plato principal se funde con el perfume de las flores que he colocado sobre la mesa, creando un ambiente embriagador que nos envuelve.

La primera botella de vino desaparece con una rapidez sorprendente, aunque cuando intento levantarme para buscar la segunda, su mano suave, pero firme me detiene.

—Mañana madrugamos, prefiero no beber más —anuncia negando lentamente con la cabeza.

En ese instante, me deslizo detrás de ella, mis manos se posan en sus hombros y siento la tensión acumulada en cada fibra de sus músculos. La calidez de su piel es una invitación irresistible y mis labios buscan desesperadamente su cuello, dejando suaves besos que la hacen estremecer. Necesito sentirla cerca, besarla, percibir cada centímetro de su piel frotándose con la mía.

—Lorena…

—Shh —susurro mordiendo el lóbulo de su oreja—. Solo disfruta.

Nuestras miradas se encuentran, y aunque ambas dudamos si este es el camino correcto, lo que sí sabemos es que el calor y la excitación han regresado, y arden como una llama imparable. Nos besamos, nos besamos con una pasión casi olvidada, con furia, con rabia incluso. Es un deseo primario, como si quisiéramos devorarnos la una a la otra. Nos movemos a la desesperada, deshaciéndonos de la ropa que se ha convertido en una barrera inútil entre nuestros cuerpos, dejándola caer sin ningún cuidado en medio de un torbellino de deseo.

Subimos a la habitación con rapidez, sin separarnos, sin mirarnos. Deseo sentirla, necesito estar dentro de ella y hacerla gemir, quiero hacerla mía de nuevo.

La tumbo sobre la cama y sin perder un segundo, me coloco sobre ella. Cuelo mi muslo entre sus piernas, cabalgando sobre el suyo. Gime, sus manos agarran las sábanas y las aprietan con fuerza. Sin dejar de frotarme sobre su pierna, acaricio su excitación, deslizando dos de mis dedos en el interior de su sexo, haciéndola gemir una y otra vez. Siento que está a punto, suspira agarrando con fuerza mi melena mientras curvo los dedos hacia arriba para presionar justo donde a ella le gusta. Todo su cuerpo estremeciéndose de placer y deseo.

—Sigue, por favor, no pares, sigue —ruega entre suspiros mientras alcanza un intenso orgasmo—. Oh, sí, Lucía… —suspira de nuevo.

Y en ese momento, todo mi mundo se detiene, la tensión regresa a nuestros cuerpos. Intenta recuperar la respiración, pero se ha quedado pálida. Se tapa la cara con las manos, avergonzada, consciente de que ese maravilloso orgasmo que acaba de tener se lo ha provocado Lucía y no yo.

La observo llorar y ahora sé que todo ha terminado. Ambas lo

sabemos: hemos llegado al final del camino, sin posibilidad de retorno. Puedo verlo en la profundidad de sus ojos, esa mirada que solía encender mi alma ahora está apagada. Ya no me ama, su corazón pertenece ahora a Lucía.

Y lo peor es que me lo merezco. Por idiota, por no pensar las cosas antes de actuar. Debería estar enfadada por haber escuchado el nombre de Lucía en vez del mío, pero ni siquiera sé si lo estoy. La vida, el karma, o lo que sea que haya ahí fuera, me está devolviendo todo el mal que he provocado. Y me lo está devolviendo con ganas, como si quisiese vengarse.

No he perdido a una buena mujer, acabo de darme cuenta de que he perdido a dos. Menuda imbécil.

Capítulo 15

Valentina

Me incorporo en la cama, muerta de vergüenza, y lo primero que encuentro es la mirada intensa de Lorena. Sus mejillas arden enrojecidas, y sus ojos comienzan a inyectarse en sangre. Me mira con ira, su pecho hinchándose con cada profunda respiración. Intento explicarme, pronunciar alguna palabra que explique la incómoda situación, pero cada una de ellas se niegan a abandonar mi garganta.

—¿Acabas de decir el nombre de mi ex? —pregunta, su voz rasgada, el ceño fruncido.

—Lorena, yo…

Estalla en rabia, con un grito ahogado, como una tormenta desatada en pleno océano. Se levanta con rapidez, buscando su camiseta con las manos temblorosas.

—¡Pero cómo puedo ser tan idiota! —exclama al tiempo que se pone la camiseta y cubre su cuerpo antes de seguir gritando—. ¡Yo aquí, preocupada por ti, por nuestra relación! ¡Intentando hacer todo lo posible para que me perdones y volvamos a tener la misma felicidad de antes! ¡Y tú pensando en otra! ¡Si es que soy imbécil!

Pellizco el puente de la nariz, incapaz de decir nada. Lágrimas saladas ruedan por mis mejillas hasta llegar a mis labios. La miro, y un denso silencio se apodera de toda la habitación.

—Ahora lo entiendo, has estado con ella, ¿verdad? —pregunta, acercándose poco a poco con una mirada desafiante que me deja helada, como si la brisa del ártico se colara por cada poro de mi piel.

—Lorena…

—¿Te la has estado follando? ¿Es eso lo que has estado haciendo todo el fin de semana? ¿Acostarte con Lucía? Folla bien, ¿verdad? —insiste con rabia mientras sujeta mi cara entre sus manos con fuerza.

—¡No! —respondo apretando los dientes.

—¡No me mientas, Valentina! —chilla clavándome la mirada.

—¡Que no me la he tirado, joder! —grito apartando el agarre, empieza a hacerme daño— ¡Yo no soy como tú! —suelto con todo el dolor de mi corazón. Me levanto y me pongo la camiseta del pijama para taparme y evitar sentirme aún más avergonzada. Al ver que no digo nada, Lorena ríe con sarcasmo.

—No te creo… —bufa, haciendo una mueca de asco.

—Pues deberías —añado con rabia—. Y podría haberlo hecho, te lo aseguro. No fue por falta de ganas, porque reconozco que tenía muchas. Pero lo pensé, reflexioné antes de dar un paso más —me

limpio las lágrimas con rabia—. No podía hacerlo. No, porque aún estoy contigo, porque eres mi pareja y no me lo podría perdonar el resto de mi vida. Por muy mal que estemos, hubiese sido una traición a tu confianza, y yo no soy así.

—Vaya, ya entiendo. Vas a seguir restregándome lo de mi infidelidad… —gruñe chasqueando la lengua.

—No, Lorena, lo hecho, hecho está. Ya no podemos dar marcha atrás para enmendar los errores —replico, mientras siento una punzada de dolor ardiendo en mi pecho—. Pero es que no eres consciente de todo el daño que has provocado con esto. Te crees que con una cena, con pedir perdón, todo se soluciona, y no es así. Traicionaste mi confianza, todos los cimientos de nuestra relación se fueron al traste cuando lo hiciste. Todo lo que habíamos vivido desapareció de un plumazo —solo había una manera de hacérselo ver—. ¿Cómo te has sentido al pensar que me he pasado el fin de semana con otra mujer? —agacha la mirada—. ¡Contéstame!

—Como una auténtica mierda —suspira.

—Pues así llevo sintiéndome yo todo este tiempo —le explico, asintiendo lentamente con la cabeza y alzando las cejas.

En ese momento, Lorena me mira a los ojos y puedo ver que empieza a comprender el verdadero sufrimiento que he sentido desde que me lo contó. El aroma de su perfume, hace tiempo dulce y reconfortante, ahora solo me provoca una punzada de tristeza. Se sienta en la cama y suspira, ha empezado a llorar, es el principio del fin y ambas lo sabemos. Decido sentarme a su lado, manteniendo una distancia prudencial, sintiendo el calor de su cuerpo a pesar del pequeño espacio que nos separa.

—Estuve con Lucía el viernes. Salimos a tomar algo y cenamos juntas —me mira y yo hago el mismo gesto—. Pero no pasó nada —le aseguro, mientras un nudo se forma en mi garganta.

—¿Ni un beso? —pregunta, sus ojos están buscando la verdad en los míos mientras niego lentamente con la cabeza.

—Me detuve antes de que pudiera darse —respondo— no quería cometer el mismo error que tú —añado bajando la voz.

Se queda muy callada y en el silencio de la habitación, tan solo permanece el sonido de nuestros corazones rotos y el eco de un amor que un día pensamos que sería eterno y ahora se ha desvanecido.

Su mirada me analiza, como si quisiera desentrañar los secretos de mi alma. Sabe que es verdad. No tengo por qué mentirle, no hay necesidad. Mi corazón no tiene escondites, no tengo nada que ocultar.

Durante unos minutos que se sienten como horas, nos quedamos hombro con hombro, compartiendo el aroma de la brisa del anochecer que se cuela por la ventana semiabierta, sin decir nada, ni una sola palabra. El silencio se vuelve espeso, casi tangible, de esos que parece

que puedes cortar con un cuchillo. Hasta que Lorena lo rompe con un susurro.

—Se ha acabado, ¿verdad? —suspira mientras empieza a llorar de nuevo, y yo también.

—Sí, creo que es lo mejor —confieso con un nudo en la garganta.

—Es lo que querías decirme al llegar, ¿me equivoco?

—No…

—¿Ya no me quieres? —la miro y me giro para estar frente a frente, enfrentándonos a la verdad.

—Ya no estoy enamorada de ti, Lorena. Mi amor por ti ha cambiado. Te tengo cariño, hemos pasado por muchas cosas juntas, hemos compartido años de vida y eso nada ni nadie lo va a cambiar.

—Lucía…

—No metas a Lucía en esto —interrumpo—. Ella no tiene nada que ver, te lo aseguro. Lucía solo tiene la culpa de llegar en un momento muy duro. Nuestros problemas vienen de atrás, y lo sabes.

Ambas nos miramos y, por primera vez, asiente. Cierra los ojos y muerde el labio inferior en un claro gesto de dolor. Todo mi cuerpo se estremece al verla. Abraza sus piernas como si de algún modo eso pudiese calmarla. Nos contemplamos durante largos minutos en un sentimiento extraño, sabiendo que la persona que tenemos enfrente desaparecerá y no volveremos a verla, o al menos, siendo conscientes de que no volverá a formar parte de nuestra vida.

—¿Podrás perdonarme? Sé que todo ha sido culpa mía, lo sé. Pero me gustaría que, al menos, me perdonaras por lo que hice —solloza limpiando las lágrimas que ruedan por su mejilla.

—¿Te arrepientes?

—Cada día.

—¿Por qué lo hiciste, Lorena? —pregunto, cogiendo una de sus manos entre las mías y acariciándola lentamente con mi dedo pulgar.

Lorena suspira, como si tratara de expulsar el peso de su arrepentimiento.

—Es la misma pregunta que me hago a mí misma desde entonces. Y de verdad que no lo sé. Pero lo que sí te puedo asegurar es que me arrepiento con todo mi corazón. No tengo excusa —reconoce apartando la mirada.

A través de la ventana, la luna se refleja en el horizonte, llevándose junto a ella lo poco que queda de nuestro amor. Sus palabras de sincero arrepentimiento me golpean, pero ahora ya es demasiado tarde.

—Supongo que no he podido darte todo lo que necesitas. Quizás yo no sea la persona indicada para ti, Lorena —reconozco, tratando que mi voz no se quiebre, aunque no lo consigo—. Al final, todo en la vida sucede por algo —. Lorena cubre la cabeza con sus manos, no sabe

qué decir. Yo respiro hondo y me obligo a seguir hablando—. Pero no puedo seguir guardándote rencor, no quiero. Quiero olvidarlo, y el primer paso es perdonarte.

—Gracias, Valen, de verdad, de corazón —murmura suavemente, sus ojos están repletos de gratitud y casi puedo sentir el peso de sus palabras suspendido en el aire.

—No vuelvas a cometer un error así, ¿me escuchas? —le advierto, y en ese momento nuestras miradas se encuentran de nuevo. Sonrío de lado, y Lorena asiente, sus ojos están repletos de lágrimas contenidas —. Quién sabe, quizás la siguiente sí sea la de verdad.

—Creo que por el momento, me tomaré un tiempo para mí —confiesa encogiéndose de hombros.

—Esa sí es una buena decisión —sonríe, aunque le cuesta hacerlo —. Quiero que nos quedemos tan solo con lo bonito de nuestra relación, ¿te parece? —Lorena asiente, dejando que las lágrimas se deslicen por sus mejillas y mi corazón se llena de ternura.

—Hemos pasado muy buenos momentos —suspira—. Yo también quiero quedarme con ello. Eres una gran mujer Valentina. Trabajadora, capaz, decidida, fuerte y realmente preciosa. Te mereces a alguien mejor que yo.

—No digas eso. Las dos merecemos ser felices, aunque no lo seamos juntas.

—Es la verdad, mereces a alguien que te quiera y te valore. Yo no he sabido hacerlo. Sin embargo, sé de alguien que sí lo está haciendo —la miro seria, y sé que se refiere a Lucía—. Ahora lo veo, y créeme cuando te digo que ella sí es la buena para ti. Estáis hechas la una para la otra.

No puedo decir nada, no tengo palabras. Es la primera vez en todo este tiempo que siento sinceridad en sus palabras, en todas y cada una de ellas. Literalmente, me está dejando el camino libre, me está pidiendo que sea feliz. Lo que no sabe es que yo quiero lo mismo para ella, y deseo que encuentre a esa persona muy pronto.

Capítulo 16

Valentina

Se acabó. Ahora sí, la relación que había entre Lorena y yo llega a su fin. Mi corazón se rompe en mil pedazos mientras las lágrimas brotan sin control de mis ojos. Cada sollozo es un recuerdo agonizante de lo que alguna vez tuvimos. Quizá estábamos destinadas al fracaso, pero eso no hace que el final sea menos doloroso. Me quedo en la puerta de nuestra habitación, observando cómo termina de recoger todas sus cosas. Es un adiós silencioso a la vida que hemos compartido durante años. Quiere marcharse cuanto antes. Ambas sabemos que es lo mejor.

El aire de la habitación huele a su perfume favorito, un recordatorio cruel de los momentos felices. El sonido del cartón arrugado me provoca escalofríos mientras Lorena cierra la última caja.

Reúno la fuerza suficiente para acercarme a ella y ayudarla con la maleta. Nuestros dedos se rozan brevemente, enviando un cosquilleo por mi columna, pero el silencio sigue siendo nuestro único acompañante. Llevamos las cajas al coche, noto el frío aire de la mañana en mi rostro, refrescante pero amargo al mismo tiempo. Un trago agrio de realidad.

Las llevamos a su coche y nada más guardarlas, cierra el maletero con fuerza, sacando un llavero de flores del bolsillo. Me entrega la llave de la casa. La cojo al instante, cerrando la mano y apretando con fuerza, sintiendo el frío metal en mi piel. Duele, duele mucho más de lo que ella misma cree.

—Siento mucho que todo haya acabado así, Lorena —susurro, el nudo en mi garganta dificulta mis palabras.

—La culpa es mía —responde desviando la mirada—. Está claro que no he madurado, no estoy hecha para relaciones serias. La fastidié con Lucía, ahora contigo... No merecéis esto ninguna de las dos.

Una sonrisa triste se dibuja en mi rostro, consciente del esfuerzo que está haciendo al admitir sus errores. Ambas habíamos tenido una larga conversación esta mañana, casi al amanecer, deseándonos lo mejor la una a la otra. Evitamos cualquier tema que pudiera generar más discordia; no queríamos pasar nuestras últimas horas juntas en conflicto.

No hemos podido pegar ojo en toda la noche. Tanto es así que ni siquiera he ido al trabajo, y ella tampoco.

El peso del adiós se cierne sobre nosotras, inminente e ineludible. Siento el sabor salado de las lágrimas en mis labios mientras me

preparo para soltar la mano de Lorena por última vez.

La brisa fresca de la mañana acaricia mi piel, mientras el sol apenas empieza a elevarse en el horizonte. Lorena me mira con los ojos repletos de lágrimas y sus palabras resuenan en el aire.

—Valen, yo no voy a verla —suspira llamando mi atención—. Pero sé que tú sí lo harás. Dile a Lucía, por favor, que lo siento. Que he sido una idiota, y que he sido consciente de que no he perdido a una buena mujer, he perdido a dos. Y dile que, si alguna vez puede, me perdone por lo estúpida que fui con ella, el mismo perdón que he recibido de ti.

Sonrío y agacho la mirada. Me ha costado mucho hacerlo, pero no quiero que esto acabe y que aún sigamos enfadadas. Lorena ríe ahogadamente y se seca las lágrimas traicioneras que ha estado reprimiendo toda la mañana.

—Al menos esto ha servido para que os conozcáis. Algo me dice que vais a estar juntas por mucho tiempo —añade, inclinándose para darme un rápido abrazo que ahora se siente extraño.

—Tú también encontrarás a alguien, Lorena —murmuro, intentando brindarle un poco de consuelo.

—No es lo que quiero ahora, tampoco lo merezco. Necesito sufrir todo esto en solitario, necesito madurar y trabajar en mí, darme tiempo. Y si en un futuro llega mi momento, daré el paso. No quiero volver a hacer sufrir a alguien como a vosotras dos. No me lo perdonaría jamás. Espero haber aprendido la lección.

No puedo evitar sentir orgullo ante la madurez de su respuesta.

—Eso es muy noble de tu parte, Lorena —le aseguro mientras acaricio su brazo izquierdo.

Un silencio cargado de emociones nos envuelve. Nos miramos, puedo sentir su angustia y decido acercarme a ella para darle un último abrazo. Un abrazo que dura apenas unos segundos, el dolor es casi insoportable. Lorena se sube al coche, arranca y se aleja. Todo ha terminado.

Entro en casa, inspiro con profundidad y exhalo con fuerza. La tensión se ha ido, todo ha cambiado en unas horas. Decido sentarme en el sofá hasta poder tranquilizarme. No me muevo durante horas, hasta que mi móvil me avisa de la entrada de una notificación. Es un mensaje de Lucía.

Hola. Necesito hablar contigo,
saber que estás bien. Siento
mucho cómo acabó todo el
viernes, tenías razón, no era
el momento.
Por favor, llámame.

13:10 pm

Antes de hacerlo, decido darme una ducha para soltar todo el dolor y recomponerme. El agua caliente recorre mi cuerpo, llevándose consigo el peso de la tristeza que me oprime el pecho. Acabo de cerrar un ciclo importante en mi vida y sé que me costará volver a ser yo misma, pero durante este pequeño proceso, quiero estar acompañada de ella. Mi cuerpo, mi cabeza y mi corazón me lo piden, como un susurro constante en mi alma.

Al salir del cuarto de baño, envuelta en una mullida toalla sobre mi piel todavía húmeda, me dirijo a la cocina para preparar algo de comida. El aroma del café recién hecho y el sabor de un trozo de pan con aceite de oliva me reconfortan ligeramente. Decido llamar a Lucía, suponiendo que ya ha salido del trabajo. Después de tres tonos, contesta, y su voz es como una caricia para mis oídos.

—Hola —susurra al otro lado de la línea.

—Hola, Lucía —suspiro.

—Lo siento, Val. Yo… ni siquiera sé qué decirte, se me fue de las manos.

—No, no —interrumpo—. Las dos deseábamos ese beso, simplemente no era el momento.

—¿Estás bien? —pregunta con preocupación—. Te noto triste.

—Lorena se ha ido, hemos roto definitivamente —hay un silencio al otro lado durante unos segundos, como si el aire mismo contuviera la respiración.

—Lo siento.

—Gracias. Sabía que esto ocurriría, creo que lo retrasaba porque no sabía cómo hacerlo. Pero no puedo obviar lo que me está pasando, lo que nos está pasando —añado.

—Puedes contarme lo que ha ocurrido, si quieres, estoy aquí para escucharte —propone, su voz llena de ternura.

Las palabras de Lucía me envuelven en un abrazo cálido y reconfortante, y decido compartir con ella lo ocurrido. Le cuento cómo anoche, al llegar a casa, me encontré con una maravillosa cena preparada por Lorena. Estaba totalmente decidida a cortar con ella y decirle lo que sentía, pero el ambiente lleno de recuerdos y el vino me desarmaron. Sin darme cuenta, terminamos en la cama. No es lo que quería, pero sucedió.

—¿Cómo una situación así termina en ruptura? Lo que me estás relatando más bien parece una reconciliación en toda regla —pregunta Lucía, confusa.

—No lo es cuando estás haciendo el amor con una persona mientras piensas en otra. Mucho menos cuando gimes el nombre de esa otra persona en medio de un orgasmo en vez del de la que te lo

provoca. Tu nombre —añado con un suspiro.

—Dios mío. ¡Joder! Por favor, dime que no ha sido así —susurra.

—Justo como te lo estoy contando, fue horrible, de verdad. No te lo puedes imaginar —admito con un largo soplido.

—¡Madre mía! Cómo… ¿Cómo está ella?

—Se ha ido muy mal, Lucía. Se ha marchado prácticamente destrozada. Pero algo cambió en ella esta noche. Como es normal, tuvimos una discusión muy fuerte, muchos gritos y tensión. Creo que ambas necesitábamos desahogarnos. Sin embargo, fue muy extraño después de todo. Una dosis de realidad para ambas —cojo aire antes de poder seguir—. Supo que ya no estaba enamorada de ella y que empiezo a sentir cosas por ti. De alguna manera, ha dejado ese camino libre.

Hacemos una pausa, unos segundos de reflexión en completo silencio.

—Antes de irse, me pidió que me disculpara en su nombre contigo. Desea que en algún momento, la perdones como lo he hecho yo. Dice que se merece todo lo que le está pasando, que no ha perdido a una mujer, ha perdido a dos.

Al escuchar mis propias palabras, las lágrimas me invaden de nuevo, y siento un nudo en la garganta que me impide seguir hablando. Lucía se toma un momento antes de responder, y puedo imaginarme la expresión de sorpresa y tristeza en su rostro. Finalmente, su voz suave llega a través del teléfono.

—¿Crees que está arrepentida de verdad? —pregunta.

—Sí, lo he visto en sus ojos, Lucía.

—Le enviaré un mensaje, creo que me pasé con ella la última vez que nos vimos. Quizá se merece esa conversación que no quise tener —admite bajando el tono de voz.

—Sí. Está bien… —murmuro, limpiando mis lágrimas con el dorso de la mano mientras la escucho. Creo que esa conversación será buena para ambas.

—Val, quiero verte —dice Lucía, su tono cálido y decidido al mismo tiempo—. Noto que estás mal, y quiero estar ahí para apoyarte.

—¿Vendrías aquí por mí? —pregunto, mi voz temblorosa.

—Por supuesto que lo haría —afirma sin dudarlo.

—Quiero que estés aquí —admito, sintiendo una ola de alivio al escuchar mis propias palabras.

—Voy a organizar mi agenda —responde entusiasmada—. Tengo poco trabajo esta semana y puedo adelantar algunas citas. El jueves a la hora de comer estaré allí, ¿de acuerdo? Creo que es bueno que tengas unos días a solas, te vendrá bien para estar contigo misma, para mimarte y cuidarte.

—Gracias, Lu —musito, y escucho cómo una sonrisa se dibuja en

su voz al oír el diminutivo—. Por cierto, te dejo venir solo con una condición.

—¡Cómo te gusta poner condiciones! —río a carcajadas—. A ver, rubia, ¿cuál es esa condición?

—Que traigas a ese par de peluditos contigo. Tengo muchas ganas de verlos. Además, así reviso a Coco, quizás pueda quitarle ya los puntos —anuncio sorprendida de añorar tanto a esos dos gatos.

—Van conmigo a todos lados, Val, en este viaje no iba a ser menos —sonrío.

—Bien… Oye, Lu.

—¿Sí?

—Gracias, por estar ahí, por escucharme, por darme tiempo y apoyarme cuando más lo he necesitado.

—Gracias a ti, por dejar que lo haga —susurra.

—Si te tuviese delante, ahora sí que te daría ese beso —bromeo, sintiendo que un ejército de mariposas revolotea en mi estómago.

—Tonta —suspira.

Nos cuesta mucho colgar el teléfono, casi parecemos dos adolescentes. Al terminar la llamada, quiero hablar con mis padres, contarles lo sucedido e ir al trabajo. Es el momento de seguir adelante.

Todo camino lleva su proceso, es hora de dar el primer paso.

Capítulo 17

Lucía

El jueves asoma en el horizonte como un rayo de sol casi inesperado. Llega más rápido de lo que mi corazón puede manejar. Las últimas citas de la semana con mis clientes matutinos pasan como un suspiro. Tan solo tengo ganas de terminar, limpiar el estudio y volver a casa. La maleta que he preparado para estos días junto a Valentina me espera impaciente en la puerta.

Nos hemos mensajeado a lo largo de los días. Me ha contado que se siente mejor, y que el tiempo que ha estado a solas se lo ha dedicado a sí misma, cosa de la que me siento orgullosa.

Son poco más de las doce cuando la puerta de casa se cierra a mis espaldas.

—¡Mico, Coco! —los dos gatos aparecen raudos y veloces como si fuesen dos pequeños bólidos felinos, la curiosidad se dibuja en sus atentos ojos—. Venga parejita, vamos a visitar a nuestra veterinaria favorita.

Tras dejar la maleta y el bolso en el coche, vuelvo a buscar a mis pequeños compañeros y los coloco en sus transportines, el suave ronroneo delata sus ganas de aventura. Llevo algunas cosas para ellos, pero sé que podré comprar lo necesario en la clínica. Aún no sé si me quedaré en un hotel o en su casa, no lo hemos hablado y no quiero dar un paso en falso si Valentina no está preparada todavía.

Antes de arrancar el coche, respiro hondo, llenando mis pulmones del aire limpio del pueblo, estoy muy nerviosa por verla de nuevo. Las dos horas de viaje se hacen demasiado pesadas, el calor es sofocante y, aunque llevo puesto el aire acondicionado, se adhiere a mi piel como una segunda capa. Me detengo a mitad de camino para dar de beber a los gatos. ¡Demasiado están soportando los pobres! Pero tengo mucha suerte, son muy buenos y se adaptan rápido a cualquier situación.

Son algo más de las dos y media cuando llego a la puerta de la clínica. Valentina está echando la verja justo en ese instante y poniendo el candado cuando aparco. Veo como se detiene un momento, mira su teléfono preocupada, suspira, y termina de cerrar. En ese momento, salgo del coche y me apoyo en él, cruzándome de brazos

—¿Esperas a alguien? —pregunto con media sonrisa y un seductor guiño de ojo.

Al escucharme, se gira con rapidez. Sus ojos marrones brillan intensamente, y su sonrisa ilumina todo a su alrededor mientras

recorre los cinco pasos que nos separan. Valentina me envuelve en un abrazo lleno de ternura, y su aroma a vainilla invade mis sentidos, proporcionándome una sensación de calidez y paz inigualable.

—Hola —susurra en mi oído con suavidad, dejándome un agradable escalofrío que me recorre la espalda—. Ya pensaba que no vendrías.

—¿Y eso por qué? —frunzo el ceño, sorprendida y curiosa.

—No me has avisado, pensé que quizás habrías cambiado de opinión.

—No, solo quería darte una sorpresa —confieso con una sonrisa traviesa.

—Pues lo has conseguido —Valentina me devuelve una preciosa sonrisa y siento que mi corazón se desborda de felicidad como si fuese una adolescente.

—Es hora de comer, ¿prefieres hacerlo fuera?

—Es un buen plan, pero me he adelantado, he pedido comida para ambas a un restaurante, lo llevarán a casa sobre las tres. Ya estaba pensando que si no venías tendría comida para mañana —bromea encogiéndose de hombros.

—Uhm, eso suena mucho mejor —admito arqueando las cejas y relamiéndome los labios.

—¿Eso es por la comida o lleva una segunda intención?

Solamente sonrío guiñándole un ojo y le pido que se monte en el coche. En cuanto lo hace, Mico y Coco la reconocen al instante, maullando y reclamando su atención con insistencia. No podemos evitar reír al escucharlos. Al arrancar, me va guiando hacia su casa, aunque se nota que está más pendiente de los pequeños felinos que de comprobar si sigo correctamente sus indicaciones.

—Es aquí, hemos llegado —anuncia cuando estamos a pocos metros de su hogar.

Aparco justo frente a la puerta y, sin pensarlo, Valentina se baja para dirigirse hacia la entrada. Mientras abre la puerta, me quedo apoyada en el coche y mi expresión se vuelve seria por un instante. Al darse cuenta, deja en el suelo sus cosas para acercarse a mí con preocupación.

—¿Te encuentras bien? —pregunta confusa.

—Sí, es solo que… —miro la casa, y ella sigue mi mirada, comprendiendo al instante mi angustia—. Me siento un poco culpable por todo lo que ha sucedido.

—No, no, no, Lucía. De ninguna manera. Nada de esto es culpa tuya, ¿de acuerdo? —suspira Valentina cuando aparto mi mirada de la suya. Me abraza con fuerza y siento el calor de su cuerpo junto al mío —. Tú has llegado en el mejor momento posible—añade sin separarse, su aliento cálido acariciando mi piel—. Has venido para apoyarme,

para cuidarme, para quererme —en este instante se separa ligeramente y me observa con una sonrisa que ilumina su rostro—. Dejemos ese mal atrás, este es un nuevo camino. Es nuestro camino.

De pronto, un coro de maullidos nos interrumpe.

—*¡Miau! ¡Miau!*

Ambas reímos al oírlos, los pobres desean salir de los transportines de inmediato, y nosotras aquí, hablando y sin hacerles ningún caso. Cogemos a los gatos y entramos. Nada más entrar en la casa y apreciar el buen gusto de Valentina para la decoración, me agacho y les abro para que puedan salir. Cuando llegan a un lugar nuevo, siempre van con cautela, observando y curioseando todo.

Sonrío al ver que van de una estancia a otra, suben y bajan las escaleras al mismo tiempo que Valentina me enseña a mí la casa. Aunque Coco lo hace con mayor libertad, estuvo aquí una noche y recuerda todas las estancias de la casa.

—¿Sabes eso de que la curiosidad mató al gato? No pueden evitar inspeccionarlo todo —bromeo al observar que no han dejado ni un rincón de la casa sin explorar.

Poco después de bajar las escaleras, el repartidor llama a la puerta. Valentina le atiende mientras yo voy en busca de las latas para que Mico y Coco coman también. Bajo la caja con la comida y algún que otro juguete. Mientras termino esto, Valentina prepara nuestra mesa.

—¿Puedo preguntarte algo? —cuestiona entonces, su voz llena de curiosidad.

—Claro, lo que quieras, Val.

—¿Has hablado con Lorena?

—Apenas unos mensajes. La conversación debemos tenerla en persona, cara a cara, no por teléfono o mensajes —respondo meditando las palabras, consciente de la importancia de ese encuentro.

—¿Cuándo la verás?

—Mañana mismo. He quedado con ella sobre las doce, en su descanso —explico, y no puedo evitar sentir cierta tensión en mi estómago al pensar en esa conversación pendiente.

—Bien… —suspira Valentina. Sus ojos reflejan preocupación.

Me levanto y me acerco a ella con pequeños pasos.

—¿Estás bien? —le pregunto, acariciando con suavidad su espalda.

—Sí, sí —responde, dejando escapar un suspiro— es que… bueno, las cosas han cambiado demasiado rápido, me cuesta ser consciente de ello. Eso es todo.

—Necesitas tiempo, es normal. Si te parece bien, esta tarde iré al hotel —propongo— buscaré una habitación para instalarme allí.

Valentina hace una pausa para mirarme a los ojos y respira hondo antes de hablar.

—Puedes quedarte aquí Lu. Me gustaría mucho, de hecho —añade.

—¿Estás segura?

Ella asiente con rapidez, sin dejar de mirarme a los ojos, y yo siento que el aire se llena de electricidad.

—Así los gatos tienen más sitio para correr —dice con intención, y noto como está aguantando la sonrisa.

—Claro, tienes razón —sonrío con complicidad—. Los gatos necesitan correr, mucho.

No sé en qué momento nos hemos acercado tanto, pero ahora apenas nos separa un palmo de distancia. Siento el calor de su cuerpo y el latir acelerado de mi corazón. Sin embargo, nuestros dos peludos amigos deciden intervenir en ese preciso instante, rompiendo la magia entre nosotras.

—¡Miau! ¡Miau! —exclaman al unísono. Cierro los ojos al tiempo que hago una mueca de fastidio. Valentina se ríe ante mi expresión, y el sonido de su risa es como una caricia. Me giro y callan en cuanto me agacho.

—¡Sois de lo más oportunos! ¿Lo sabéis? —les digo en voz baja.

—*¡Miau!* —responde uno de ellos, como si entendiera mis palabras.

—Sí, sí, ya os doy de comer… —murmuro resignada, encogiéndome de hombros.

Valentina no deja de reír, le parece muy divertido, cosa que a mí en ese momento no. Lo que más deseo en estos momentos es poder besar sus labios.

—Ya veremos quién ríe el último —añado con intención antes de bajar los cuencos para los gatos.

—De momento, yo —dice sonriente, sirviendo nuestra comida y entregándome uno de los platos. Nos sentamos en la mesa y ambas miramos a Coco, que ya come con normalidad—. Está muy bien —añade, cogiendo mi mano y apretándola ligeramente.

—Vuelve a ser ella —afirmo con los ojos humedecidos—. Y todo gracias a ti.

—Lu… —susurra, acariciando mi mano sobre la mesa.

—Has sido un regalo caído del cielo, Val —confieso con un largo suspiro.

Capítulo 18

Lucía

La tarde transcurre entre amenas conversaciones, risas contagiosas y algún que otro tonteo. No podemos evitar estar cerca la una de la otra y apenas nos separamos un momento. Decidimos salir unos minutos para ir a la clínica. Esta tarde no abre, pero allí tiene todo lo necesario para quitarle los puntos a Coco, además, así puedo comprarles algunas cositas que les hace falta para estos días.

—Todo listo —Valentina y Coco aparecen a los pocos minutos, la suelta y echa a correr junto a Mico—. La herida está perfecta, y ella también. Puede que sangre un poco al orinar, pero es normal. En pocos días estará al cien por cien —explica con una gran sonrisa.

Sonrío yo también y la miro jugar con Mico, no puedo estar más agradecida. Noto a Valentina justo detrás de mí, coloca sus manos sobre mis brazos y los aprieta y acaricia con dulzura. Apoya su cabeza en mi hombro y mira en la misma dirección que yo.

—Te prometí que se pondría bien —susurra pegándose a mi cuerpo.

—Gracias por cumplirlo —respondo, apoyando la cabeza en su hombro.

Regresamos a su casa un poco más tarde, allí ya no nos espera nada. Me ayuda a instalarme en el cuarto de invitados, colocando la ropa en el armario y poniendo lo de mis gatos cerca. Hemos decidido tomarnos las cosas con calma entre nosotras. Valentina acaba de salir de su relación con Lorena y los últimos meses han sido duros para ella. Me siento en la cama y me froto el cuello con insistencia, he madrugado bastante y la tensión del viaje me ha dejado agotada.

El suave aroma de su perfume me avisa antes de que sus manos se posen en mis hombros. Sus dedos comienzan a masajear mis cervicales, aliviando el peso de mi fatiga. Inclino la cabeza hacia adelante, comunicándole silenciosamente cuánto necesitaba ese masaje y lo bien que me está viniendo. Con cada presión de sus manos, la tensión se va desvaneciendo, y mi cuerpo se rinde a una sensación de paz indescriptible.

—Umm —susurro, y eso provoca que Valentina haga algo más presión, destensando toda la zona al instante.

—¿Mejor? —pregunta, agachándose y apoyándose en mi cuerpo. Cojo sus manos y sonrío.

—Muchísimo mejor.

—Tenía muchas ganas de tenerte aquí, Lucía. Es extraño, pero

cuando te tengo lejos, cuando os tengo lejos... —su mano acaricia a Coco, que se acomoda a mi lado en la cama—... es como si me faltara algo.

—Es como si una sensación de vacío se apoderara de ti, ¿no es verdad?

—Sí. Algo así —reconoce besando mi sien.

—Yo también me siento así al tenerte lejos. Cuando te marchaste el viernes, además de cómo sucedió todo, me sentí vacía. Has llenado un hueco en mi corazón que es prácticamente tuyo, Val —confieso con un pequeño suspiro—. No quiero que vuelva a quedarse vacío nunca más.

Una enorme sonrisa se dibuja en sus labios al escuchar mis palabras, una sonrisa que tiene la misma calidez que un abrazo.

—No dejaré que eso ocurra, no pienso perderte Lu —admite y sonrío al escucharla.

Puedo sentir en ella un pequeño agobio, todo está sucediendo demasiado rápido y con demasiada intensidad, no quiero que se asuste por ello y dé un paso atrás. Para evitarlo, coloco las manos a ambos lados de su cara y dejo un tierno beso en su frente.

—Vamos poco a poco, necesitas tiempo, acabas de salir de una relación y yo voy a estar aquí para darte todo el que necesites. No hay prisa, preciosa.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir, Valentina. Podemos ir al ritmo que tú necesites. Si alguien te quiere, nunca te pedirá que vayas a un ritmo con el que no te sientas cómoda. Y yo te quiero —le aseguro con un guiño de ojo.

Solamente asiente. Sin decir nada, acorta la distancia que nos separa y me abraza con ternura. Apoya la cabeza en mi pecho y suspira cuando rodeo su cuerpo y lo abrazo con fuerza. Acaricio su cabeza, cubriéndola de pequeños besos para tranquilizarla.

Entiendo lo que está pasando por su mente, y voy a estar aquí para hacerle el camino algo más fácil. Nadie mejor que yo la entiende.

**

Me encuentro tumbada en la cama, revisando la agenda y respondiendo algunos correos y mensajes de nuevos clientes. Apunto varias citas que ya he aceptado para las próximas semanas. Mientras escribo, Mico y Coco están acurrucados a mi lado, llevan todo el día jugando sin parar y se han quedado dormidos, pero alzan sus cabecitas de inmediato al escuchar la puerta de la habitación. Levanto la mirada, y mis ojos se encuentran con los de Valentina, que entra con una sonrisa.

—Pensé que dormías —dice, cerrando la puerta tras de sí con un susurro.

—Estaba contestando algunos mensajes de nuevos clientes —

respondo mientras trazo las últimas letras de una de las citas en la agenda.

Valentina se acerca con pequeños pasos y se sienta a mi lado en la cama, el suave aroma a vainilla de su perfume invade mis sentidos y debo hacer un esfuerzo para no suspirar. Llevo puesta únicamente una camiseta larga para dormir, y al estar tumbada, mi tatuaje ha quedado casi a la vista. Sus ojos se posan en él, y la punta de sus dedos se desliza con ternura sobre mi piel, acariciándolo lentamente, como si quisiera memorizarlo.

—Parece que te ha gustado mucho —apunto con una sonrisa y sintiendo el calor de su tacto sobre mi piel.

—Sí, bastante —admite—aunque supongo que tiene mucho que ver la mujer en la que han hecho ese tatuaje —añade encogiéndose de hombros.

Cierro la agenda, y me giro de lado para que pueda apreciarlo mejor. Incluso me levanto la camiseta casi hasta mis pechos para que lo vea al completo. Sus ojos se iluminan con una mezcla de admiración y curiosidad.

—¿Quién te lo hizo?

—Pues el que fue mi jefe antes de montar mi propio estudio. Yo ya había diseñado la idea, y confiaba en él, es muy bueno y aprendí todo lo que sé de su mano. Así que no lo dudé —le explico.

—¿También te hizo los otros tres?

—La frase de las costillas y de la columna sí, el del tobillo me lo hice yo misma.

—¿Te tatúas a ti misma? —pregunta con sorpresa.

—Si es una zona a la que llego fácilmente, sí.

—¿Me dejas verlos?

Le muestro las claves que me he hecho en el tobillo, la frase que recorre mi columna y por último, la de las costillas. Subo la camiseta hasta el límite de mi pecho y me tumbo para que pueda leerlo. Este tatuaje lo acaricia con calma, como si sus dedos fueran pinceles que trazan las letras sobre mi piel. Su mirada intensa y la punta de sus dedos cerca de mis pechos me provocan un escalofrío, y me veo obligada a apartar la vista por un momento. Prácticamente, mi cuerpo está semidesnudo frente a ella y empiezo a ponerme nerviosa.

—*Follow my heartbeat* —lee, repasando cada letra con sus dedos—. Es preciosa, y en un lugar muy acertado —sonreímos juntas.

Su mano baja con calma hasta mi cintura, provocando que la piel se erice a su paso.

Me empuja levemente para que quede boca arriba, y sonríe de pronto antes de apoyarse en mí.

—Puf, ¡vaya cómo estamos! —bromea al observar que mis pezones se han endurecido y se marcan a través de la tela.

—Me estás poniendo muy nerviosa —anuncio al sentir mis mejillas ardiendo y mi corazón acelerado.

—¿Crees que yo no estoy nerviosa? —pregunta señalando mi cuerpo. Se acerca y se apoya en mi hombro, prácticamente abrazada a mí. Roza mi mejilla con la punta de su nariz mientras yo acaricio su brazo con calma.

—Lu…

Giro mi cabeza al escuchar mi nombre de sus labios y el mundo parece detenerse de pronto. Quedamos muy cerca la una de la otra, su frente y la mía se acarician suavemente. Mi mirada recorre cada facción de su rostro, memorizándolo. Sin embargo, pronto se posa en sus labios al ver cómo los humedece con su lengua. Suspiro, ni siquiera intento esconderlo, sabe de sobra lo que está provocando.

Y por suerte, esta vez, no me quedo con las ganas. Lleva su mano a mi cuello y tira lo suficiente de mí como para que nuestros labios se encuentren por primera vez. Esos dulces y mullidos labios acarician los míos en un perfecto y acompasado baile, haciéndome sentir la mujer más feliz de este maldito mundo. Es un beso maravilloso. Al mismo tiempo tierno y pasional. Es todo lo que debe ser un primer beso. Transmite cariño, seguridad, una promesa de amor.

Cuando nuestros labios se separan, nos miramos fijamente, y en sus ojos veo el reflejo de mi alma; desnuda y vulnerable, pero también llena de esperanza y anhelo.

No hay palabras entre nosotras, no son necesarias. El destino nos quería así, y no vamos a negarnos. Nuestras vidas están completamente entrelazadas. Y no pienso, ni por un momento, sé que ella tampoco, desaprovechar esta oportunidad. La definitiva.

Capítulo 19

Lucía

Sostengo mi segundo café del día entre las manos mientras espero a Lorena, apretando la taza caliente entre mis dedos como si eso pudiese calmarme. Sé que es importante que tengamos esta conversación cuanto antes, ayudará a mi relación con Valentina, pero no me apetece lo más mínimo. La última vez que nos vimos, no acabamos a gritos tan solo porque estábamos en la clínica de Valen.

Así que aquí estoy. Sentada en la terraza de este bar, observando de manera distraída unas plantas trepadoras que abrazan las pérgolas que la decoran, cuando el teléfono vibra sobre la mesa y en la pantalla leo su mensaje. “Lucía, disculpa, me retrasaré unos minutos por temas de trabajo. A cambio, podré quedarme un rato más para hablar con tranquilidad. Lo siento mucho”.

Sin dudarlo, le respondo que no hay problema, que no tengo prisa y que la esperaré con gusto.

Aprovecho el tiempo para enviar un mensaje a Val, está trabajando y me pasaré por la clínica para comer en algún restaurante cercano cuando termine. Mientras espero su respuesta, me pierdo en el murmullo de las conversaciones que me rodean, el sonido de las tazas chocando contra los platillos y el ligero tintineo de los cubiertos. La suave brisa de primavera mece las hojas de los árboles haciendo un ruido como si fuesen banderas ondeando al viento.

Me parece un plan
estupendo, hace muy
buen día.
12:30 pm

¿Aún no ha llegado?
12:31 pm

Ha dicho que se retrasa por el
trabajo, no tardará
mucho.
12:32 pm

Entre mensaje y mensaje, cierro los ojos y dejo que el sol acaricie mi piel, sintiendo su calor reconfortante, mientras disfruto de la suave brisa que juega con mi cabello. Levanto la mirada y por fin la veo venir. La conozco bien y sé que está nerviosa, camina despacio y está jugando con sus dedos.

Acaba de llegar.
Luego te veo, guapa.
12:34 pm

—Hola —susurra Lorena al llegar a la mesa, parece un poco cortada.

—Siéntate, por favor —le pido, señalando a la mesa con mi barbilla y ella lo hace al instante, dejando su maletín en la silla vacía a su lado—. Gracias por aceptar mi invitación. Creo que la última vez que nos vimos me comporté un poco mal contigo.

Me clava la mirada y sus ojos me penetran antes de responder.

—No, tranquila. Reaccionaste de la manera más normal. Supongo que muy poco me gritaste para lo que me merezco —niego sonriente, se está torturando demasiado— ¿Cómo estás? —pregunta alzando las cejas.

—La verdad es que muy bien, no voy a mentirte. Valentina me ha contado que te ha perdonado. Dice que estás arrepentida por todo lo que has hecho, y no solamente a ella, también a mí —expongo algo nerviosa, apretando los nudillos hasta hacerlos crujir.

—Sí. Cada día, desde que ocurrió, me arrepiento. Y lo siento, de verdad. No tengo excusa, ni siquiera sé por qué lo hago. Creo que no estoy hecha para mantener relaciones serias, es el único motivo que encuentro.

—No todo el mundo está preparado para una relación seria, Lorena, y no pasa nada —asiente sin poder sostener mi mirada—. ¿Tú, cómo estás? Sé que no lo estás pasando bien estos días, y no creas que me alegro por ello, sé muy bien por lo que estás pasando.

—Eres la única que puede entenderlo —admite, intentando dibujar una leve sonrisa en sus labios—. Es así. Y estoy bien, lo llevo como puedo. Supongo que todo se alargó demasiado.

—Lorena —me mira, su mirada llena de sinceridad— si he querido reunirme contigo, es para decirte que estuve muy dolida por lo que ocurrió, por cómo terminó todo entre nosotras. Creo que en parte también es culpa mía, buscaste en otra persona lo que yo no sabía darte. No estábamos hechas la una para la otra —admito acariciando mi barbilla.

—No, la culpa la tengo yo. Tú eras, y sigues siendo, una mujer increíble. Me hiciste sentir muy querida, pasamos cosas maravillosas juntas. Pero sí, en eso tienes razón, no éramos la una para la otra. Debí hablarlo con calma y tomar esa decisión juntas, y no marcharme con otra mujer durante días. Actué muy mal, sin pensar. Y me disculpo. Solo quiero que me perdones por ello.

Suspiro, tratando de que el sabor amargo de esos recuerdos no regrese a mi memoria.

—Todo esto pasó hace más de cinco años, no te fustigues más. Te prometo que, por mi parte, todo está superado y olvidado —le aseguro.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

—Gracias, Luci —se me escapa una sonrisa al escuchar ese nombre, era la única persona que me llamaba así y nadie ha vuelto a hacerlo desde entonces.

—Tan solo, prométeme una cosa —añado.

—Claro, lo que quieras.

—Por la confianza que nos une, voy a ser muy directa contigo —le advierto y ella asiente lentamente con la cabeza, inclinándose hacia delante como si quisiese escucharme mejor—. No vuelvas a hacer algo así, por favor. No entres en una relación seria si no es lo que quieres, pero si lo haces, no dañes a tu pareja de esta manera. Sé sincera, directa, habla, comunícate. Pero no engañes a una persona que te quiere en su vida, es muy doloroso.

Lorena me mira fijamente y puedo ver en sus ojos un destello de resolución y comprensión.

—Lo prometo, Luci —responde con una voz cargada de arrepentimiento—. He aprendido la lección, y no voy a volver a cometer ese error. Puedes estar tranquila, jamás en mi vida volveré a hacerlo. Me he dado cuenta de mis errores, de todo el mal que he hecho, del dolor que os he provocado a ti y a Valentina. Nada de esto volverá a pasar, te lo aseguro.

Sonrío al notar la sinceridad en su mirada, creo que realmente está arrepentida. Está sufriendo, debe pasar por esta fase para madurar y encontrarse. Ella también merece ser feliz, y estoy segura de que encontrará a esa persona cuando menos lo espere. Nos quedamos en silencio unos instantes, y el ambiente entre nosotras se carga de una mezcla entre nostalgia y esperanza.

Es ella quien decide romper el silencio, queriendo aligerar el tono de nuestra conversación.

—¿Y qué tal te va con Valentina? —pregunta con curiosidad.

—Es una mujer increíble, la verdad —admito con un largo suspiro.

—¿Ahora puedes prometerme tú algo? —inquiere, inclinándose hacia mí para coger mi mano.

—Por supuesto.

—Cuídala y ámala como yo no supe hacerlo. En eso tienes toda la razón, Valentina es una mujer increíble —sus ojos empiezan a humedecerse—. Y se merece a una mujer como tú al lado. Sé, algo dentro de mi pecho me lo dice —añade, cerrando el puño y golpeándolo con fuerza— que estáis hechas la una para la otra, que os vais a querer como nadie os ha querido, que os vais a valorar y a

complementar como pareja. Llámalo destino o casualidad, pero creo que todo esto tenía que ocurrir para que vosotras os encontrarais. Y estoy muy feliz de que sea así, te lo puedo asegurar.

Se levanta de pronto, está a punto de llorar y no quiere que la vea. Yo me levanto tras ella rápidamente.

—Gracias por hablar conmigo, Luci, y por perdonarme. Dale las gracias a Valen por todo lo bueno que hemos pasado, por todo lo que me ha enseñado. Y hazle prometer de mi parte que te cuidará —sonrío dejando escapar unas lágrimas que ruedan rebeldes por mis mejillas—. Os quiero mucho, a las dos, y os deseo lo mejor. Sabes que te lo digo de verdad —agrega, acariciando mi brazo izquierdo con delicadeza.

—Lo sé, Lorena y nosotras te deseamos lo mejor para ti también, que no se te olvide.

Al escuchar mis palabras, asiente con rapidez, una sonrisa de arrepentimiento se marca en su rostro y, antes de ponerse a llorar, coge su maletín y se marcha.

La veo alejarse con rapidez. En este momento ambas hemos dado un gran paso, dejando todo ese mal atrás y emprendiendo un nuevo camino. Al fin, lo nuestro es parte del pasado, todo ese rencor ha desaparecido.

Pago el café y conduzco hasta la clínica. Al llegar, debo esperar, ya que Valentina está terminando de atender a una clienta. Su perrita se acerca a mí y me agacho sonriente para acariciarla. Ambas me miran y sonríen cuando juego con ella. A los pocos minutos, la mujer se despide y nos quedamos a solas.

—¿Todo bien con Lorena? —pregunta al tiempo que se acerca y deja un beso en mi mejilla—. No os habéis liado a tortazos en medio de la cafetería, ¿verdad?

—¡Qué tonta eres! —sonrío, poniendo los ojos en blanco—. Todo bien, ha sido duro y liberador al mismo tiempo. Todo ese mal ya es parte del pasado, para ambas —añado.

—Me alegro mucho.

—Me ha hecho prometer que te amaré y cuidaré como ella no supo hacerlo, y me ha pedido que tú prometas lo mismo hacia mí, así que ya puedes empezar a cuidarme —bromeo, sacando una preciosa sonrisa de sus labios—. Dice que estamos hechas la una para la otra, y que nos desea lo mejor. Jamás la había visto hablar tan sinceramente. Es como si fuese otra persona.

—Pasar por esto de nuevo le ha hecho madurar —asiento al escuchar sus palabras—. Como suele decirse, todo pasa por algo, ¿no?

—Sí, eso parece, o al menos, eso espero.

—Ah, y la promesa —agrega mientras vuelve detrás del mostrador —. Que no te quepa duda de que será así. Creo que lo estamos haciendo desde el día en que nos conocimos.

Está apoyada en sus brazos sobre el propio mueble. Me acerco a Valentina e imito la misma pose, quedando a escasos centímetros de ella.

—De eso no tengas dudas, Val —susurro antes de besar sus labios.

Capítulo 20

Valentina

Los días que paso junto a Lucía son terriblemente maravillosos. El tiempo se desvanece y las horas parecen volar cuando estamos juntas. Nada puede hacerme sentir tan viva como la sensación de su cuerpo junto al mío, o el aroma de su perfume cuando me abraza. Me resulta difícil separarme de ella en las horas de trabajo, pero siempre es reconfortante saber que estará esperándome con una sonrisa al final del día.

Cada momento que pasamos juntas, me enamoro un poco más de ella. No solo por su belleza física, sino por la profundidad de su persona al completo. Su risa consigue que mi corazón se acelere, y su presencia me hace sentir más completa de lo que jamás me había sentido antes. Ella empieza a ser mi todo, como un rayo de sol en un día nublado.

Sin embargo, el tiempo es efímero, y siempre parece pasar demasiado rápido justo cuando no quieres que lo haga. Estamos a domingo y hoy tiene que volver al pueblo. Aunque ya me ha asegurado que se irá tarde, para aprovechar todo el tiempo posible juntas. Aun así, saber que en unas horas nos separaremos me llena de tristeza.

Después de comer, hace las maletas y recoge todo. Se me parte el alma viéndola colocar sus cosas en el coche. Aún nos quedan un par de horas juntas y ya la estoy echando de menos.

—Se me va a hacer tan raro no teneros por aquí — le digo mientras me siento a su lado en el sofá. Ella me sonríe y me abraza, acogiendo mi cuerpo en sus brazos.

—También te echaremos de menos, Val. Pero al menos nos veremos este fin de semana. Tienes que ir a ver a estos trastos, ¿recuerdas? Se lo has prometido —bromea, señalando a los gatos y dibujando en sus labios esa sonrisa que me hace suspirar tan solo con verla.

—Sí, claro que lo recuerdo. En cuanto salga del trabajo el viernes, me pongo en marcha hacia el pueblo, eso ni lo dudes —le aseguro.

Me acerco y la beso; un piquito rápido que le hace sonreír. Estos días hemos dormido juntas, de momento no hemos ido más lejos que unos besos y alguna que otra caricia. Necesito un poco más de tiempo para terminar de cerrar viejas heridas y poder darle todo de mí.

Esto lo hablamos la noche del viernes, nuestros besos se intensificaron y empezamos a lanzarnos, pero aún no estaba

preparada. Sé que Lucía hubiese querido seguir, por sus jadeos se notaba a la legua que estaba muy excitada, y reconozco que yo también, pero comprendió por lo que estoy pasando y respetó mi ritmo.

**

Me separé nerviosa de Lucía, intenté levantarme de la cama, sin embargo, sujetó mis manos y me lo impidió.

—Ey, ey… —me acogió en sus brazos rápidamente—. Tranquila, no pasa nada. No vamos a hacer nada que no quieras.

—Lo siento —murmuré, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas de rabia.

—No, no te disculpes, te entiendo. Comprendo que necesitas más tiempo —me aseguró, limpiando mis mejillas con el reverso de su mano.

—¿De verdad?

—De verdad. Vamos paso a paso. Tú marcarás el ritmo, de acuerdo —expuso con una preciosa sonrisa que me dejó mucho más tranquila—. Pero si ves que me paso, porque teniéndote delante es bastante complicado reprimirse, tienes permiso para soltarme un buen cachete si es necesario —no pude evitar reírme al escucharla. Le di un pequeño golpe en el hombro antes de abrazarla.

—¡Auch! Ves, algo así y yo paro.

—Gracias —susurré, colocando mi frente sobre la suya.

—¡Puf!

—Puf, ¿qué?

—Que necesito un cambio de bragas —bromeó.

—¡Qué idiota eres, joder! —suspiré poniendo los ojos en blanco al escucharla.

Pasamos varios minutos riendo y bromeando, lo que agradecí enormemente porque toda la tensión y los nervios se habían esfumado. Me sentí a salvo y protegida en sus brazos, sabiendo que ella me comprendía y que estábamos juntas en esto.

—¿Crees que tus padres se tomarán bien esto? —preguntó, la miré intrigada—. El otro día se quedaron muy callados cuando les dijiste que estabas acompañada —me recordó.

—No se lo esperaban, ellos también han sufrido mucho por todo lo que he pasado con Lorena, y no quieren que vuelva a pasar por lo mismo —le expliqué.

—Ya, se preocupan como es normal —asentí, tenía toda la razón—. ¿Les dirás quién soy y que también fui ex de Lorena?

—Les contaré toda la historia, sí. No quiero ocultarles nada —aseguré, encogiéndome de hombros.

—Bien —respondió Lucía sonriente.

**

Cuando el sol empieza a esconderse tras el horizonte, sabemos que llega la hora de separarnos. La ayudo con Mico y Coco, con su correspondiente despedida llena de mimos, y la acompaño hasta el coche. Los tonos anaranjados del atardecer conceden a su piel un color dorado precioso. Nos despedimos con un largo abrazo y un dulce beso, uno de esos que sé que echaré de menos durante toda la semana.

—¡Espera! —suspiro, cogiendo su muñeca antes de que entre en el coche.

Lucía me mira confusa, pero pronto se deja envolver en un nuevo abrazo. Su cuerpo tiembla contra el mío y sé que también está luchando con las lágrimas.

Y ahí está, otra vez, esa punzada en el pecho que vuelve a dejarme vacía al marcharse. A veces, me pregunto cómo se puede querer tanto a alguien en tan poco tiempo. Pero nos unen tantas cosas que es imposible no quererla, no desear estar con ella cada minuto del día. Ojalá esto pueda cumplirse pronto, es lo único que anhelo con fuerza y por lo que pienso luchar.

**

Los días pasan y la distancia se vuelve cada vez más difícil de soportar. Las palabras de Lucía resuenan en mi cabeza constantemente, y el mero hecho de no tenerla cerca me hace sentir vacía. Me aferro a nuestros continuos mensajes durante el día, a nuestras llamadas para darnos las buenas noches, a pensar en su cuerpo antes de quedarme dormida, pero incluso eso no es suficiente. Ahora, me siento de mal humor constantemente, y eso es algo que odio admitir.

Incluso mis padres han notado mi cambio de humor. Trato de ocultar mis sentimientos, pero finalmente me rindo ante su preocupación.

—Valentina, hija, no sé qué te pasa en los últimos dos días, pero cualquier cosa que te decimos te molesta —protesta mi madre. Suspiro al escucharla, sabiendo que tiene razón.

—Lo siento, mamá, de verdad —me disculpo.

—¿Qué te ocurre hija?

Respiro profundamente antes de responder, sabiendo que no puedo mantener las apariencias durante mucho más tiempo.

—Echo de menos a Lucía, eso es todo —reconozco, encogiéndome de hombros como si fuese una adolescente que anuncia a sus padres su primer amor.

—Me sorprende mucho que sufras por estar lejos de ella, apenas os conocéis de unas semanas —apunta mi madre.

—Pues se ha hecho imprescindible para mí —admito cabizbaja—. Mañana en cuanto salga del trabajo iré al pueblo.

—Quieres verla…

—Sí, y también a vosotros. Hay algo que quiero comentaros —me apresuro a anunciar.

—¿El qué?

—¿Seguís teniendo el local de la tienda?

—Sí, nadie lo ha alquilado aún. ¿Por qué? ¿Tienes algo en mente?

—Aún no es seguro, tengo que pensarlo bien, pero no descarto traspasar el negocio al pueblo. La verdad es que está siendo todo un poco complicado desde la ruptura con Lorena, necesito un cambio de aires y en el pueblo tengo todo lo que necesito —les explico, dejando escapar un suspiro al pronunciar la última palabra.

—¿Estás segura de eso? —ahora es mi padre quien pregunta, su cara de confusión evidente a través de la pantalla del ordenador.

—Tengo que pensarlo, pero la balanza cada día pesa más en ese sentido.

—Bueno, medítalo con calma, entiendo que necesites tomar distancia para dejar atrás tu antigua relación, es normal. Aun así, no es una decisión en la que debas precipitarte. Decidas lo que decidas, sabes que tienes todo nuestro apoyo —me asegura.

—Gracias, mamá, un beso a los dos —añado antes de despedirme de ellos y cerrar la pantalla del portátil.

Esta decisión lleva revoloteando en mi cabeza mucho tiempo. De hecho, pensé en hacerlo justo cuando las cosas empezaron a ir mal con Lorena. He comentado la posibilidad con algunos clientes de confianza, y la mayoría estarían dispuestos a viajar para verme en caso de que lo necesiten. Incluso, si se da el caso, yo misma haría visitas a domicilio. No sería la primera ni la última vez que lo hago, de este modo me ven como una persona más cercana y apuestan por mí.

Cada día estoy más convencida de llevar mi clínica al pueblo y abandonar la ciudad, cada rincón me recuerda a Lorena, a los años que pasamos juntas. Sin embargo, ahora también debo hablarlo con Lucía. No le he comentado nada todavía. Este cambio supondría estar más cerca de ella, y seguir dando pasos hacia delante en nuestra relación.

Necesito saber su opinión al respecto, me importa mucho lo que ella piense, y estoy segura de que me ayudará a decidirme. Tiene tantos pros como contras, así que no tomaré la decisión hasta hablarlo con ella y poner todas las cartas sobre la mesa.

Termino de hacer la maleta sumida en mis reflexiones, y preparo una cena rápida para matar el hambre antes de dormir. Mañana cerraré un poco antes, así llegaré a tiempo de comer con mis padres, sé que les hará mucha ilusión. Yo ya he empezado a superar mi relación con Lorena, y ellos también empiezan a estar más animados. Y si ellos están felices, yo también, eso es así.

Capítulo 21

Lucía

Viernes por la tarde, son más de las cinco y aquí estoy, en el estudio, dando los últimos retoques a mi último cliente de la semana. Mis días han sido agotadores, pero he tratado de mantener la mente ocupada para no pensar en lo lejos que está Valentina. Cada día que pasa, la distancia se siente más pesada y no puedo evitar mirar de continuo el teléfono móvil esperando un mensaje que me diga que ya viene. No sé a qué hora saldrá, supongo que esperará a cerrar su clínica.

Cerca de las seis, estoy terminando de recoger y desinfectar todo en la parte de atrás, cuando suena la puerta. El peso de mi cuerpo cae sobre mi cuello, suspiro pensando que me he podido olvidar de algún cliente.

—¡Salgo en unos segundos! —chillo.

No puedo dejar esto así. Limpio rápidamente los últimos botes, me lavo las manos de manera apresurada y salgo para atender a la persona que acaba de entrar.

—Perdona, ya estoy…

Y nada más levantar la mirada, me encuentro con su sonrisa. Suelto el trapo que llevo en las manos y borro la distancia que nos separa hasta fundirme con Valentina. Dejo escapar todo el aire que hay en mis pulmones cuando me abraza. Beso nerviosa su mejilla sin poder creer que está entre mis brazos. El olor de su champú inunda mis fosas nasales al hacerlo.

—No sabes las ganas que tenía de abrazarte —suspira, cubriendo mi cuello de pequeños besos que me ponen la carne de gallina.

—Y yo a ti, preciosa —me separo lo suficiente para poder besarla y la abrazo de nuevo—. ¿Acabas de llegar?

—No, he comido en casa de mis padres. Quería darte una sorpresa, por eso no te he avisado —sonrío nada más escucharla—. ¿Ya has acabado? —pregunta, señalando con el dedo índice el estudio.

—Sí, estaba terminando de limpiar. Pasa si quieres, yo termino en unos minutos, ya casi no me queda nada.

Mientras vuelvo y recojo mis cosas, ella mira todos los dibujos que tengo colgados en la pared. Los bocetos y cuadros que en algún momento de mi vida he hecho, la cristalera llena de fotos de clientes y sus tatuajes… No obstante, al salir, su vista está fija en el iPad que utilizo para el trabajo.

—¿Son Mico y Coco? —pregunta al ver el boceto que está en

pantalla.

—Sí, ayer los pillé muy acaramelados, con las cabecitas juntas, acariciándose entre sí muy mimosos, así que les hice una foto. Siempre he querido hacerme un tatuaje de ellos, son todo para mí, y creo que utilizaré esa fotografía. Me haré el contorno de ambos —anuncio.

—¿Dónde quieres hacértelo?

—En el tobillo —señalo justo la zona y asiente lentamente con la cabeza.

—Es perfecto.

—¿Tú tienes alguno en mente?

—Aún no, pero en cuanto lo sepa serás la primera a la que se lo comunique —sonríe—. Oye, ¿volvemos caminando? Me gustaría comentarte algo importante —anuncia un poco seria.

—Sí, claro. ¿Todo bien? —pregunto mientras abandonamos el estudio y cierro la puerta.

—Sí, tranquila, no es nada malo. Espero que todo lo contrario —se apresura a explicar al ver que me he quedado preocupada.

Cierro rápidamente, y cuando compruebo que el candado está echado, empezamos a caminar. Entrelaza su brazo con el mío y comienza a hablar.

—Llevo unos días con una decisión en la cabeza, Lu. Esto es algo que empecé a plantearme cuando… bueno, cuando todo empeoró con Lorena. Quiero decir, no es algo que me haya levantado y haya pensado en un arrebato de locura, ni nada por el estilo.

—Explícate, porque empiezas a preocuparme de verdad —solicito, deteniéndome por un instante para ponerme frente a ella y mirarla a los ojos.

—Están siendo unas semanas difíciles, y me está costando mucho vivir en la casa en la que compartí mi vida con ella. Siento que necesito un cambio de aires, volver a empezar lejos de la ciudad —hace una pausa y respira hondo antes de continuar—. Mis padres tienen un local en alquiler aquí en el pueblo. Es prácticamente igual de grande que mi clínica y quizás sería buena idea traspasar el negocio y venirme aquí. Quiero estar más cerca de ellos, y ahora también de ti, claro —añade y mi corazón se salta varios latidos al escucharla.

—Yo también quiero estar cerca de ti, Val —le aseguro, cogiendo sus manos entre las mías y apretándolas con fuerza—. Pero ¿estás segura de que quieres hacer eso? Perderás mucha clientela, en el pueblo no tendrás tanto trabajo como allí. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero seguiré haciendo las visitas a domicilio como hasta ahora, eso es lo que menos me importa. También la vida aquí es más barata.

—¿Te renta venirte al pueblo?

—Sí, sé que no sacaré tanto beneficio como en la ciudad, pero sí. Me ahorro el alquiler de aquí, y puedo vender o alquilar la casa de la ciudad y el local para sacar un dinero de más. Aun así, si te soy sincera, el dinero es lo que menos me importa, Lu —asiento mientras la escucho— ¿No te parece bien? Dime, ¿qué te preocupa? Te noto seria.

—No, no es eso, es que me parece un paso muy arriesgado, nada más. Quiero que estés segura, y que no te arrepientas de la decisión —le explico alzando las cejas.

—Sé que es arriesgado, pero ahora mismo es lo que necesito. Quiero seguir mi instinto, y sobre todo, lo que me pide el corazón. Lo estoy pasando muy mal estos días sin ti, y no quiero eso.

—Todavía me vas a hacer llorar. Yo tampoco quiero estar sin ti —confieso cogiendo de nuevo su mano y acariciándola—. Val, piénsalo bien. Decidas lo que decidas, yo te apoyaré, te ayudaré con el traslado y todo lo que necesites en caso de que quieras seguir adelante.

—¿De verdad? ¿Quieres que venga?

—¡No seas tonta! Claro que quiero que vengas. Pero también quiero que lo pienses bien antes de hacerlo, por eso no estoy ya pegando saltos de alegría —le aseguro—. Si es lo que te hace feliz, adelante. ¡Yo encantada!

Sonríe y me besa antes de poder seguir caminando. Entrelazamos nuestros dedos y cuando llegamos al portal, se para en seco.

—¿No subes? —pregunto extrañada.

—No, quiero prepararme.

—¿Para qué?

—Tú y yo vamos a salir a cenar esta noche, y después me pensaré eso de subir a tu piso, así que por si acaso, ponte ropa interior sexy esta noche —agrega con media sonrisa y un seductor guiño de ojo mientras se acerca a mí para besarme—. He reservado en un restaurante, ¿te pasas por mí sobre las nueve?

—Claro, mándame la dirección y estaré más puntual que un reloj suizo —contesto sonriente antes de devolverle el beso.

—Bien, pues me marcho. Te veo luego —sonríe y me guiña un ojo de nuevo antes de echar a andar.

—Adiós, preciosa.

Valentina se gira y me lanza un beso con la mano antes de seguir, consiguiendo que mi corazón comience a latir tan fuerte que parece que he venido corriendo desde el estudio.

Subo con una enorme sonrisa pegada al rostro. Mis piernas están temblando y no precisamente por el esfuerzo.

Hoy tendremos nuestra primera cita. Bueno, digamos la primera cita algo más formal, y debe ser perfecta. Sus palabras de que me

ponga ropa interior sexy porque quizá luego suba a mi piso retumban con fuerza en mi cabeza y me hacen estremecer. Un familiar cosquilleo se apodera de la parte baja de mi vientre mientras lo pienso y debo abrir más el agua fría para que esa idea abandone mi cabeza.

Además, algo que me llega a la mente mientras me ducho es la posibilidad de conocer a sus padres cuando vaya a recogerla, está con ellos ahora mismo y supongo que aprovechará la ocasión, al menos eso creo.

Empiezo a ponerme nerviosa cuando llega la hora. Conocer a los suegros es la parte de toda relación que más inquieta me deja. Quiero causarles buena impresión, más después de todo lo que han vivido en las últimas semanas y de los problemas que ha tenido con Lorena. No obstante, voy confiada y segura de mí misma, quiero a Valen en mi vida, quiero hacerla feliz, y no pretendo por un solo momento hacerle daño, eso no me lo perdonaría nunca.

Capítulo 22

Valentina

Llego a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Apenas he estado unos minutos con Lucía, pero han sido suficientes para recargar todas mis energías. Y ese beso en el portal... Joder, ese beso me hizo temblar de pies a cabeza, como si una suave corriente eléctrica recorriese todo mi cuerpo y se detuviese justo en mi sexo.

Por unos instantes, estuve decidida a subir a su apartamento y hacer el amor con ella. Lucía no es la única que se muere de ganas, pero mi ruptura con Lorena me sigue frenando. Ahora, todavía tiemblo como si fuese una adolescente que besa por primera vez a su novia en el portal.

Nada más entrar en casa, me dirijo a la cocina para beber un vaso de agua. Al girarme, casi dejo caer el vaso al encontrarme con mis padres en la puerta.

—¡Dios mío! ¡Qué susto! ¿Qué hacéis ahí? —chillo llevándome una mano al pecho.

—No pretendíamos asustarte —responde mi padre, su voz es suave y calmada.

—No pasa nada, es solo que no esperaba encontrarme con vosotros de golpe —admito pasando a su lado mientras salgo de la cocina—. Por cierto, esta noche no contéis conmigo para cenar.

—¿Vas a salir con esa chica? ¿Lucía? —pregunta mi madre alzando las cejas.

—Sí, así es.

—Cariño — la voz de mi padre me detiene en seco—. ¿No crees que todo va demasiado rápido con esa chica? Quiero decir, acabas de salir de una relación muy larga y dolorosa, os estáis conociendo… Y ya nos dijiste el otro día que querías venirte a vivir aquí por ella.

Hago una pequeña pausa antes de responder, tratando de ordenar mis ideas y de paso, comprender el motivo de su preocupación.

—Bueno, eso no es del todo cierto —respondo tras beber un largo sorbo de agua—. Tenéis razón, he salido de una relación larga y muy tormentosa. Sin embargo, no voy rápido con Lucía, os lo aseguro. Me quiero venir aquí, sí, pero esa idea lleva en mi mente desde que todo empezó a ir mal con Lorena. No es algo que se me haya ocurrido de pronto, si eso es lo que os preocupa. No puedo seguir en la ciudad, todo me recuerda a mi vida con Lorena y no puedo más. Me asfixio en esa casa, a veces es como si me faltase el aire.

—Es comprensible, Valen —apunta mi madre apoyando sus manos

en mis hombros como hacía cuando era una niña pequeña.

—Además, si me mudo al pueblo nos veremos mucho más, y sí, también tendré a Lucía más cerca —ambos se miran serios, cosa que me hace dudar—. ¿Creéis que hago mal? ¿Es eso? —inquiero confusa.

—Hija —interrumpe mi madre— te hemos visto sufrir mucho por culpa de Lorena, no queremos que nadie más te haga daño. Simplemente, pensamos que es una decisión demasiado precipitada. De todos modos, decidas lo que decidas, te apoyaremos. Lo único que no queremos es que lo vuelvas a pasar mal. ¿Y si te vienes y no funciona con esa chica? ¿Volverás a irte después de abandonarlo todo en la ciudad?

Sus preguntas e insinuaciones empiezan a ponerme muy nerviosa. Tanto que comienzo a dudar de todas las decisiones que tengo en mente.

—Valentina —mi padre llama mi atención—. No queremos hacerte sufrir con esto. Como padres nos preocupamos, es natural. Es muy preocupante ver que nuestra hija deja de pronto la vida que tenía en la ciudad para volver al pueblo. Sabes que nosotros también lo hemos pasado muy mal con tus problemas con Lorena y no queremos que te precipites. Eso es todo.

—Lo sé… Y os entiendo —les aseguro encogiéndome de hombros.

—¿Crees que ella es la definitiva?

—Desde que la conocí, algo ha cambiado en mí —les explico—. Ella… ella mejor que nadie entiende por todo lo que estoy pasando, todo este dolor. Ha estado ahí para consolarme cuando lo he necesitado, para hacerme reír en los momentos precisos. En el fondo de mi corazón siento que es ella. Me duele tenerla lejos y cuando la tengo al lado es como un soplo de aire fresco —añado sintiendo que los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas—. Lucía me está ayudando a cicatrizar, muy poca gente sería capaz de eso —confieso con un largo suspiro.

—Dices que ella te entiende —reflexiona mi madre— ¿Es que ella está pasando por una ruptura también?

—Ehm —me aclaro la garganta, ponderando mis palabras antes de responder. No pensé que les revelaría este dato tan pronto—. Es mejor que os sentéis —agrego señalando con la barbilla un par de sillas que tenemos a la derecha.

Mis padres me miran con preocupación. Abro la boca un par de veces como intentando hablar sin que las palabras sean capaces de salir de mi garganta. Mi mente es un avispero de ideas tratando de encontrar las palabras correctas.

—A ver cómo os explico esto… Ella… Ella me entiende —ambos asienten lentamente—. Porque pasó por lo mismo que yo hace varios años.

—¿Tuvo una ruptura similar a la tuya? —pregunta mi padre.

—Y tan similar —suelto con un largo suspiro—. De hecho, fue también con Lorena. Lucía es la ex de Lorena —admito pellizcándome el puente de la nariz mientras observo la reacción de mis padres.

Su expresión se congela durante un instante, como si se hubiese detenido el tiempo, como si hubiesen sufrido un cortocircuito durante unos segundos.

—¿Estás diciendo que Lucía y Lorena fueron pareja antes de vosotras?

Mi madre hace la pregunta con miedo, despacio, como dejando que cada palabra cale en mi mente.

—Sí. Todo ha sido un cúmulo de casualidades. Lucía vino un día a mi clínica con su gata enferma, empezamos a conocernos y a los pocos días descubrimos que éramos pareja y expareja de Lorena. ¿Qué casualidad, no?

Mis padres me miran atónitos, sin decir ni una sola palabra y me resulta difícil descifrar lo que está pasando por su mente.

—Lo cierto es que han sido unos días muy complicados hasta que hemos sabido toda la información y se ha solucionado todo —murmuro casi para mí misma—. Lorena se enteró de que Lucía estaba en la clínica, fue a verla y nos encontramos las tres. Poco después supe que Lorena había engañado también a Lucía, de la misma manera que a mí.

Ninguno de los dos es capaz de decir nada, aunque a mi padre se le ha caído la mandíbula como a uno de esos personajes de dibujos animados.

—Y bueno, Lucía y yo hablamos, empezamos a conectar, a empatizar… Me está ayudando mucho a superar todo lo que he vivido con la infidelidad de Lorena. Y nos hemos dado cuenta de que hay algo más que una amistad entre nosotras —vuelvo a mirarlos, siguen sin reaccionar—. ¡Por favor, decid algo de una vez! —ruego nerviosa.

Los ojos de mi madre comienzan a llenarse de lágrimas y se lleva las manos a la cabeza mientras mi padre se ha quedado de piedra y parece incapaz de reaccionar a mis palabras.

—Sé que es algo que cuesta creer, y entiendo perfectamente vuestras dudas y miedos, yo también los he tenido. A veces pienso en lo que está ocurriendo y creo que todo es un sueño, que lo que estamos viviendo se esfumará cuando abramos los ojos. Pero es así, somos dos ex de la misma persona, que se han encontrado y han conectado como nunca lo han hecho con nadie —les explico mientras una sonrisa se dibuja en mis labios al escuchar mis propias palabras.

—Perdona que pregunte, pero —miro a mi madre, que sigue alucinada—. ¿Lorena sabe todo esto?

—Sí, hemos hablado con ella de forma individual, Lucía también lo

ha hecho. Necesitaban arreglar algunas cosas del pasado. Ella está arrepentida, de verdad, lo hemos visto en sus ojos, en su forma de actuar frente a nosotras. Está sumida en un profundo dolor del que esperamos que salga pronto. De hecho, consideramos que esto le ha hecho madurar y pensar las cosas de cara sus futuras relaciones. Y lo que más nos ha sorprendido, es que nos ha deseado lo mejor, dice que estamos destinadas a estar juntas, que estamos hechas la una para la otra. ¿Os quedáis más tranquilos?

—No —suelta mi padre.

Es un "no" rotundo, que no deja lugar a dudas. Un "no" que me causa una opresión repentina en el pecho que apenas me deja respirar. Un "no" que me hiela la sangre.

—¿Qué has dicho?

—No, Valen, no podemos estar más tranquilos. Más bien todo lo contrario —expone chasqueando la lengua.

—Pero ¿qué dices?

—Pues que me gustaría que lo meditases con más calma, hija. Todo esto no tiene ni pies ni cabeza. Estás a punto de tomar una decisión importantísima en tu vida, vas a abandonar la clínica que tanto te costó sacar adelante y a trasladarte a un pueblo pequeño. Nos aseguras que ya habías tomado esa decisión, pero desde fuera, lo que parece es que te aferras a esa chica como una especie de mecanismo de defensa para olvidar a Lorena.

—Papá, ¿te estás escuchando? —pregunto sin apenas poder creer sus palabras.

—Eso de que un clavo saca a otro clavo no funciona en la vida real, Valentina —asegura mi madre apretando mi mano entre las suyas—. Tu padre tiene razón. Ya no eres una niña y eres tú la que debe tomar la decisión. Aun así, es lógico que nos preocupe lo que estás haciendo. Es posible que hayas creado una dependencia emocional de Lucía para olvidarte de Lorena y el problema es que estás dispuesta a hacer un cambio muy grande por ella. Si esto sale mal será devastador para ti.

—¡Que no es solo por ella! —protesto poniendo los ojos en blanco.

—Piénsalo bien, por favor, hija —ruega mi padre, su rostro como si le hubiese dado el mayor de los disgustos.

Alterno la mirada entre ellos, incapaz de comprender lo que se les ha pasado por la cabeza, pero decido no ponerme a discutir. En cuanto conozcan a Lucía y vean todo el bien que me está haciendo estar con ella, cambiarán de idea.

—Bueno, ya hablaremos de esto. Ahora voy a subir a ducharme, Lucía llegará en una hora y quiero estar lista —anuncio dando por zanjada la conversación.

—¿Vendrá aquí?

—Sí.

—¿Nos la presentarás? —pregunta mi madre.

—Pues no sé si es buena idea ¿No sois vosotros los que decís que voy muy rápido? ¿No decís que estoy creando una dependencia emocional para superar mi ruptura con Lorena? —añado en un tono algo más borde de la cuenta.

—Solo queremos conocerla —apunta mi padre encogiéndose de hombros.

—Después de lo que acabamos de hablar, quizá sea mejor que la conozcáis un poco más adelante —expongo levantándome de la silla.

—Valentina, por favor. Entiende que somos tus padres y es lógico que nos preocupemos por ti, y más después de todo lo que ha pasado con tu anterior relación.

—Vale, pero es que no soy una niña. Soy una mujer adulta y soy yo la que debe tomar ese tipo de decisiones, no vosotros —me quejo.

—Tendremos que darle el visto bueno a nuestra futura nuera, ¿no te parece? —interrumpe mi padre forzando una sonrisa, en un intento de rebajar la tensión.

—Lo pensaré —admito con un largo suspiro mientras me dirijo a mi dormitorio para darme una ducha.

Tan solo espero que Lucía no se adelante y se quede a solas con mis padres.

Capítulo 23

Lucía

Media hora antes de nuestra cita, mi teléfono vibra con un mensaje de Valentina enviándome su dirección. Solo está a poco más de veinte minutos a pie, así que me pongo en marcha en cuanto estoy lista. El aire fresco acaricia mi rostro mientras atravieso las calles. Siempre me he sentido muy cómoda en este pueblo. Lo considero una especie de refugio; sereno y acogedor.

La primavera parece transformar el ambiente y los tardíos rayos del sol danzan sobre el pavimento, bañando las calles de una calidez maravillosa, prolongando la alegría que emana de cada rincón. El sonido de unos niños jugando en el parque y las risas en las terrazas de los bares se entrelazan con el trinar de los pájaros buscando refugio para la noche.

A medida que me acerco a mi destino, vislumbro el chalet de los padres de Valentina, que se asoma entre los árboles. Está ubicado en un barrio residencial, con casas de ladrillo blanco que relucen al sol del atardecer como si acabaran de ser pintadas. Le dan un toque elegante y limpio.

Me detengo un momento para observarlo mejor, está rodeado de una impresionante parcela de terreno, muy bien cuidada, en la que destacan una variedad de flores de distintos colores. La vivienda tiene un encantador porche en la entrada, con una mesa pequeña y varias sillas de mimbre que invitan a relajarse. Casi puedo imaginar a su familia disfrutando de las tardes aquí, compartiendo risas y observando a la gente pasar. No hay duda de que los dos adultos sentados en ese porche son sus padres: Valentina es una perfecta mezcla de sus rasgos.

Dudo entre acercarme o no. Los nervios empiezan a invadirme demasiado rápido. Me detengo justo enfrente de la casa y le envío un mensaje a Valentina para hacerle saber que estoy fuera. Por fortuna, su respuesta es rápida:

Salgo en dos minutos,
Guapa.

Sonrío y guardo el teléfono. Cuando levanto la cabeza, me encuentro inesperadamente con dos figuras imponentes justo frente a mí. Sobresaltada, pego un pequeño respingón y me llevo la mano al pecho, el corazón latiéndome a mil por hora.

—Ho-hola —con la voz temblorosa, consigo pronunciar una simple

palabra casi de milagro.

—¿Eres Lucía? —pregunta la mujer, su mirada penetrante.

—Sí —respondo, sintiendo cómo mi rostro adopta una expresión de cordero degollado. Sus ojos se clavan en mí, escudriñándome, y puedo sentir cómo mi piel se eriza ante la intensidad de sus miradas. Levanto la mano por instinto para saludarles—. Encantada de conocerles.

—Yo soy Amparo —dice la mujer, estrechando mi mano con una fuerza sorprendente. Su marido le sigue de la misma manera.

—Antonio —se presenta.

—Un placer. ¿Saben si Valentina tardará mucho? —pregunto, tratando de disimular mi nerviosismo.

—No creo —responde el padre con voz grave— ¿Tienes prisa?

—No, ninguna.

—Valentina nos ha contado quién eres —mis ojos se abren como platos al escuchar a la madre—. Veo que te sorprende.

—Sí, es decir, no pasa nada porque lo haya hecho. Es una situación un poco complicada de explicar, supongo —admito encogiéndome de hombros— y no quiero que ustedes malentiendan nada, y mucho menos se preocupen.

—Sí, no se puede decir que sea una situación muy usual —añade el padre alzando las cejas con preocupación.

—Lo sé, para ser sincera, ninguna de las dos esperábamos esto.

—¿Debemos preocuparnos, Lucía?

—No, señor. En absoluto —me apresuro a responder, negando con la cabeza.

—Nuestra hija ha sufrido mucho en los últimos meses. Ahora ya sabemos que tú también has pasado por lo mismo hace un tiempo —asiento—. No queremos que algo similar se repita, estuvo destrozada.

—Pueden estar tranquilos. Yo no pretendo, ni por un momento, hacerle daño. Ella... —sonrío, recordando el rostro de Valentina—, es una mujer maravillosa. Solo quiero ayudarla a curar, cuidarla y quererla. Creo que ambas ya hemos sufrido bastante.

—¿No crees que vais demasiado rápido? —me pregunta Amparo, sus ojos llenos de matices y preocupación—. Os conocéis de apenas dos semanas, Lucía. Valentina ya está pensando en cambiar su vida, traspasar su negocio al pueblo y abandonar todo lo que tiene en la ciudad. Es muy arriesgado que haga esto.

—Sí, lo sé —mi afirmación les provoca sorpresa, lo noto en su mirada—. Yo misma le dije que era una decisión muy arriesgada, y que prefiero que lo medite con detenimiento. No quiero que se precipite. Valentina tiene sus razones y yo voy a respetar lo que ella decida, no voy a influir, si es eso lo que les preocupa. Por lo que me ha dicho, ha sopesado durante mucho tiempo sus ideas, no obstante,

lo tiene claro, y si a ella le hace feliz no voy a ser yo quién le corte eso.

—Si, por un casual, decide quedarse en la ciudad, ¿la apoyarías? —pregunta a bocajarro, inclinándose hacia delante.

—Claro, por supuesto. Tome la decisión que tome, yo estaré ahí para Valentina —les aseguro.

—Pero estaríais lejos la una de la otra… —matiza su padre.

—Bueno, para eso tenemos el coche —añado con media sonrisa—. Si tengo que viajar todas las semanas para verla, aunque sea tan solo por unos minutos, lo haré.

De pronto, la puerta de la casa se abre. Los tres nos giramos y nos encontramos con Valentina. Noto cómo su cuerpo se tensa de inmediato al verme con sus padres, y sin más preámbulos, se acerca a paso decidido y firme hasta donde estoy, su cabello ondeando con una repentina ráfaga de viento.

—¿No os he pedido que os quedéis dentro? —les cuestiona nerviosa, sus ojos lanzando auténticos dardos de preocupación.

—Solo queríamos saludar, hija —responde su madre, intercalando miradas entre ella y yo, su voz ligeramente temblorosa.

—No te preocupes —salto, intentando disipar la tensión—. Ha sido un placer conocerles. Ahora sé que ese porte tan elegante lo has sacado de tu padre, y que la ternura y la mirada es herencia de tu madre —agrego con mi mejor sonrisa, esperando ganarme algunos puntos con mi comentario.

Valentina me mira y sonríe. Sus padres me observan con asombro, no esperaban mis palabras. No puedo evitar mirarla y sonreír.

—Estás preciosa —susurro mientras cojo su mano y dejo un pequeño beso en su dorso, sintiendo la suavidad de su piel.

—Gracias. ¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

—¿No queréis quedaros unos minutos? —pregunta su madre—. Así conocemos un poco más a Lucía.

—Tenemos reserva para cenar, mamá, no quiero perderla o llegar tarde.

—Podemos pasarnos a la vuelta —propongo, y la mirada de Valentina casi me deja helada, sus ojos clavados en los míos—. O quizá otro día, así tomamos un café y charlamos tranquilamente —me apresuro a matizar.

—Eso me parece mejor —habla entonces el padre, su voz pausada y una enorme sonrisa en los labios.

—Vámonos, Lu —Valentina comienza a andar y tira de mi mano rápidamente. Me giro para despedirme, sintiendo los últimos rayos de sol en mi rostro.

—Un placer —exclamo con prisa cuando lo consigo—. ¡Val! ¿Qué

te pasa?

—Nada, nada.

—Solo pretendía hacer la situación más fácil… —le explico, haciendo una pausa en cuanto giramos la esquina y nos quedamos fuera de la vista de sus padres.

—Lo sé —suspira—. Es que antes he discutido con ellos, y sé que han salido al porche para probarte.

—No hace falta que lo jures —exclamo pegándome a su cuerpo y colocando las manos a ambos lados de su cara en un intento de que se calme—. Tranquila, ¿vale? Creo que todo ha ido bien y, al menos, se fían un poco más de mí.

—Parecían sorprendidos cuando he salido. Y menos tensos. Están muy preocupados.

—Lo he notado. Es normal, Val, son tus padres. Los padres se preocupan, supongo que no importa la edad, lo hacen siempre. Todo esto ha cambiado muy rápido y no quieren que te haga daño. No me voy a ofender por eso, lo hacen porque te quieren —le aseguro antes de besar sus labios.

—Pero tú no vas a hacerme daño.

—Y ahora ya lo saben, es lo que les he dicho —seguimos caminando, entrelazo una de mis manos con la suya al ver que está muy callada— ¿Tienes dudas?

—¿Opinas que lo que nos está pasando es un mecanismo de defensa? ¿Un escudo para superar la ruptura con Lorena?

—¿Piensas eso?

—Ellos creen que es así.

—¿Y tú lo crees? —insisto—. Porque yo no salgo con tus padres, salgo contigo. Preferiría tenerles a mi lado, pero la que de verdad quiero que esté convencida eres tú.

—No, no lo creo, no tengo dudas. No me estoy guardando nada, he llorado lo indecible por ella, y ahora siento que estoy como en una fase de duelo. Supongo que ellos pensaban que no podría tener nada con nadie después de lo sucedido. Al encontrarse con nuestra relación, y más sabiendo que eres ex de Lorena…

—Ya me lo han comentado. Es natural, si lo piensas fríamente. La situación es bastante inusual. Supongo que deben procesar toda esta información que les ha llegado de golpe, nada más. Me parece que es bueno hacer esa merienda, que me conozcan —me mira con sorpresa —. Sí, no me pongas esa cara. Ellos ahora mismo me ven como una especie de peligro, alguien que puede hacerte daño. Si me conocen y ven mis verdaderas intenciones, ese miedo se disipará. ¿Tú qué opinas?

Entonces sonríe y se detiene de nuevo para poder besarme.

—Creo que no he podido tener más suerte, eso es lo que creo —

susurra cerrando los ojos.

Continuamos caminando, nuestros dedos entrelazados. La noche comienza a caer sobre nosotras, y las calles del pueblo se iluminan con miles de luces que parpadean en la distancia, suscitando un ambiente casi mágico. La brisa fresca acaricia mi rostro, y el murmullo de la gente a nuestro alrededor se convierte en una melodía maravillosa mientras Valentina aprieta mi mano y me dedica una sonrisa preciosa. Y al sentir su mano apretando la mía, el miedo y las dudas se desvanecen, dando paso a un futuro lleno de esperanza y felicidad.

Capítulo 24

Lucía

La brisa fresca de la noche nos acaricia cuando salimos del restaurante. Dejamos atrás el eco de risas y animadas conversaciones. La cena ha sido un auténtico festín para los sentidos: los sabores intensos y variados de cada plato, el aroma de las especias y el suave resplandor de las velas en nuestra mesa, creaban un ambiente íntimo y acogedor.

Nos hemos dejado envolver por el momento, lanzándonos miradas llenas de complicidad y entrelazando nuestros dedos con ternura por encima del mantel, como si fuéramos una pareja de adolescentes con las hormonas disparadas.

En más de una ocasión, nos hemos sonrojado al ser interrumpidas por el camarero que nos atendía. Pero es que cada vez que Valentina acariciaba el reverso de mi mano con su dedo pulgar, sentía que el tiempo se detenía y el mundo se desvanecía a nuestro alrededor, dejándonos solas en nuestra burbuja de felicidad.

Al salir, tomamos un camino diferente, no regresamos a casa de sus padres y esto es algo que me encanta.

—¿Estás segura, Val? —pregunto, deslizando mi brazo alrededor de su cintura y atrayéndola hacia mí. Su cuerpo se acomoda fácilmente en mi abrazo, como si siempre hubiera pertenecido allí.

—Quiero quedarme esta noche contigo —afirma—. Aunque no sé si podré… ya sabes… —su voz se quiebra al pronunciar esas últimas palabras.

—No pasa nada —le aseguro dejando un tierno beso en su mejilla —. Sabes que te daré todo el tiempo que necesites. Vamos a tu ritmo, no hay prisa, de verdad.

—Lo sé —responde, envolviéndome en un abrazo—. Mi problema es que cada día tengo menos autocontrol contigo —admite besándome tras el lóbulo de mi oreja y consiguiendo que se me ericen los pelos de la nuca.

—Eso es muy bueno —le susurro al oído, notando cómo se estremece y muerde su labio inferior—. Yo solo puedo pensar en besarte, acariciarte, abrazarte… y en muchas otras artes que no son aptas para todos los públicos.

—Joder, Lu —exclama entre risas—. ¡Así no hay quién se contenga! Menos mal que estamos llegando —bromea.

Nada más cruzar la puerta de mi casa, me empuja contra la pared y nuestros labios se buscan con pasión. Me separo para buscar aire y

la observo. Joder, es preciosa.

—¿Estás segura? —pregunto, mi pecho hinchándose con cada profunda respiración.

—Sí —susurra antes de besarnos de nuevo.

Acaricio su melena, tirando ligeramente de su pelo para que incline el cuello mientras lo recorro con la punta de mi lengua, escuchando los suaves gemidos que se escapan de su boca.

—No sabes las ganas que tengo —le aseguro, colocando la rodilla entre sus piernas para que las separe.

Sus manos se cuelan por debajo de mis pantalones en busca de mis nalgas, volviéndome loca de deseo cuando las aprieta con fuerza. Me clava los ojos y su mirada es puro fuego. Torpemente y con rapidez, desabrocho los botones de su camisa, abriéndola para dejar al descubierto un precioso sujetador negro de encaje.

—Ven aquí —suspira, cogiendo mi mano y tirando de mí hacia uno de los sofás del salón.

Valentina se sienta en él y yo me coloco a horcajadas sobre sus piernas. Ahora es ella la que desabrocha cada uno de los botones de mi camisa. Lo hace con una lentitud embriagadora, mordiendo su labio inferior con deseo mientras va descubriendo cada centímetro de mi piel.

—Veo que me has hecho caso y te has puesto ropa interior sexy —sisea, observando cómo mis duros pezones se marcan a través de la tela del sujetador mientras me quita la camisa y la deja caer al suelo.

Nos besamos con pasión, sus manos acarician mi espalda hasta desabrochar el gancho de mi sujetador, dejando mis pechos al aire y haciéndome suspirar.

—Joder, ¡son perfectas! —exclama arqueando las cejas antes de acariciar el contorno de mis pechos.

Los recorre con la punta de sus dedos con lentitud, como si quisiese memorizar su forma, haciendo círculos alrededor de mi areola para más tarde acariciar mis pezones.

—Dios, Val —susurro en su oído, mientras besa mi cuello, lo lame con la punta de su lengua y deja un pequeño mordisco.

Ahora son mis manos las que buscan desabrochar su sujetador. Lo retiro con delicadeza, rozando uno de sus pezones al dejarlo caer. La cálida piel de sus pechos sobre los míos es más de lo que puedo soportar.

El calor entre mis piernas es imposible de ignorar. Me levanto para sentarme a su lado y desabrocho con prisas el botón de sus pantalones, bajando la cremallera lo suficiente como para colar una de mis manos. Necesito tocarla, amarla, hacerle saber lo mucho que la quiero en estos momentos.

Valentina suspira cuando acaricio su sexo por encima de la fina

ropa interior. Presiono la entrada de su vagina, sintiendo la humedad a través de la tela, pero cuando uno de mis dedos pretende colarse por debajo, su mano aprieta con fuerza mi muñeca, deteniéndome. No tira de ella, no la aparta, mis dedos sienten aún la humedad y el calor de su sexo, pero sus ojos me lo dicen todo sin necesidad de palabras.

Me separo ligeramente para observarla. Ambas respiramos con dificultad, unas perlas de sudor recorren su frente y siento que estoy tan mojada como ella.

—No puedo —susurra, mordiendo su labio inferior y desviando la mirada. Sus ojos humedecidos—. Necesito un poco más de tiempo para dar ese paso. Lo siento mucho, de verdad —añade y algunas lágrimas ruedan por sus mejillas como diminutos diamantes.

Suspiro, me lamento por un instante. Mierda, deseo esto muchísimo. Pero también quiero que ese momento con Valentina sea especial, querido por ambas. Lo de Lorena está todavía muy reciente y deseo que cuando hagamos el amor lo demos todo la una por la otra. Está claro que aún no está preparada.

Retiro la mano de su sexo para no incomodarla y la abrazo, aunque dejar de sentir ese calor entre sus piernas me produce un vacío extraño.

—Tranquila —intento con todas mis fuerzas templar mis nervios en este momento.

Nos abrazamos y queda apoyada en mi hombro, sollozando, intentando soltar toda su inquietud.

Me levanto y tiro de ella para llevarla a mi dormitorio. Abro la cama por un lado y la tumbo sobre el colchón. Me coloco a su lado y Valentina apoya la cabeza en mi pecho desnudo. Deposita un pequeño beso sobre mi pezón sin decir nada y vuelve a apoyar su mejilla. Es como si quisiese agradecer mi paciencia sin necesidad de hablar.

Peino su pelo entre mis dedos y ella deja escapar un suspiro mientras disfruta de mis mimos, aunque pronto Mico y Coco saltan sobre nosotras. Los hemos oído corretear desde que hemos llegado, pero no se habían acercado hasta este momento.

—Hola, grandullones —saludo mientras los acaricio.

Ambos se colocan a mi lado y Valentina se incorpora ligeramente para acariciarles. La imagen me hace sonreír, esos gatos la adoran.

—¿Duermen contigo?

—Normalmente a mis pies, aunque a lo largo de la noche suelen irse. Si hace frío, Mico se acurruca junto a mi pecho —me explica.

Coco se coloca junto a mi cuello sobre la almohada mientras que Mico busca el regazo de Valentina. Cierro los ojos al mismo tiempo que acaricio el pelaje de la pequeña con mis mejillas.

—Siento mucho lo sucedido, Lu —se lamenta, dejando escapar un largo soplido.

—Tranquila, no debí ir tan rápido. Quiero que lo hagas cuando realmente te sientas preparada. Te quiero y no te voy a presionar en ningún momento —le aseguro.

—¿No estás enfadada?

—No, ¿por qué iba a estarlo? —sonrío y la miro—. Te respeto por encima de todo, Val. Y, por lo tanto, lo haremos cuando llegue el momento. Quiero que nuestra primera vez sea especial, deseo recordarla siempre. Eso no quita que dentro de un rato deba irme al cuarto de baño para aliviar un poco la tensión acumulada —admito con un guiño de ojo lleno de picardía, encogiéndome de hombros.

—¡Qué tonta eres!

Se acerca y me besa, los gatos quedan entre nosotras y empiezan a removerse cuando apenas queda espacio para ellos. Nos separamos y reímos al ver que bajan hasta los pies de la cama y se tumban allí. La miro, vuelvo a besarla y la acojo en mis brazos mientras acaricio su espalda con suavidad. Pronto, escucho su respiración lenta y profunda. Unos ligerísimos ronquidos me hacen sonreír y mientras tapo su cuerpo con el edredón, no puedo sentirme más afortunada.

Capítulo 25

Valentina

Cuando los primeros rayos de sol comienzan a filtrarse por la ventana, Lucía me despierta con suaves besos en el cuello y tiernas caricias a lo largo de mi costado, consiguiendo que mi corazón se acelere al instante. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un despertar tan dulce.

—Cierra los ojitos, preciosa. Quédate aquí y sigue descansando —me susurra al oído antes de retirar mi melena para darme un beso en la nuca que me hace estremecer —. Vuelvo en unos minutos.

Se levanta con rapidez, con la elegancia de una bailarina, y se desliza hacia el armario para ponerse una camiseta que le cubre justo por debajo de las nalgas; le queda perfecta. A continuación, me deja a solas en la habitación, y no puedo evitar moverme para ocupar su lado de la cama. Me aferro a su almohada, escondiendo mi cabeza en ella para evitar la luz e inspirando profundamente su perfume. Es una mezcla de rosas y jazmín que me hace sonreír y me envuelve en una calidez que me encanta.

—¡Ah! ¡Joder! —grito, pegando literalmente un salto sobre la cama.

—¿Estás bien? —chilla Lucía desde la cocina.

—Sí, tranquila. Es que me había vuelto a quedar dormida y Mico me saltó sobre las tetas. Me acaba de pegar un susto de muerte —le explico, sintiendo las patitas del gato en mi cuerpo antes de acurrucarse a mi lado.

—Lo hace a veces y como saques un pie, te morderá los dedos para despertarte. Solo quiere que le des mimos.

No puedo evitar entornar los ojos y sonreír mientras me giro y le acaricio.

—Hola, precioso —el gato maúlla y ronronea en mis manos durante varios segundos antes de marcharse de nuevo.

Tanto él como Coco vuelven pocos minutos más tarde corriendo a toda pastilla, se suben en la cama y se sientan. Permanecen muy quietos mirando hacia la puerta, e instintivamente, hago lo mismo. Valentina aparece a continuación con una bandeja, y el olor a café recién hecho es lo primero que percibo. Ha preparado el desayuno. Me incorporo y me siento en la cama con una sonrisa de oreja a oreja, es un detallazo.

—¡Vosotros dos, abajo! —les ordena a los gatos, pero ellos giran la

cabeza, como si estuvieran debatiendo la propuesta—. ¡Ahora!

Nada más escuchar la orden, bajan de la cama. No puedo evitar sonreír al ver cómo se alejan, supongo que en busca de su propio desayuno, dejándonos a solas al instante. Lucía me guiña un ojo y coloca la bandeja frente a mí.

—Menudo banquete. Desayuno en la cama después de despertarme con besitos. Si esto va a ser lo habitual, creo que me puedo acostumbrar muy rápido —bromeo, tirando de su mano para darle un beso.

—No sabía tus preferencias, así que he traído un poco de todo —susurra, peinando mi melena entre sus dedos—. ¿Has dormido bien?

—Sí, la verdad es que muy bien.

—Me alegro…

De repente, mi móvil comienza a vibrar, anunciando una llamada entrante. Veo en la pantalla que es mi madre y dudo si contestar o no, pero Lucía me anima a hacerlo.

—Hazlo —me aconseja, y descuelgo al segundo, poniendo el altavoz.

—¡Buenos días, mamá! —respondo tras un largo bostezo mientras me estiro.

—Hola, hija. ¿Estás bien? Pensé que volverías a casa —puedo sentir cierta preocupación en su tono. Llevo un montón de años viviendo por mi cuenta y a veces, sigue tratándome como si fuese una niña.

—Sí, todo bien, tranquila. Estoy con Lucía —explico, y al escuchar mis propias palabras no puedo evitar sonreír.

—Vale. Oye, ¿por qué no venís las dos a casa para comer? —miro a Lucía, que se tapa la boca con las manos aguantando la risa.

—¿Estás segura de eso, mamá? ¿No decías que todo esto iba demasiado rápido entre nosotras y que era un mecanismo de defensa por lo de Lorena? Quizás no sea el momento aún —bromeo, Lucía sonríe, sabe que estoy poniendo a prueba a mi madre.

—Bueno, creo que todo ha sucedido rápido, tienes razón, pero a tu padre y a mí nos pareció una buena chica, queremos saber más de ella —admite mi madre, con cierta vacilación.

—Vaya… Esto sí que no me lo esperaba.

—Hija, déjate de juegos y no me lo pongas más difícil —mi madre suspira, y yo no puedo evitar reír ante su impaciencia.

—Está bien, está bien… Dame un segundo —tapo el micrófono y miro a Lucía— ¿Te apetece?

—Claro, yo encantada, será un placer.

—Vale, mamá, cuenta con nosotras. Allí estaremos —le aseguro antes de colgar el teléfono.

Cuando quiero darme cuenta, ambas estamos entrando por la puerta de casa. Lucía se ha duchado y se ha cambiado de ropa. Yo pretendo hacer lo mismo, pero antes, debo dejarla con la situación controlada. Caminamos hacia el jardín de la casa, siguiendo el delicioso aroma que flota en el aire, y allí están mis padres cocinando juntos.

—Hola…

—¡Hola, hija! —mi padre se acerca y deja un beso en mi frente. Mira a Lucía y sonríe de lado— Hola, Lucía, ¿qué tal?

—Muy bien —mi madre se acerca para saludar también—. Gracias por invitarme.

—No podemos hacer menos —asegura mi madre.

—Voy a ducharme y a ponerme algo cómodo, ¿os puedo dejar a solas con ella? —inquiero, clavando una mirada intensa a mis padres —. No quiero más preguntas incómodas, por favor.

—¿Tan poco te fías de nosotros? —cuestiona mi padre a punto de reír.

—Anda, ve. Estaré bien —dice entonces Lucía, antes de dejar un rápido beso en mi mejilla.

—Cualquier cosa, grita y bajo aquí de inmediato —bromeo haciendo rabiar a mis padres antes de dejarlos.

Parece que el ambiente está mucho más calmado, me tranquiliza y me hace realmente feliz a partes iguales.

Lucía

El sol comienza ya a calentar cuando Antonio me trae una cerveza fría pocos minutos después de que Valentina nos deja a solas. Por los ingredientes que hay sobre la mesa, veo que están haciendo una paella de marisco que huele deliciosamente.

—Gracias, Antonio. ¿Necesitan ayuda con la paella? —pregunto, saboreando la espuma de la cerveza en mi paladar.

—No, tranquila, todo está cortado y listo —responde, aunque luego se me queda mirando y no puede evitar añadir una pregunta—. ¿Eres de aquí, Lucía?

—Sí, bueno, podría decirse que sí. Llevo viviendo en el pueblo algo más de doce años. Me independicé cuando cumplí los veinte.

—¿Y tus padres?

—Viven en Canarias. Al jubilarse decidieron hacer algunos viajes y finalmente se instalaron allí —le explico mientras regresa a mi mente la imagen del pequeño apartamento en el que paso unos días cada

verano.

—¡Vaya! Han escogido un buen sitio para vivir.

—Y que lo diga. Ellos pasaron su luna de miel en las islas, y siempre decían que querían volver. En cuanto han podido, han cumplido su sueño. Y yo me alegro mucho por ellos —le aseguro.

—Dinos —su madre llama mi atención—. ¿A qué te dedicas?

—Soy tatuadora, tengo mi propio estudio aquí en el pueblo.

—¿Te va bien? —pregunta el padre de Valentina alzando las cejas.

—Pues la verdad es que sí, lo monté hace pocos años, antes trabajaba para otra persona —les explico—. No puedo quejarme. Es cierto que las redes sociales y todas las nuevas tecnologías ayudan para llegar a más gente. Perfectamente puedo tatuar entre dos y cinco personas cada día, dependiendo del tamaño del tatuaje y de lo que busque el cliente, claro.

—¿Para tatuar necesitas algún tipo de estudios? —esto empieza a parecerse a un interrogatorio.

—En realidad no. Pero debes tener al menos una base mínima de dibujo. A mí siempre se me dio muy bien dibujar, aunque esto se adquiere con el trabajo y la experiencia —expongo encogiéndome de hombros—. También he hecho algún curso de gestión empresarial y contabilidad, para poder llevar mejor mi negocio. Siempre hay que formarse.

Poco a poco siguen haciéndome preguntas, quieren conocerme más a fondo y yo les respondo con absoluta tranquilidad. Valentina vuelve al poco tiempo y entra también en la conversación. A lo largo de los minutos, el ambiente se relaja bastante y todos están muy pendientes de mí para que me sienta a gusto, cosa que agradezco.

Después de la deliciosa comida, me levanto para ayudar a Amparo a recoger los platos y cubiertos. El aroma de la paella aún flota en el aire, recordándome lo bien que lo hemos pasado. Mientras recojo, Amparo me lanza una sonrisa de gratitud, la primera que he visto en ella desde que la conocí. A continuación, se va con su marido a la cocina a preparar algo de café, hemos comido mucho y un poco de cafeína nos vendrá muy bien.

Valentina y yo nos acomodamos en una hamaca colgada entre dos robustos árboles que decoran el jardín, sus hojas susurran suavemente con cada ráfaga de viento. Permanecemos abrazadas, y el tacto de su piel en la mía me llena de una sensación reconfortante y hogareña.

—Hacía mucho que no me tumbaba en esta hamaca… —susurra Valentina, su voz cargada de melancolía—. Recuerdo pasar horas y horas aquí de pequeña, dormida en los brazos de uno de mis padres —sonrío con ternura y la abrazo con fuerza—. Gracias por aguantar todas las preguntas que te han hecho.

—Tus padres no trabajan para la policía, ¿verdad? —bromeo—.

No, en serio, no ha sido para tanto —me apresuro a añadir antes de dejar un beso sobre su cabeza. Instintivamente, ambas miramos hacia el interior de la casa, tanto Amparo como Antonio nos observan disimuladamente desde la ventana de la cocina.

— Son muy buena gente, Val. Espero que se hayan quedado más tranquilos.

—Sí, te lo aseguro —me responde con una sonrisa.

Amparo y Antonio colocan el café sobre la mesa, el inconfundible aroma llega hasta nosotras, y nos hacen una seña para que nos unamos a ellos. Nos levantamos de la hamaca y nos acercamos de la mano, sintiendo el calor del sol sobre nuestra piel.

Antes de que podamos tomar el café, ambos hablan:

—Lo hemos estado hablando y queremos pediros perdón —expone Amparo, su mirada alternando entre nosotras.

—¿Por qué? —pregunto sorprendida.

—Cuando nos enteramos de que Valen estaba conociendo a alguien, nos preocupamos —explica Antonio con voz calmada—. Acaba de salir de una relación muy complicada y teníamos miedo de que volviera a sufrir. Enterarnos de que tú también habías pasado lo mismo, con la misma mujer no ayudó mucho a que nos relajásemos. Quizás os hemos presionado un poco por todo ello.

Amparo asiente y añade:

—Sin embargo, las charlas que hemos tenido con ambas nos han dejado mucho más tranquilos.

—Entonces, ¿todo está bien? —inquiere Valentina, esperanzada.

—Sí —responden ambos al unísono—. Lucía es una gran mujer y sabemos que te va a cuidar.

—Entonces, ¿ya les puedo comentar lo de que estoy casada? —bromeo, mirando a Valentina que se lleva una mano a la frente divertida.

—No seas idiota, que se van a creer que es verdad —me reprende.

Ante su mirada de asombro, me apresuro a levantar las manos, asegurándoles que es broma.

—Lo siento. Les puedo asegurar que Valentina es muy importante para mí y jamás haría nada que pudiese dañarla, al igual que sé que ella tampoco me lo haría a mí.

—Eso no significa que no te vayamos a vigilar de cerca —suelta Antonio con una mirada directa, una mirada que aguanto como una

campeona, aunque sé que está bromeando—. Valentina es mi niña, siempre lo será independientemente de la edad que tenga, y voy a estar muy pendiente de ella.

—¡Papá! —se queja Valen y todos reímos.

—Puede estar tranquilo, Antonio, los dos —añado mirando a ambos—. Tan solo quiero que sea feliz, y haré todo lo posible para que así sea —les aseguro.

Valentina me da la mano, y se acerca para darme un beso en la mejilla. Aunque antes de separarse, deja un pequeño piquito en los labios.

Imagino que a ambas se nos queda cara de tontas por el gesto, porque sus padres empiezan a bromear a nuestra costa.

—¡Míralas! ¡Qué tortolitas! Parecen dos adolescentes —las risas y el buen rollo llegan a partir de ese momento.

No puedo pedir más.

Capítulo 26

Lucía

Han pasado ya dos semanas desde ese pequeño encuentro familiar con los padres de Valentina. El día fue bastante bueno, mucho mejor de lo que esperaba. Todo ese fin de semana fue muy bonito. Aquel domingo, cuando nos despedimos, acordamos que comenzaría el proceso de traslado a la mayor brevedad posible. Sus padres y yo nos comprometimos a limpiar y acondicionar el local que tienen en alquiler. Después de mucho insistir, finalmente me permitieron colaborar y brindarles mi apoyo.

Desde ese día, Valen y yo no hemos vuelto a vernos; el trabajo y las labores del local han consumido nuestro tiempo.

El jueves, mientras tatúo la pierna de una clienta de confianza, decido llamar a Valentina. La chica se encuentra absorta en su música, con los cascos puestos a todo volumen, ajena a cualquier conversación. Ni siquiera se percata de que cojo mi teléfono móvil para marcar el número de Valen.

—Ahora que no me escucha, es una maravilla de clienta, llevamos tres horas aquí y no se ha quejado ni lo más mínimo. Ojalá tuviese más clientes así —le explico a Valentina mientras repaso el tatuaje.

—Supongo que se ha tatuado más veces.

—Sí, aun así, tiene el umbral del dolor muy alto. Cosa que admiro. Bueno, dime, ¿cómo vas tú por ahí? ¿Qué tal todo con el traslado?

—Todo muy bien —responde ilusionada—. Estoy metiendo en cajas aquellos objetos que no utilizo con frecuencia o que no vendo mucho. Mi asesor me ha sido de gran ayuda con todo el papeleo. En una o dos semanas, como máximo, estaré ya en el pueblo y podré inaugurar mi nueva clínica —explica.

—¡Qué bueno! ¿No? Pensé que tardaría más —digo mientras repaso unas líneas para que queden más oscuras.

—Sí, yo también —suspira Valentina, su voz refleja el cansancio de todo lo que está trabajando estos días. Está agotada.

—Escucha, lo estás haciendo increíblemente bien. Te prometo que todo el sacrificio valdrá la pena y en cuanto llegues, te ayudaré en todo lo que necesites hasta que tu clínica esté en pleno funcionamiento —le aseguro.

—En este momento, desearía abrazarte con todas mis fuerzas, eso sí que me recargaría las pilas —confiesa Valentina con un suspiro.

—Y yo a ti, preciosa. Joder, no sabes lo que te estoy echando de menos.

—¿Podrás venir este fin de semana?

—No sé si podré, Val —respondo bajando la voz—. El sábado tengo esa boda de la que te hablé. Me contrataron para tatuar a todos los invitados que quieran. En lugar de un simple detalle, los novios quieren regalar un pequeño tatuaje como recuerdo. Desde luego, es un regalo original. Estaré ocupada prácticamente toda la tarde, y solo espero que no se prolongue demasiado en la noche — escucho un suspiro al otro lado de la línea e interrumpo el tatuaje por un segundo —. Lo siento mucho, Val, de verdad.

—No, tranquila, tú también estás trabajando mucho, no debes dejarlo por mí. Ya tendremos tiempo de sobra de estar juntas. Es solo que… bueno, ya sabes, que me gustaría verte.

—Te prometo que en cuanto tenga un hueco, iré —retomo el tatuaje, pero no recibo respuesta a mis últimas palabras. Miro el teléfono, y la llamada sigue activa, no se ha cortado—. Val, preciosa, ¿sigues ahí? —pregunto extrañada.

—Lorena, ¿qué coño haces aquí? —escucho al otro lado de la línea y dejo de tatuar al momento.

—Tengo que hablar contigo —es la voz de Lorena, de eso no cabe duda. Sí, no he oído mal.

—Lu.

—¿Sí?

—Te llamo luego, ¿vale? —propone, aunque su voz ha adquirido un tono algo extraño.

—¿Esa es Lorena?

—Sí.

—Valentina…

—Luego te llamo.

Sé que no debería ponerme nerviosa, pero no puedo evitarlo. ¿Qué hace Lorena en la clínica de Valentina? ¿Qué es lo que quiere? Nos ha dicho a ambas que ha cambiado, pero sé perfectamente que cuando las hormonas se le disparan, Lorena no es de fiar. Sin embargo, Val no es así, ella no volvería a caer en el mismo error. Me repongo como puedo para terminar el tatuaje y hacer un buen trabajo. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en los motivos que la han llevado allí. Mierda, han estado cinco años juntas, eso es mucho tiempo.

**

Observo el tatuaje y suspiro, estoy a punto de terminarlo. Ha pasado ya más de una hora desde que Valentina colgó el teléfono y no he sabido nada de ella. Una hora es mucho tiempo como para estar hablando con tu ex.

—¿Qué te ocurre? Estás muy tensa —me pregunta Lily, la chica a la que estoy tatuando.

—Nada, espero una llamada.

—Anda, cuéntame, aún nos queda un rato —suelta señalando el tatuaje. Sonrío y decido explicarle mi inquietud. Aunque solo lo básico, prefiero no entrar en detalles.

—Es decir, que tu chica o supuesta chica —rectifica al mirarla, aún no es oficial— está ahora mismo con su ex en su trabajo, y temes que pueda pasar algo. ¿Y dices que han vivido cinco años juntas?

—No me estás tranquilizando, si es lo que pretendes —me quejo con un pequeño bufido.

—¿Crees que ella cambiaría de opinión? —inquiere muy seria.

—Todo está muy reciente, y en el fondo tengo miedo de que lo haga. No sé, confío en Valentina, o quiero hacerlo al menos. Espero que no cometa el mismo error, pero cinco años juntas pesan mucho. Debe quedar algo entre ellas después de tanto tiempo.

—Y esa Lorena, ¿sabes si es buena en la cama?

—¡Joder, Lily! —protesto.

—Era broma, tonta. No os conozco, pero por lo que me has contado, no creo que vaya a pasar nada. ¿Estás celosa?

—No estoy celosa —me apresuro a responder. Prefiero no responderle que sí, sé por experiencia propia que Lorena es buena. Muy buena.

—Ya, ve a otra con ese cuento —sonrío. Vuelvo a mirar el móvil y lo tiro con fuerza sobre la mesa, sacudiendo la cabeza para sacar esa idea de mi mente.

No quiero, pero los nervios y las dudas se apoderan de mí sin que pueda hacer nada por evitarlo. ¿Qué narices estará pasando en la clínica? ¿Por qué no me devuelve la llamada?

Valentina

Cuelgo la llamada con Lucía, y mis ojos se posan en Lorena, quien me observa con curiosidad.

—¿Y bien? ¿Qué haces aquí? —le pregunto de nuevo. Sigo su mirada, que se pasea por las cajas amontonadas en cada rincón de la clínica.

—Así que es cierto lo que he oído, te marchas.

—Pues sí, me voy al pueblo.

—¿Por Lucía?

—Es uno de los motivos.

Siento cómo la tensión se acumula en mis hombros, recordándome el peso de esta decisión. Sé perfectamente que es muy arriesgada, sin embargo, estoy decidida a dejar atrás el pasado antes de comenzar un nuevo capítulo de mi vida.

—Has trabajado mucho para conseguir esta clínica, Valen. ¿De verdad vas a perder todo lo que has conseguido marchándote al pueblo? Te juro que no lo entiendo. A ver, que Luci está bien, pero

tampoco es para tanto.

—Mira, creo que esto no te incumbe y ese comentario está de más. Créeme cuando te digo que he sopesado los pros y los contras. Sí, en el pueblo no voy a obtener todo el beneficio que tengo aquí —hace una mueca de evidencia alzando las cejas—. Pero lo que sí tendré allí es tranquilidad y paz. Y ya que lo mencionas, para mí, Lucía es importantísima en mi vida.

—Pues sí que te ha dado fuerte —ironiza— ¿O es que acaso te martiriza vivir en la misma ciudad que yo? Porque ni siquiera nos hemos visto desde que me fui de tu casa.

El eco de su voz resuena en el aire, sigue siendo una manipuladora, supongo que no puede evitarlo. Mi mente me recuerda por qué lo hemos dejado después de cinco años juntas y me lleva a pensar en el pueblo como si fuese un refugio. Por un momento, puedo escuchar el susurro del viento acariciando las hojas de los árboles, la tranquilidad, los paseos de la mano con Lucía. Sé que mi decisión es la correcta.

—Lorena, me martiriza vivir en una casa donde pensaba pasar el resto de mi vida con la mujer a la que quería —entonces me comprende—. Mire donde mire, solo veo recuerdos tuyos. Y no puedo más. Me paso más horas en la clínica que en casa, y si sigo así terminaré loca. Necesito cambiar de aires, necesito empezar de nuevo y aquí no puedo —le explico tratando de mantener la calma.

—Vaya…

—Y no me malinterpretes. Muchos de esos recuerdos son buenos, la mayor parte de ellos. Y sé que estarán en mi mente para el resto de mi vida. Pero no es lo que necesito ahora, no es lo que quiero. Necesito centrarme en mi nuevo camino.

—En Lucía.

—Sí, en Lucía, ella es mi presente y mi futuro —suspiro.

—Veo que lo tienes muy decidido, porque te conozco bien y esa cara de tonta que acabas de poner hacía años que no la veía.

—Sí. No te voy a mentir, la quiero mucho —admito encogiéndome de hombros.

—Está bien. No diré nada más. Solo me sorprendió saber que habías tomado esta decisión.

—Lo necesito, Lorena.

—Tranquila, lo entiendo. Por mí no hay problema. Ya os he dejado claro a las dos que estoy arrepentida. No seré yo la que se meta en medio de lo vuestro —me asegura, abriendo las manos y alzando las cejas como si fuese obvio.

La miro e inevitablemente, una sonrisa se dibuja en mis labios. Un tímido rayo de sol se filtra por la ventana, iluminando su rostro, y por un instante, los años parecen retroceder.

—¿Puedo preguntar cómo va todo? No me refiero a tu relación con

Lucía, eso ya veo que bien. Tú, ¿cómo estás? —pregunta Lorena y en sus ojos veo un interés sincero.

—Digamos que todo va mejorando. ¿Y tú?

—Más o menos igual —responde… Y Lucía, ¿cómo está?

—Muy bien, trabajando mucho también.

—Bien, me alegro. Bueno, debo irme, tengo cosas que hacer. Cualquier cosa que necesites, solo tienes que llamarme. Sabes que te lo digo de verdad —sonrío sin más mientras camina hacia la salida.

—¡Cuidado! —exclamo al ver que alguien viene corriendo. Abre la puerta y deja pasar al chico, viene con un cachorro en brazos.

—¿Qué le ocurre al perro? —pregunto al ver que está muy nervioso.

El dueño me explica con rapidez que han visto cómo se tragaba unos calcetines con los que estaba jugando. Lo han intentado solucionar y quitárselos para evitar que lo hiciera pero el perro ha sido más rápido que ellos. Me explica que ha vomitado una vez, todo ello puede estar dado por la misma obstrucción.

—Lorena, debo llevarlo dentro cuanto antes, es muy importante, gracias por venir y preocuparte. ¡Adiós! —respondo antes de entrar a la sala del escáner.

Una sensación de urgencia me recorre el cuerpo como una corriente eléctrica mientras confirmo mis sospechas sobre el cachorro: hay una obstrucción que requiere de una operación inmediata. El aroma a desinfectante hospitalario invade mis fosas nasales en la pequeña sala de operaciones. La cirugía toma un poco más de una hora, y por suerte no es complicada, finalmente logro extraer el objeto que le provocaba dolor y malestar. Sin embargo, por precaución, el animal debe pasar la noche bajo mi cuidado.

Al salir, se lo explico todo al dueño, que me da las gracias y se marcha mucho más tranquilo.

En cuanto sale por la puerta y me aseguro de que el cachorro se está recuperando bien de la anestesia, deslizo mi dedo por la pantalla del móvil en busca del número de Lucía y la llamo de nuevo. Descuelga al instante, y puedo escuchar el zumbido de la máquina de tatuar de fondo.

—Hola —responde algo seca, quizá esté cansada.

—Ya estoy, perdona.

No dice nada, así que soy yo quién pregunta.

—¿Todo bien?

—Sí, estoy tatuando, nada más —responde sin dar más detalles.

—No parece que estés bien.

—Pues lo estoy —contesta Lucía.

—¿Por qué le mientes? —escucho la voz de otra chica, he de suponer que la que está tatuando.

—Calla —le ordena impaciente—. Y no te muevas, ya casi termino.

—Mira que eres cabezota, joder —le dice de nuevo la chica.

—¿Me explicas qué ocurre? —inquiero extrañada.

—No hay nada que explicar, Val, no pasa nada. Déjalo ya.

—Pareces una niña —dice otra vez esa chica. La máquina de tatuar se detiene y esta vez puedo oír la voz más clara—. ¿Cómo se llama tu chica? —le pregunta.

—Valentina —responde Lucía mientras vuelve al trabajo— Eh, deja mi móvil. ¿Qué haces?

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —pregunto mirando la pantalla del teléfono y escuchando ruidos, como si estuviesen forcejeando.

—¿Valentina?

—Sí.

—Soy Lily, tu chica me está tatuando. Bueno, ahora intenta matarme, pero no la culpo por ello — ríe, haciéndome sonreír a pesar de la situación—. Está celosa de esa mujer que ha ido a verte, pero no lo admitirá jamás —añade.

Vuelvo a oír silencio durante dos segundos.

—Vuelve a la camilla, hazme el favor —la voz de Lucía se escucha ahora más fuerte—. Val, voy a colgar el teléfono o no terminaré nunca con ella.

—¿Estás celosa? —pregunto intrigada.

—No.

—Mientes fatal.

—Si tú lo dices…

—Anda, ve a tatuar a esa chica, y hazme un favor —agrego con mi voz más dulce.

—¿Cuál?

—No la culpes a ella por decírmelo. Tan solo quiere ayudar.

—Pues a mí no me está ayudando nada, todo lo contrario —suelta enfadada.

—A la hora de cenar te llamo.

—Vale.

—Adiós, enfadica —bromeo.

—Adiós —responde con sequedad antes de colgar la llamada.

Suspiro cuando cuelga. Sí, está celosa, o preocupada. Es normal. La visita inesperada de Lorena también me ha sorprendido. Pero Lucía no tiene nada que temer; estoy perdidamente enamorada de ella y quiero pasar el resto de mi vida a su lado.

Me doy cuenta de que quizá he sido reacia a dar ciertos pasos, como expresar lo que siento por ella. Tal vez eso la haga dudar o pensar que no estoy segura de mis sentimientos. Necesita saber que la quiero y que todos esos males que rondan su cabeza desaparezcan, no

tiene motivos.

Capítulo 27

Lucía

Regreso a casa completamente exhausta, tanto física como emocionalmente. La idea de que Lorena haya ido tras Valentina para hacerle cambiar de opinión no deja de atormentarme. A pesar de que ambas hemos tenido conversaciones sinceras con ella, mis temores persisten. Valentina y yo apenas estamos comenzando a conocernos, mientras que ellas compartieron cinco años juntas, y eso es mucho tiempo aunque hayan terminado mal.

En el fondo, creo que aún no confío del todo en Lorena. Sus acciones pasadas siguen frescas en mi memoria. Aunque las personas cambian, no suelen hacerlo tan rápido. Y eso es lo que no me deja tranquila del todo.

Decido tomar una ducha fría y prolongada, en un intento por relajarme. Siento cómo el agua gélida acaricia mi piel, como si los miles de gotas de agua se llevaran consigo todas mis preocupaciones. Después de tantas horas sentada tatuando, mi cuerpo clama por un descanso, y sé que la ducha me ayudará a recuperarme.

Al salir, me pongo el albornoz y cepillo mi pelo después de secarlo brevemente con una toalla. Me encanta la sensación de frescor que me deja. Al terminar, voy a la cocina, y lo primero que hago es servirme una buena copa de vino y echarles de comer a Coco y Mico, que me miran como si no hubiesen probado un bocado en dos semanas.

—Aquí tenéis, pequeños —les digo, y ellos responden con un sonoro “¡Miau!”, casi al unísono.

Sonrío al escuchar la respuesta. Son realmente encantadores. Cada día estoy más convencida de que entienden lo que les digo. Al menos en la mayoría de las ocasiones.

Con mi copa de vino en la mano, me acomodo en el sofá para revisar los detalles de la boda en la que debo trabajar, así como el horario de la próxima semana. Afortunadamente, tengo más horas libres de las que inicialmente pensaba, aunque no las suficientes como para visitar a Valentina. Mientras ella ocupa mis pensamientos, el teléfono móvil vibra con un mensaje suyo.

¿Estás en casa?
21:35 pm

Sí, llegué hace
un rato.
21:36 pm

A los pocos segundos, recibo una llamada entrante. Suspiro antes de descolgar, ya sé la conversación que vamos a tener y no me apetece ni lo más mínimo.

—Hola…

—Hola, guapísima —saluda en tono alegre—. ¿Terminaste bien con esa chica?

—Se ha ido sana y salva si es lo que preguntas —respondo mientras escucho una pequeña risa al otro lado.

—¿Qué es lo que te ocurre, Lu? —inquiere con preocupación, pero no encuentro las palabras para responder—. Lu —suspira, y puedo sentir la frustración en su voz—. Yo quiero estar contigo, ¿de acuerdo? Lorena es mi pasado, jamás volvería con ella.

—Todo está demasiado reciente, Val —admito bajando la voz.

—Lo sé, cariño, pero te puedo asegurar que nada va a cambiar.

—¿Por qué coño ha ido a verte? —mi tono ha sido quizá más agresivo de lo que pretendía.

—Se ha enterado de la mudanza, y estaba preocupada. Ella sabe el gran trabajo que me costó montar la clínica, y solo quería saber si estaba segura de mi decisión.

—Así que quería saber si había posibilidad de que cambiases de opinión. ¿Por eso has tardado tanto en llamar? Una hora… —le recuerdo mientras siento una repentina opresión en el pecho al decir esas palabras.

—No me lo puedo creer. ¿Acaso piensas que ha pasado algo entre nosotras?

—Valen… una puta hora has tardado en llamar —insisto, poniéndome a la defensiva.

—¿No confías en mí? —cuestiona ella enfadada.

—Claro que confío en ti, Valentina. Quiero confiar en ti —mi voz se quiebra al responder.

—Pero no en Lorena.

—No del todo. Bueno, no, no confío en ella. Sé bien cómo es, cómo actúa cuando se pone nerviosa y lo insistente que puede llegar a ser cuando se le disparan las hormonas.

—Ya…

De pronto, un largo silencio se instala entre nosotras. Un silencio denso, ensordecedor, de esos que parece que puedes cortar con un cuchillo.

—No he podido evitar ponerme nerviosa cuando tardabas tanto en llamar. Creo que esos nervios siguen en mi estómago aún, porque todavía no me has respondido.

—Necesito que confíes en mí. No ha pasado nada, te lo prometo —me asegura, su tono ahora mucho más dulce.

De nuevo, silencio por mi parte.

—Nunca había sentido esto —confieso, mi voz casi un susurro.

—¿Celos?

—Sí, bueno, celos, desconfianza, como quieras llamarlo.

—¿De qué tienes miedo? Hasta ahora no te había visto o sentido nunca tan preocupada.

—Porque nunca me ha pasado algo igual —admito.

—Dime, ¿qué temes?

—Perderte —reconozco con un suspiro e inevitablemente, las lágrimas comienzan a brotar en mis ojos, rodando por mis mejillas como la lluvia en un día de tormenta.

Valentina hace una pausa. Quizá tan solo de unos segundos, pero a mí me parecen una eternidad.

—Val, para mí nada de esto es un juego. Has llegado a mi vida de la manera más inesperada, muy rápido, y tengo miedo de que esto, de algún modo, provoque que te pierda. ¡Sé que es una tontería! —agrego mientras limpio mis lágrimas—. Pero es así, es como lo siento.

—No, no es una tontería. Yo también tengo ese miedo. Sin embargo, pienso en ti, en los momentos que estamos pasando juntas, y ese miedo se esfuma. Quizás este tiempo separadas nos haya puesto más sensibles, y por eso nos sentimos así.

—Puede ser —admito.

Vuelven a escapárseme más lágrimas al escucharla y creo que ella también está llorando, no sé por qué, lo presiento. Además, la escucho caminar de aquí para allá, es posible que se esté haciendo la cena. De pronto, observo a Coco venir hacia mí, me toco las piernas y se sube de un salto a mi regazo.

—Hola, pequeña, ¿ya has cenado? —se sienta y me mira con esos ojitos que son pura ternura.

—*¡Miau!*

—Bien —respondo sonriente, creo que nota mi angustia porque ronronea mientras se frota contra mi cuerpo—. ¿Y Mico?

No he terminado de decir su nombre cuando ha pegado un salto desde el lateral y se ha colocado a mi lado. Se me escapa incluso un pequeño chillido, no sabía que estaba tan cerca.

—Un día de estos me dará algo con tus apariciones, grandullón —digo acariciándole al tiempo que se acomoda a mi lado al instante.

—Lu, ¿estás bien? ¿Has gritado? —pregunta Valentina alarmada.

—Sí, perdona si te asusté. Era Mico, de vez en cuando me da algún susto, aparece cuando menos me lo espero —Valen sonríe al otro lado—. Solo te pido una cosa, no quiero que haya ningún secreto entre nosotras. Y todavía no me has explicado por qué has tardado una hora en responder.

—Espera, dame un segundo.

Y cuelga.

Joder, ¿acaba de colgar el teléfono?

Miro la pantalla extrañada, y de pronto, regresan todas mis dudas. A los pocos segundos entra una videollamada. Me apresuro a limpiar mis lágrimas, y me peino el pelo con las manos lo mejor que puedo, empieza a secarse y no lo tengo preparado aún. Cuando miro la imagen, veo que Valentina está todavía en la clínica y miro la hora preocupada.

—¿Qué haces todavía en la clínica con lo tarde que es?

—He tenido una urgencia, justo cuando estaba hablando con Lorena —responde con una mirada cargada de significado—. ¿Ves este grandullón de aquí? Pues se comió unos calcetines y llegó con una obstrucción muy seria. He tenido que operarle de urgencia —gira la cámara y veo a un cachorro de pastor alemán tumbado a su lado—. Se debe quedar en observación toda la noche, así que me quedaré con él. Esa es la razón por la que tardé una hora en devolver tu llamada —añade alzando las cejas.

—Joder, Val, perdón. No es que no confiase en ti, es que… —me quedo sin palabras, mi vista fija en el pastor alemán tumbado junto a Valentina que bosteza abriendo una enorme boca.

—Eh, no pasa nada. Solo te lo estoy explicando. No hay ningún problema, de verdad. A las dos nos está afectando la separación.

—Pero, eso significa que no vas a pegar ojo en toda la noche.

—Bueno, dormiré en el sillón que tengo en el despacho —admite con un suspiro—. No sería la primera vez.

—Que sepas que voy a comprarte una cama para tu nueva clínica en el pueblo —bromeo—. No quiero que te dejes la espalda en ese sofá.

—Bueno, se me ocurre que la cama también podría estar bien si me visita cierta persona que yo me sé. Y llegar a casa y que te den un masaje, también es buena opción —sonrío de lado llevándome una mano a la frente.

—Ambas ideas me parecen muy buenas —admito—. Aquí tendrás dos manos, todas para ti, para cualquiera de las dos opciones.

—No me digas esas cosas, que aún queda mucho hasta que nos veamos y no soy de piedra —se queja, poniendo cara de cachorrito abandonado.

No puedo evitar morderme el labio al escuchar su tono y ver la mirada que ha puesto.

—Te echo de menos. Siento que me falta algo sin ti.

—Y yo a ti —respondo— Valen, siento…

—No, no te disculpes.

—Pero…

—Shh —me manda callar—. Ya me cobraré estos celos de otro modo —bromea con un seductor guiño de ojo.

Mis ojos y mi boca se abren al escucharla. Ríe a carcajadas por mi expresión.

—Pero bueno, ¿quién es esta mujer tan atrevida y que has hecho con Valentina? Puf, que sepas que me acabas de poner de lo más nerviosa —reconozco sacudiendo la cabeza divertida.

Está claro que esta distancia tiene que acabar, aunque sea por poco tiempo, porque empezamos a parecer dos adolescentes con las hormonas por las nubes.

Capítulo 28

Valentina

Me paso prácticamente todo el viernes y el sábado en la clínica. El pastor alemán se ha recuperado rápido, es lo bueno que tienen los cachorros. Estuvo muy juguetón durante el segundo día, así que decidí llamar a su dueño para que lo recogiese. Podía llevárselo sin ningún problema. Le pedí que lo trajera en un par de días para revisarlo y ver los puntos, y que, por supuesto, esté pendiente para que no se los toque. Le he puesto un collarín para evitarlo, pero estos animales parecen tener una habilidad especial para quitárselo, sobre todo los gatos.

Agotada, decido pasar el domingo tirada en la cama. Sonrío sin poder evitarlo mientras mis dedos teclean sobre la pantalla un mensaje a Lucía. Sé que también trabajó hasta muy tarde y quiero llamarla para hablar con ella y preguntarle cómo le fue.

Buenos días, preciosa.
Avísame cuando despiertes
y te llamo. Un besote.
9:54 am.

Vuelvo a dejar el teléfono móvil sobre la mesilla y me acomodo de nuevo, abrazándome a la almohada como si me lo fuesen a prohibir y cierro los ojos sintiendo cómo el sueño se apodera poco a poco de mi cuerpo. Sin embargo, esa tranquilidad dura pocos minutos, alguien llama a la puerta.

—No me lo puedo creer —murmuro entre dientes, tapándome la cabeza con la almohada.

Pienso detenidamente en si debo abrir o no. No espero ninguna visita y tampoco me apetece compañía en estos momentos. Lo que quiero es tirarme en la cama a dormir. Supuse que quién estuviese en la puerta se marcharía, pero no, parece que no se da por vencido y vuelve a insistir. Así que no me queda más remedio que bajar.

Cogiendo una bata del armario, me la pongo a toda prisa tras recoger el pelo en un apresurado moño. Estoy en pijama y no muy presentable, y no me apetece nada que me vean así.

—¡Voy! —exclamo de mala gana al escuchar por tercera vez el timbre de la puerta mientras doy un rápido vistazo al espejo del recibidor antes de abrir. Tengo unas pintas horribles.

Cuando abro la puerta, me quedo completamente helada. Ojos y boca se abren de par en par al encontrarme frente a mí a Lucía. Su

sonrisa se ensancha más y más a medida que mi gesto de sorpresa es mayor. Se ha dado cuenta de que soy incapaz de reaccionar, así que es ella la que da el paso y me abraza. Suspiro, apoyándome en su hombro cuando lo hace. Trato de evitarlo, pero termino llorando. Ella, por el contrario, ríe.

—Pero… —me separo lo suficiente para comprobar que es cierto, que la tengo delante— ¿Pero qué haces aquí? —vuelvo a abrazarla.

—Bueno, tenía todo el día libre y me he dicho, ¿por qué no darle una sorpresa a la persona que más quiero en este momento? —me limpia las lágrimas con la punta de sus dedos al mismo tiempo que habla—. No podía pasar un día más sin verte, Val.

Sonrío y, sin que se lo espere, me lanzo a sus labios. Mi cuerpo tiembla al sentirla de nuevo tan cerca de mí. Echaba de menos la calidez de su boca, sus dulces besos que llenan mi corazón, sus brazos rodeando mi cuello, protegiéndome… Ahora sé que no puedo vivir sin esto.

Lucía

Me separo al recordar que ha pasado la noche en la clínica.

—Dios, debes estar agotada —digo guardando su cara entre mis manos.

—No, que estés aquí conmigo, renueva mis energías.

—¿Cómo puedes ser tan bonita? —le pregunto antes de besarla de nuevo.

Cierro la puerta y cojo su mano, tirando de ella hasta la cocina.

—Espero que no hayas desayunado —exclamo señalando una caja con donuts de todos los sabores que he traído conmigo.

—Y aunque hubiese desayunado, lo volvería a hacer —me asegura entre risas, cogiendo uno de ellos y mordiéndolo al instante.

A continuación, lo lleva a mi boca para que lo pruebe. Su sabor es realmente espectacular, y la crema en su interior hace que sea perfecto.

—Joder, está buenísimo.

Valentina sonríe al mismo tiempo que se apoya en uno de los taburetes y se me queda mirando durante unos segundos.

—¿Hasta cuándo te quedas? —pregunta, tirando de mí para acercarme y apoyarme en sus piernas.

—Solo hasta esta tarde, mañana trabajo a primera hora —respondo encogiéndome de hombros.

—Eso es muy poco.

—Lo sé, por eso quiero aprovechar cada minuto del día contigo —suspiro acariciando sus labios con la punta de mi dedo índice para limpiar un poco de chocolate que se le había quedado pegado.

—Mmm —gime, no sé si por el nuevo mordisco al donut o por mi

insinuación. Creo que una mezcla de ambas— ¿Y qué tienes pensado hacer hasta entonces?

—Te dejo elegir.

—¿Qué te parece si empezamos con un beso? —susurra Valentina. Se levanta, me gira y termina sentándose a horcajadas sobre mis piernas. Apoya su frente sobre la mía mientras acaricia mi mejilla con el dedo pulgar y consigue hacerme temblar.

—Podría ser un buen comienzo —admito con la respiración entrecortada.

Antes de que me quiera dar cuenta, sus labios se funden con los míos en un maravilloso beso que me deja sin aliento.

—Te he echado mucho de menos —suspira, separándose ligeramente de mí.

Me mira de arriba abajo con deseo. Su pecho se hincha con cada respiración al tiempo que muerde su labio inferior, y su sola mirada consigue excitarme.

—Ven aquí —jadeo, colocando las manos en sus nalgas y pegándola mucho más a mi cuerpo.

Valentina emite un pequeño gemido junto a mi oído al sentir la punta de mi lengua recorrer su cuello, cubriéndolo de pequeños besos mientras mis manos buscan su espalda para desabrochar el sujetador.

—Me moría de ganas de estar contigo —admite bajando la voz y colocando las manos a ambos lados de mi cara para besarme.

Recorre mis labios con la punta de su lengua, apagando en mi boca unos deliciosos gemidos que consiguen que mi nivel de excitación se dispare. Le devuelvo el beso, colando la mano derecha entre nuestros cuerpos en busca de sus pechos y endureciendo su pezón con mi dedo pulgar.

—Si quieres que me detenga, dímelo ya, porque no respondo de mí misma —confieso con la respiración entrecortada.

Valentina hace una pausa y se me queda mirando durante unos instantes que a mí me parecen una eternidad antes de responder.

—No pares —suspira mientras se desabrocha torpemente los botones de la blusa y la deja caer al suelo.

—Joder, eres preciosa —susurro, inclinándome hacia ella para besar sus pechos.

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos al sentir mi lengua sobre su areola, gimiendo cuando muerdo suavemente su pezón entre mis labios. Mueve las caderas, escondiendo sus manos en mi melena y pegándome a su cuerpo como si no quisiese que me separase jamás.

—Necesito que vayamos a la cama —suspiro sin poder aguantar por más tiempo.

Valentina sonríe, una sonrisa llena de picardía. Se levanta y, cogiendo mi mano, tira de mí hacia su dormitorio.

—¿Y para qué necesitas que vayamos a la cama exactamente? —bromea nada más cruzar la puerta.

—Túmbate boca arriba —ordeno, señalando con la barbilla el colchón.

Ruborizándose ligeramente, pone los ojos en blanco y hace lo que le digo.

—¿Quieres que me quite los pantalones o lo vas a hacer tú? —pregunta.

—De momento, la única que necesita estar sin ropa soy yo, al menos la parte de abajo —susurro con un guiño de ojo mientras me voy desnudando lentamente.

—¡Joder! —suspira abriendo los ojos como platos y colocándose sobre sus antebrazos para verme mejor.

—Lo vas a ver muy de cerca ahora mismo, no te preocupes —le aseguro alzando las cejas.

Valentina menea la cabeza divertida, aunque pronto abre la boca con sorpresa cuando observa que coloco una pierna a cada lado de su cabeza y comienzo a bajar el cuerpo lentamente.

—¿Te gustan las vistas? —pregunto colocando mi sexo casi a la altura de su boca y abriendo mis labios con los pulgares.

—¡Madre mía!

Intento buscar una respuesta, pero mi mente se queda en blanco en el momento en que su lengua lame mi sexo desde abajo con una lentitud embriagadora. Al llegar a mi clítoris, levanta la cabeza y me clava la mirada.

—¿Eso es lo que querías? —pregunta burlona.

—Todo tuyo —admito señalando entre mis piernas, mi voz solamente un suspiro.

Su lengua regresa a mi clítoris. Dibuja pequeños círculos a su alrededor, mientras mi respiración se acelera y debo enraizar las manos en su melena para mantener el equilibrio.

Clava las uñas en mis nalgas, atrayéndome más hacia ella antes de curvar la lengua y presionar la entrada de mi vagina, haciéndome gritar de placer.

—¡No sé cómo coño he podido esperar tanto! —confiesa separándose ligeramente antes de volver a lamer mi sexo.

Lo hace muy lentamente, casi sin presión, como si quisiese alargar el placer que me está regalando. Tenso la espalda y me inclino hacia atrás, cerrando los ojos y buscando un mayor contacto con su boca. Regresa a mi clítoris para mover la punta de su lengua de manera rápida sobre él, como lo haría una gata bebiendo agua. Mis gemidos van en aumento. Gemidos que se convierten en un nuevo grito de placer al sentir que lo muerde delicadamente entre sus labios antes de dibujar imaginarios círculos con la lengua.

Sin poder resistir por más tiempo, me balanceo sobre su boca, buscando un mayor contacto mientras siento un orgasmo formarse en mi interior. Valentina ha debido darse cuenta e incrementa el ritmo y la presión. Tiro de su melena, mis piernas temblando al tiempo que Valen clava las uñas en mi culo.

—¡Oh, joder! —chillo, apoyándome sobre el cabecero de la cama mientras tengo un intenso orgasmo que me deja sin aliento.

Me separo ligeramente para tumbarme a su lado y puedo observar una enorme sonrisa en sus labios.

—Me parece que cierta tatuadora necesitaba con urgencia un poco de sexo —bromea Valentina arqueando las cejas.

—¡Ha sido increíble! —admito, tratando de recuperar la respiración mientras limpio su barbilla.

—Ven aquí —susurra, inclinándose hacia mí para besar mis labios.

Y mientras saboreo mi propia excitación en su boca y mis dedos se cuelan por debajo de la goma de sus pantalones del pijama, pienso que no sé si podría aguantar más tiempo sin ella.

—Mejor quitamos estos, que estorban —expone al tiempo que se quita los pantalones y se queda completamente desnuda.

Me inclino sobre el antebrazo para observarla, suspirando antes de acariciar su pubis con la punta de los dedos. Trazo dibujos imaginarios, deleitándome en la suavidad de su piel antes de colar un dedo en su interior.

Valen deja escapar un suave gemido, cerrando los ojos y arqueando su espalda ligeramente.

—¿Quieres que siga?

—Como pares te mato —bromea, sujetando mi mano para que no la separe.

A ese dedo le sigue otro más, y juro que esos suaves gemidos que se escapan de su boca son lo más sensual que he escuchado en toda mi vida. Deslizo los dedos a un ritmo constante, sintiendo las uñas de Valentina recorrer mi espalda. Nuestros gemidos acompasados y el sonido de mis dedos al entrar en su sexo rompen el silencio del dormitorio.

Valen chilla cuando los curvo ligeramente hacia arriba y rodea mi cuello al sentir la palma de mi mano frotando su clítoris cada vez que la penetro con los dedos.

—Creo que cierta veterinaria también necesitaba sexo con urgencia —bromeo con la respiración entrecortada.

—No lo sabes tú bien, el Satisfyer tiene sus límites —admite entre gemidos.

Su abdomen se tensa ligeramente y sus jadeos van en aumento. Cierra los ojos, muerde su labio inferior con fuerza y, de pronto, clava la cabeza en la almohada con un largo suspiro mientras siento sobre

mis dedos pequeños espasmos de placer.

—¡Madre mía! —suspira, llevándose las manos a la cabeza.

—Creo que voy a tener que ayudarte a cambiar las sábanas —siseo antes de besar sus labios.

Me tumbo junto a ella y beso su frente. Valen acaricia mi mejilla con el reverso de su mano. Lo hace lentamente, como si quisiese memorizar la sensación que le produce cada milímetro de mi piel. Y mientras apoyo la cabeza en su pecho y ella peina entre sus dedos mi melena, pienso que si el mundo se acabase en este instante, moriría feliz junto a Valentina.

Capítulo 29

Valentina

Las semanas han comenzado a deslizarse desde aquella sorpresiva visita de Lucía. A partir de ese instante, siento que nuestro vínculo se ha fortalecido y aunque nos cuesta estar separadas, sabemos que la recompensa será aún mayor.

A día de hoy, las cajas aún sin abrir parecen no tener fin y todavía hay que colocar lo que contienen. Me he instalado en casa de mis padres. Quiero aprovechar ahora que estoy cerca de ellos para pasar más tiempo juntos, aunque también es cierto que el poco tiempo libre que tengo tras el trabajo, lo paso junto a Lucía. Desde que empecé la mudanza, en cada rato libre, viene para echarnos una mano. Mis padres ya están mayores para cargar con tanto peso.

Otra de las cosas que ha cambiado, y mucho, es la relación entre Lucía y mis padres. Aquí les tengo ahora mismo, justo delante de mí, sacando y colocando el inventario de la clínica. La confianza entre ellos crece día a día, lo que me hace mucho más feliz, si es que eso es posible.

—Val, ¿dónde quieres estas correas? —pregunta Lucía, acercándose a mí para acariciar la parte baja de mi espalda.

—Las puedes colgar allí mismo —respondo señalando con la barbilla en dirección a uno de los armarios.

—Pues va a quedar mucho mejor de lo que imaginaba —admite mi madre, mirando a su alrededor con una mezcla entre sorpresa y orgullo y asintiendo lentamente con la cabeza.

—Ya te dije que sería así —apunto sonriente.

—¿Qué harás al final con la casa y el local de la ciudad?

—Los he puesto en alquiler, así puedo sacarme un dinero extra que nunca viene mal, ¿verdad? —me pregunta con un guiño de ojo que consigue que mis piernas tiemblen.

Llevamos un tiempo hablando de hacer nuestro primer viaje juntas. Yo prefiero playa y a ella le gustaría alquilar una casa rural en la montaña, pero de lo que ambas estamos seguras es de que será algo increíble.

—Es una buena decisión, hija —añade mi padre dejando una de las cajas en el suelo—. Si necesitas que te ayude con cualquier gestión…

—Sí, te lo diré, no te preocupes —le aseguro.

Lu se acerca cuando termina con la caja que tiene en las manos, su mirada llena de intención, mientras mis padres siguen a lo suyo y no nos prestan atención.

—Debo irme a trabajar —anuncia rodeando mis caderas con sus manos y acercándome a su cuerpo—. Pero en menos de dos horas estaré de vuelta. Es el último cliente del día y espero que tus padres ya no estén aquí, porque quiero probar esa cama que hemos comprado para cuando tengas que quedarte por la noche —susurra a mi oído, consiguiendo que se me ericen los pelos de la nuca.

—Aquí estaré —respondo nerviosa antes de besarla—. Quiero dejarlo todo terminado y poder abrir mañana, como anuncié y, por favor, no me hagas estas cosas delante de mis padres que no soy de piedra.

—Es que si no estuviesen ellos ya no tendrías la ropa puesta —bromea, mordiéndose el labio inferior mientras me mira de arriba abajo.

—¡Vete al estudio, anda! Que me estás poniendo muy nerviosa.

—Luego te veo —anuncia dirigiéndose a la puerta.

Justo antes de salir, gira sobre sus talones y regresa hasta donde estoy. Me besa en varias ocasiones, en los labios, la mejilla, nariz y cuello, para terminar mordiendo con suavidad mi barbilla, haciéndome reír.

—Vete ya, anda, o no podré contenerme y estrenaremos esa cama nueva ahora mismo —me mira sugerente, con una chispa traviesa en sus ojos.

—Cuidado con lo que deseas, puede hacerse realidad cuando menos te lo esperes —susurra—. Y quiero que mis suegros me sigan apreciando, no sé qué pensarían si su hija empieza a gemir ahí detrás —pongo los ojos en blanco y ambas reímos—. Bueno, ahora me voy de verdad.

Vuelve a besarme, se despide de mis padres y se marcha. Joder, observo cómo abandona la clínica y me quedo embobada, como una adolescente con las hormonas revolucionadas. Pero es que en un momento me acaba de poner a cien.

—¿Sigue todo bien entre vosotras? —cuestiona mi madre colocándose a mi lado.

—Sí —asiento con rotundidad—. Cada día mejor. Lucía es un chute de energía en mi vida, mamá.

—¿Ya es totalmente oficial? —aún no lo habíamos comentado con nadie, pero sí, ya llevábamos varias semanas saliendo.

—Sí, completamente oficial…

—Nos lo imaginábamos —dice entonces.

—¿Tanto se nota? —pregunto y asiente lentamente alzando las cejas.

—Algo ha cambiado en vosotras desde que has dado el paso de venir al pueblo. Antes se veía que estabais bien, pero ahora tanto tu padre como yo os vemos mucho más unidas —miro a mi padre y

asiente—. Pareces muy feliz.

—Lo soy, podéis estar seguros de eso. Lucía me quiere, me ama con locura, y me cuida como nadie lo ha hecho jamás —bueno, no os incluyo a vosotros, que sois mis padres —me apresuro a explicar al ver la mirada que ha puesto mi madre cuando pronuncio esas últimas palabras—. Pero ya sabes lo que quiero decir, y yo hago lo mismo por ella. Además, compartimos una confianza inquebrantable, en todos los aspectos, sin fisuras. Nuestra comunicación es excepcional, y lo más importante de todo, nos respetamos profundamente.

—La comunicación y el respeto son la base de una relación sólida —interviene mi padre, acercándose con una sonrisa—. Si mantenéis eso, estaréis juntas por mucho tiempo.

—Por mucho tiempo me parece demasiado poco —añado con una sonrisa en mis labios—. Yo quiero que sea para siempre.

—Algo me dice que así será —concluye mi padre apretando mi hombro con su mano antes de sumergirse nuevamente en el mar de cajas.

**

La luz del atardecer tiñe el despacho de tonos dorados mientras estoy terminando de colocar un par de cuadros en la pared cuando un abrazo tierno me envuelve por la espalda. El aroma de vainilla y jazmín impregna mis sentidos y no me hace falta girarme para saber que es Lucía. Sus suaves besos recorren mi cuello, cada uno de ellos provocando un escalofrío que se propaga por todo mi cuerpo.

—Ya te echaba de menos —susurro antes de ladear el cuello para que lo recorra de pequeños besos como solo ella sabe.

—No sabes lo que me excita que se te ericen los pelitos de la nuca cuando beso tu cuello —suspira antes de morder con suavidad el lóbulo de mi oreja.

Ni siquiera puedo responder, debo apoyar una mano en la pared para mantener el equilibrio porque mis piernas están temblando.

—Tus padres dicen que ya habéis terminado.

—Ahá.

—Había pensado en ir a mi piso. ¿Qué te parece? —propone.

—Vamos ahora mismo —anuncio, girándome y empujándola contra la mesa del despacho.

—No te lances, fiera. Ir a mi piso e invitarles a cenar, que no me has dejado terminar la frase —bromea—. Ya sabes que llevan días queriendo ir a verlo, y así hacemos las presentaciones oportunas con Mico y Coco.

—Me parece una idea maravillosa —admito—aunque me gustaba más lo que me había imaginado.

—Eso viene luego, no te preocupes. Pediré algo de comer, así no

tenemos que cocinar.

En cuestión de minutos, todos nos encontramos en el coche de Lucía, el motor ronroneando suavemente mientras nos desplazamos por las calles del pueblo. La tarde nos regala un atardecer espectacular, con el sol despidiéndose en un abanico de naranjas y rosas que se funden en el horizonte. En menos de diez minutos, llegamos a nuestro destino, a esa hora apenas hay tráfico.

Al subir a su piso, Lucía abre la puerta y se hace a un lado para dejarme entrar primero. Sonrío agradecida y, al cruzar el umbral, me quedo sin palabras. Ha organizado un íntimo cóctel para celebrar la inauguración de la clínica. Hay botellas de vino, algún que otro refresco, la gran mesa del salón está preparada para poder cenar los cuatro, y, lo más divertido, ambos gatos están vestidos de gala. Mico lleva un esmoquin negro, y Coco uno blanco.

—Pero… —la miro sorprendida, luego a mis padres. Los tres están muy contentos, así que estaban compinchados.

—No te mereces menos —apunta Lucía con una sonrisa—. Incluso los dos bichillos están listos para la fiesta —añade señalando a los gatos que juegan a nuestro alrededor como si estuviesen acostumbrados a llevar esmoquin.

Me agacho para acariciarlos en cuanto se acercan, y a continuación hago las presentaciones con mis padres que, hasta este momento, solamente los conocían por alguna foto que les habíamos enseñado. Mientras tanto, Lucía sirve una copa de vino para cada uno de nosotros.

—¿Alguien quiere empezar? —pregunta alzando las cejas.

—Yo mismo —apunta mi padre sonriente—. Por la familia, y por los nuevos comienzos. Creo que este será un gran camino para todos, y poder recorrerlo juntos será lo más bonito de todo —anuncia levantando la copa para brindar.

—Hay que brindar también por la llegada de Lucía —sigue mi madre—. Has sido una gran sorpresa para nosotros, y un verdadero regalo. Estamos muy contentos de tenerte en la familia. Así que, por ti, por vosotras —agrega levantando su copa.

—¡Salud! —exclama Lucía levantando la suya, y los cuatro unimos nuestras copas para finalizar el brindis y poder probar el vino, huele de maravilla, pero el sabor es exquisito.

La cena es, indudablemente, perfecta, aunque podríamos haber comido cartones y lo hubiese sido de igual modo. No cesamos de comentar los nuevos cambios, las ideas que tenemos, algún que otro viaje que Lucía y yo ya tenemos pensado hacer… Incluso mi madre, que no es muy dada a tener mascotas, se ha ofrecido a cuidar de Mico y Coco cuando lo necesitemos, no ha parado de jugar con ellos en toda la noche, parece que se han caído bastante bien.

Al finalizar, mis padres se marchan, y decido que es el momento de quedarme definitivamente con Lucía. Durante los últimos días, he ido dejando algunas de mis cosas aquí, al fin y al cabo, cada vez pasamos más noches juntas. Nada más terminar de recoger, Lu vuelve con un par de copas más, ha dejado la vela del salón encendida, creando un ambiente más romántico. Se sienta a mi lado y choca nuestras copas, divertida.

—He de suponer que este era tu último cliente del día —digo señalando toda la decoración.

—Supones bien —añade sonriente mientras se acomoda a mi lado.

—Gracias, Lu. Ha sido una velada magnífica —me mira y deja un dulce beso en mi mejilla.

—No es nada, has trabajado mucho durante estas semanas, y teníamos que celebrarlo de alguna manera. Mañana la clínica abrirá sus puertas, y qué menos que una cena.

—Tú también has puesto de tu parte, has estado trabajando y en tu tiempo libre ayudando. Debes estar muy cansada.

—Bueno, un poco —admite encogiéndose de hombros—. Pero ha merecido la pena, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Por esto —señala mi boca y recorre el contorno de mis labios con la punta de su dedo índice—. Esa sonrisa no ha desaparecido en ningún momento, cada día te he visto más feliz y satisfecha. Te has arriesgado muchísimo con esta decisión, y ha merecido la pena —añade mientras beso su dedo.

—No puedo quererte más —confieso con un susurro sin dejar de mirarla.

—Pues yo a ti te quiero un poquito más cada día —bromea para hacerme reír.

Cojo su copa, y la dejo junto a la mía sobre la mesa. Sin romper el contacto visual, me incorporo lentamente para sentarme a horcajadas sobre sus piernas.

—¿Qué te parece si celebramos unos minutos más? —propongo mientras cojo sus manos y las llevo a mis pechos.

No responde, se muerde el labio inferior antes de besarme. No puedo evitar reír al separarme para provocarla.

—¿Eso es un sí o un no?

—Eso es un te voy a hacer el amor hasta agotar todas mis energías —susurra, rodeando mi cuello con su mano y empujándome hacia ella para volver a besarme.

—Apoyo la moción —añado sobre sus labios.

Y mientras me lleva al dormitorio y me va quitando la ropa lentamente, mientras se coloca a mi espalda para recorrer el contorno de mis pechos con la punta de sus dedos, me doy cuenta de que jamás

había sido tan feliz. Y todo es gracias a Lucía. Lo mucho que hemos sufrido con nuestra común relación con Lorena nos ha sido devuelto con esta felicidad.

¿Ha merecido la pena? Visto con perspectiva, sí, muchísimo. Podemos llamarlo karma, destino o casualidad, lo que tengo claro es que a pesar de todo lo que he llorado, volvería a pasar por ello una y mil veces con tal de acabar con Lucía.

Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida.

Epílogo

Lucía

Dos años más tarde.

Despierto al sentir una suave caricia en mi muslo. La luz del sol se cuela ya a través de las cortinas y de nuevo, como cada mañana, Valentina hace que el despertar sea mi momento favorito del día. Y es perfecto porque la tengo a ella a mi lado.

Sonrío, aún sin abrir los ojos, cuando sus manos recorren mis glúteos y mi espalda, sus dedos dejan pequeños dibujos imaginarios sobre mi piel con la suavidad de una pluma. Abro los ojos y la miro. Está apoyada sobre la cadera y el antebrazo, con su larga melena rubia acariciando los hombros, deleitándome con su cuerpo desnudo.

—Buenos días, guapísima —susurro acercándome a ella para besar sus labios.

—Buenos días, amor.

—¿Llevas mucho despierta? —pregunto mientras la observo de arriba a abajo y acaricio cada centímetro de su cuerpo.

—Unos minutos. Últimamente, me despierto un poco revuelta por la mañana —se queja, aunque yo sonrío, tiene su motivo.

—Algo me dice que dentro de poco dormiremos mucho menos —bromeo.

Vuelve a tumbarse boca arriba, sonriendo y tocando esa pequeña barriguita que día a día va creciendo para regalarnos una nueva vida, una nueva ilusión, mucha más felicidad.

Me acerco un poco más a ella, y me tumbo justo a su lado, a la altura de su vientre. Y como cada mañana, le canto una canción.

—Oye, bichito —susurro acariciando con uno de mis dedos cada centímetro de la barriguita—. Ya nos han dicho que dormiremos poco en cuanto llegues, ¿y si nos das un respiro mientras tanto y dejas a mamá descansar?

Valentina comienza a reír mientras coloca sus dedos bajo mi barbilla, levantándola para besarme.

—¿Se lo dirás hoy a tus padres? Va siendo hora, ¿no?

—Sí, creo que es el momento. Además, empieza a notarse, y tengo demasiados antojos que ya no puedo ocultar cuando estoy con ellos —admite encogiéndose de hombros con una sonrisa preciosa.

Últimamente, no para de pedir dulces, sobre todo aquellos que lleven una capa de chocolate blanco. Según ella, nunca antes lo había comido, ni siquiera le gustaba, pero ahora es incapaz de dejarlo.

Mico y Coco, al oír nuestras risas, llegan para darnos los buenos

días. Desde hace varias semanas, ambos se colocan a los lados de Valentina, junto a sus piernas. Incluso apoyan su cabeza sobre la barriguita cuando ella está tumbada como queriendo dar mimos a nuestro futuro bebé.

—Es increíble cómo saben que está ahí —señala contenta.

—Lo notan —apunto acariciando la cabecita de Coco.

—Debemos empezar a pensar sobre buscar una casa, Lu. El apartamento se nos queda pequeño, más cuando el bebé sea grande. Me gustaría que tuviese un pequeño jardín para correr.

—Sí, lo sé. La última casa que vimos era perfecta, está más cerca de tus padres y de la clínica —señalo recordando el pequeño jardín que incluso tenía una casita en uno de los árboles que habían construido los anteriores dueños.

—Pero lejos de tu estudio.

—Eso me da igual —admito—cojo el coche y ya está.

—Aún tenemos unos cuantos días para decidir, quizás mis padres nos ayuden.

—Sí, podemos llevarles a verla, así nos darán su opinión.

Hablo con ella de manera distraída porque no puedo dejar de mirar esa barriguita. Me vuelve loca de amor, tanto que últimamente cada vez le pido más a menudo que no se la tape cuando estamos en casa a solas. Únicamente la miro cuando coge de nuevo mi mentón para obligarme a hacerlo.

—Me voy a poner muy celosa —bromea—. Inevitablemente, sonrío y la beso. La acojo entre mis brazos y acopla su cuerpo junto al mío para estar más cómodas.

—Nunca miraré a nadie como te miro a ti, Val. Aunque ese bebé será mi ojito derecho, no tengo ninguna duda —ambas reímos, todavía nos cuesta creer que esto esté ocurriendo de verdad.

—Sabes, tengo miedo de no saber hacerlo —levanto la mirada y la observo con ternura, con media sonrisa en mi boca—. ¿Y si no sé lo que necesita, o hago algo mal?

—Va a tener dos madres, eso ya es una ventaja —bromeo—. Yo tampoco tengo experiencia con un bebé, pero sé que lo haremos bien. Y estoy segura de que le daremos todo el amor que llevamos dentro. Eso es lo único que importa. Además, tendremos la ayuda de Mico y Coco.

—Siempre tienes la palabra exacta para tranquilizarme —sonrío y la beso, me he vuelto adicta a sus labios, desde el primer día.

—¿Tienes hambre?

—Mucha. ¿De comida o de sexo?

—De comida, idiota. ¿Qué te parece un buen desayuno y un paseo antes de ir a casa de tus padres? —propone tras besar la punta de mi nariz.

—Pues que no hay mejor plan.

Y la vida, cada día, es más bonita a su lado. No puedo evitar observarla desde la puerta, jugando con Mico y Coco, acariciando su barriguita y sonriendo como nunca antes. Desde el momento en el que la conocí solo he tenido un objetivo, hacerla feliz. Saber que lo he conseguido, ser consciente de que cada día lo es un poco más, me hace realmente dichosa. Su felicidad es también la mía, y no hay nada en este mundo que pueda destruir eso.

Otros libros de las autoras

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán estos otros. Y por favor, no te olvides de dejar un comentario en Amazon o Goodreads. No te lleva casi nada de tiempo y es importante para que otras personas encuentren el libro.

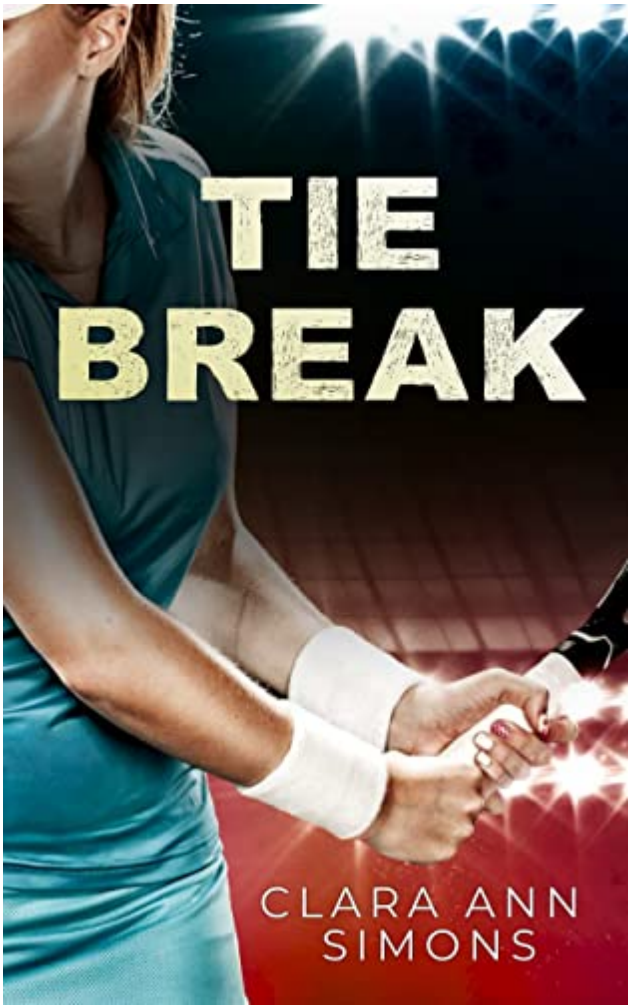
¡¡¡Muchas gracias!!!

Todo al rojo

Todo al rojo relata el reencuentro de dos mujeres. Dos mujeres que aprendieron mutuamente y se apoyaron, convirtiéndose cada una en una persona importante para la otra. Dos mujeres que conectaron sus almas en ese mismo instante y no lo supieron, o sí. Dos mujeres que vuelven a verse y, esta vez, convertidas en compañeras de trabajo.
Un trabajo que volverá a unirlas, haciéndolas más fuertes, para intentar superar todos esos inconvenientes que la vida les ha preparado.

Dos mujeres, un equipo. Todo al Rojo.
¿Preparado/a para acompañar a María y Beatriz en esta aventura?
Si quieres vivir dentro de una montaña rusa de emociones: ¡Apuesta al rojo!

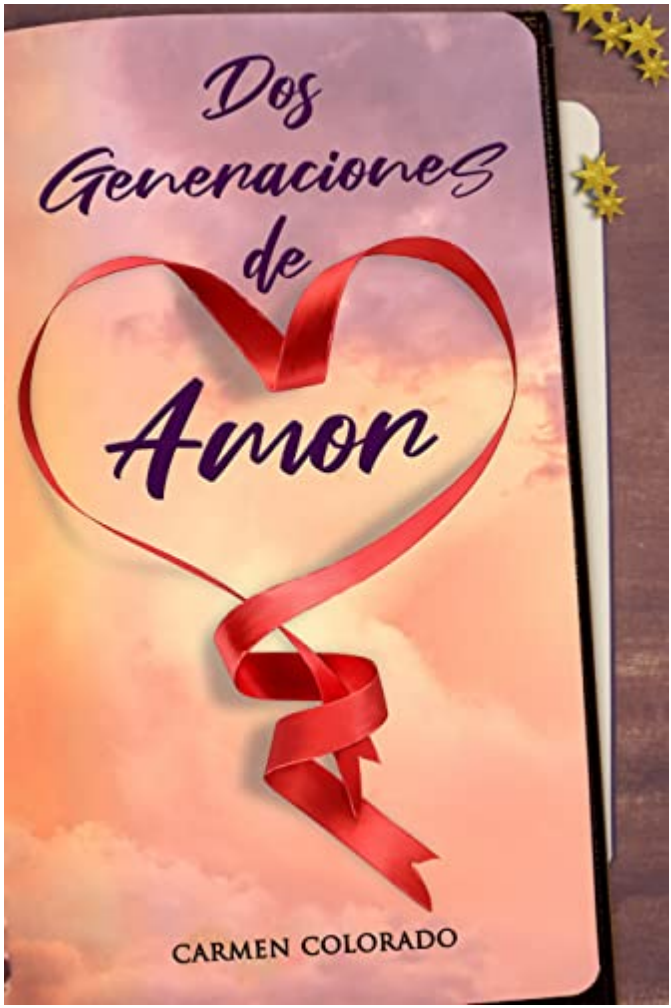
Tie Break



Brooke McKlain es un nombre muy conocido para los aficionados al tenis.
Elena no tiene ni idea de quién es. Solo sabe que está arruinando su vida.

Cuando Brooke decide tomarse un descanso en un hotel de lujo en Hawaii, no esperaba que esa mujer que la desafió desde el primer momento le enseñase lo que es el amor.
Elena le hará cuestionarse muchas cosas y darse cuenta de todo lo que se está perdiendo.
Pero sus mundos son demasiado distintos y nada es tan fácil como parece… sobre todo, cuando la imagen pública que quieres mostrar pesa más que tus sentimientos.

Dos generaciones de amor

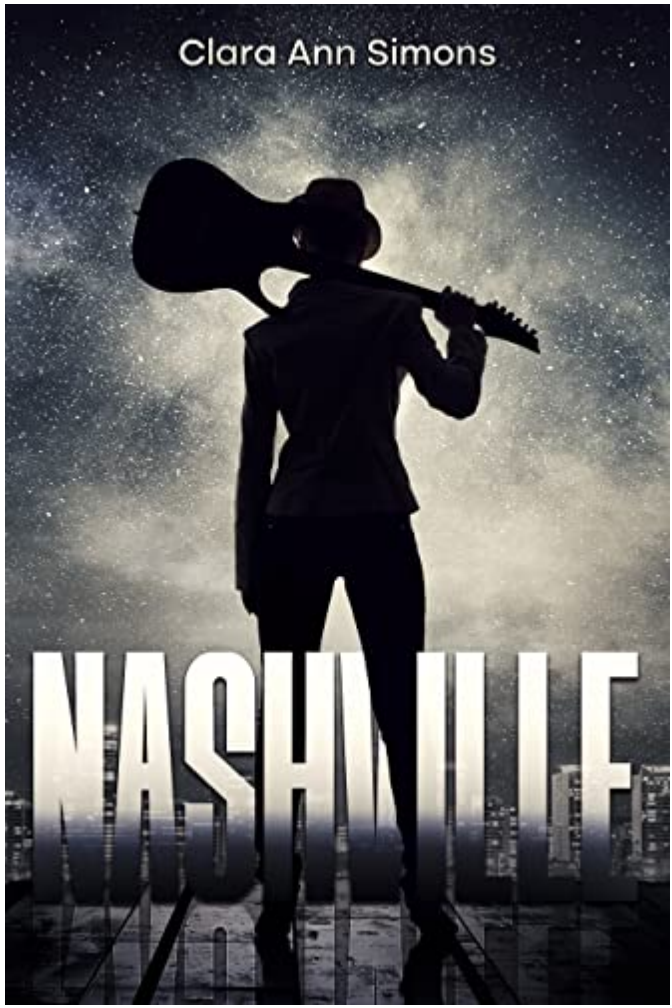


Volver a casa después de 20 años no era nada fácil para Carlota. Sabía que le esperaban reencuentros, enfrentamientos y un pasado que aún sigue muy presente. Pero no imaginó que todo sería tan complicado.

Ella solo quería encontrar esa paz y felicidad que la ciudad no le ha podido dar.

¿Será capaz de reconducir el destino que la vida le tiene preparado? ¿Superará esos obstáculos? ¿Encontrará finalmente la felicidad que está buscando?

Nashville



Sexo, drogas y rock and roll.

La vida de Jackie Thomas podría resumirse en esa mítica frase.

Tras abandonar su hogar a los 16 años, deambuló por el país, buscándose la vida en varios grupos como cantante o guitarrista. Ahora, a los 28 años, ha llegado a lo más alto como vocalista de los Black Magic, una banda de heavy metal con una legión de fieles seguidores.

Mary Crawford es una figura en ascenso en la música country. Apodada por la prensa como la “Princesa de Nashville” se va abriendo paso en un grupo junto a sus dos hermanas mayores bajo la estricta dirección de su padre, que condiciona cada aspecto de su carrera musical y de su vida.

Cuando deben viajar a Las Vegas al ser contratadas por una cadena de televisión como jurado de un concurso de talentos, saltan chispas entre ellas. El carácter fuerte e irresponsable de una choca contra buen juicio de la otra, aunque pronto descubrirán que tienen más en

común de lo que en un principio pensaban.
Al fin y al cabo, Las Vegas es una ciudad llena de magia.
Sin embargo, ¿lo que pasa en Las Vegas se queda siempre en Las Vegas?